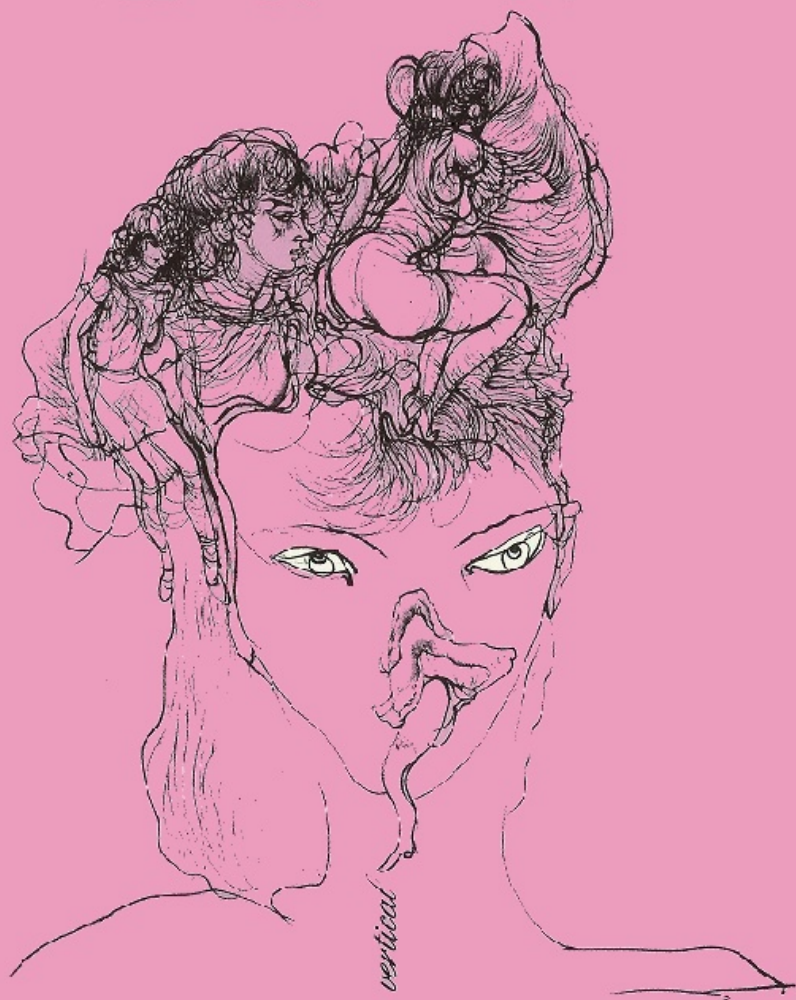


*Francisco Umbral*  
*La Bestia Rosa*



*La sonrisa vertical*



En un domingo, 21 de diciembre, Francisco Umbral se sentó a escribir un diario indiscreto, en el que nos revela su relaciones con Rimbaud. ¡No el poeta, ese endemoniado genio decimonónico francés, que, a lo diecinueve años, ya lo había escrito todo y se largó a Abisinia! La Rimbaud de Umbral es una niña «efeboandrógina, efeboacrática, efeboanarco», a quien, al parecer, conoció en la Bobia del Rastro —en un domingo precisamente— y que llevaba «las gafas de Ramoncín y un tiranosaurio en el hombro», mientras «trapicheaba en el material».

Éste es, pues, la verdadera historia de Paco y Rimbaud, el «carroza» sabio y cachondo y la niña esnifadora de popper, libros y mitos que lo trae de cabeza. Pero, no nos engañemos, La bestia rosa no es la niña, ni tampoco él: son «los dos, reunidos en la cópula, un monstruo de dos espaldas».



Francisco Umbral

# **La bestia rosa**

**La sonrisa vertical - 28**

**ePub r1.1**

**Titivillus 25.01.16**

Título original: *La bestia rosa*  
Francisco Umbral, 1981

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*La crueldad nos rejuvenece.*  
Rimbaud.

Diciembre. Domingo, 21.

Ayer por la tarde, cuando estaba fornifollando con Rimbaud, de pronto vi en sus ojos de Selva Negra un incendio, un crepúsculo vivísimo, y los senos dorados que no tiene se tornaron de un rojo suave, movedizo y flipante. Comprendí que algo pasaba, porque Rimbaud se transfigura tanto y más en la cama, pero no habíamos llegado aún a la transverberación, ni mucho menos, por eyaculación retardada, tráfico enfangado y diciembre aguanevado. Algo así.

Efectivamente, un almohadón de gato y encaje antiguo había caído sobre la hoguera breve de los Oriol, que oscurece más que alumbra el alto pajar manhattánico de la muchacha, mientras yo llenaba de ángeles clitoridianos, como periódicos viejos, el sexo de Rimbaud, para a mi vez prenderle fuego a todo. Pero la habitación y la casa y el barrio ardían por fuera. Despenetrados y asustados, miramos a ver en torno y ardía todo lo que no suele arder: el agua de la jarra, los cristales de la ventana, el frío de la terraza, un pie de mármol de Rimbaud, el tiempo transcurrido entre la carta recibida y la carta no contestada. En cambio, las materias tradicional y sensatamente inflamables, como las sábanas, el tiranosaurio, la madera de la cama, la mesa, el baúl o las estepas del Asia Central, los viejos vestidos hospiciano/románticos, nada de eso ardía y gracias a ello nos salvamos, yo envuelto en un traje de Cleo de Merode y ella vestida de portera de la fábrica.

La tristeza decembrina se llenó de orfeones de fuego. Vestidos o desnudos otra vez de nosotros mismos, hemos terminado el recorrido por su cuerpo o por el mío, y creo haber obtenido de ella unos orgasmos en cadena que le descienden a la vagina desde las noches barrocas de su cabeza de Salzillo. Luego, ella, ya metida en fuego, sale desnuda a la terraza a seguir quemando cosas, muebles y sonatas, para escándalo de un imparcial barrio madrileño —«la

democracia, estos locos de la democracia»—, y por fin nos quedamos sentados en el cadáver del aparador, como niños, viendo arder todo lo que no arde: el aire de tu vuelo, la cola del tiranosaurio, la leche en la nevera, la llamada que viene ya por el hilo del teléfono y, como astro que arde entre Kepler y los Oriol, con su ignorancia elíptica de arabos, el coño de Rimbaud.

Lunes, 22.

Rimbaud vive/duerme (luego lo contaré mejor y por su orden) con un tiranosaurio que es como el gato de su brujería/angeología. El tiranosaurio, algunas noches (duerme naturalmente desnuda), le araña a Rimbaud la espalda, se la deja mordida, enigmática de rayas secas y sangrientas.

Y luego, en el amor, cuando está sobre mí tan alta\*niña, paso la palma de mi mano por su suavísima espalda accidentada, y tengo celos del tiranosaurio, porque sé que Rimbaud se place y se complace en el dolor amistoso e inocente del bicho, y luego pruebo a arrancarle postillas, hilos duros de sangre, rastro de uñas:

—Quieto, que me haces daño.

Pero le gusta, acumula dolor sobre dolor, decide que está bien, y me pide ella misma que siga levantándole las postillas, arañando donde ha arañado el bicho. Renueva así su dolor, como cuando Artaud se hurgaba con un puñalito en la herida del cerebro, excita su excitación, alienta su placer, de manera que mi trabajo no es sino la continuación doméstica, masculina, usual, del trabajo casi mitológico de una bestia extinguida, o a extinguir (una cosa entre la iguana y el gato persa).

Soy la continuación de un misterioso bicho. Araño donde ha arañado el tiranosaurio, renuevo sangres, gotas frescas, vida, la espalda de la niña, siempre entre los incendios y las calcomanías. Si la violo de espalda, por detrás, puedo ver el dibujo que ha hecho el tiranosaurio, el jeroglífico del juego inocente, nocturno, zoofílico y entresoñado. No puede, Rimbaud, hacer el amor con su pequeño tiranosaurio, pero puede ofrecer su desnudo de loto y sol cansado para que el bicho arañe, muerda, juegue...

Si no duerme conmigo, Rimbaud duerme con el bicho, que se pega a su espalda en posición fetal, como en rarísimo embarazo

extrauterino, embarazo espaldar de un monstruo en una niña. Si duermo yo con ella, trato de acoplarme como sé que se acopla el tiranosaurio (dormido, en tales casos, sobre un almohadón que tiene bordado un tiranosaurio), y muerdo y araño y divierto su sueño con mi rollo, hasta sentirme, hasta saberme convertido en un bicho de leyenda, degradado/sublimado.

Por la mañana, en el espejo, me veo cara de iguana.

Miércoles, 24.

La saliva, vestido de saliva por Rimbaud, recorrido despacio por su lengua, esto es ya mi mortaja, dulce telaraña de saliva joven, sudario de muchacha, paciencia de su lengua por mis pezones, mi escroto, mi recto, viaje de la culebra roja y feliz que es la lengua por el paisaje yermo, por la tierra baldía de mi cuerpo, *toasté land* de donde huye Eliot, católico/reaccionario\* o lo que fuera, entre landas de picha y semen tierno.

La lengua de Rimbaud, su femenina lengua mentirosa, su lengua de inventar cuentos con barba, dos hermanos en uno, hermana muy tetuda que no tiene, recorre ahora mi cuerpo con la sinceridad de la saliva. Mortaja prefinal, hilo de niña, envoltura caliente, gran ternura.

Su lengua me comulga, yo soy su eucaristía, colegiala reciente de conventos sumergidos, ha pasado al altar derribado de mi cuerpo, comulgante callada de las edades que en un hombre se adunan como camellos doblados unos contra otros. Hay arena muy fina (esa arena que dejan siempre los cuerpos cuando joden) en la sabana virgen de la niña.

Investido en lenguaje de saliva, alfabeto mojado que me habla esta muchacha en su silencio, mar que viene paso a paso, caballito de mar que me frecuenta, cuerpo revisitado, o ese monstruo marino que devora mi falo, que hace submarinismo entre mi cuerpo, lengua de ella en mi ano, esto sería una cota de malla hace veinte años, pero ahora, cuando ya sólo doy de mí un miembro tardobarroco, más cosa de *antiquité* y Patrimonio Artístico Nacional que apero de joder como es debido, ahora, digo, el homenaje salival de la muchacha se me ha tornado funéreo, tristísimo.

Su lengua de mentir y comulgar. Lengua fresca de niña, entre la eucaristía y la hipocresía, como todas las lenguas infantiles. Lengua,

pájaro de saliva, pico suave, lentísimo gusano por mi piel, con rastro de palabras muy mojadas.

Tu saliva, Rimbaud, niña, mi amor, ha vestido esta noche al desnudo, acto de caridad, más que lujuria, comprobación muy tenue que los niños, tan bucales, hacen de las semillas y los sexos.

Jueves, 25.

Hay el día en que Rimbaud se lava la cabeza con mucha frecuencia y lo suyo es una orgía de jabones, geles, champúes, cosas que roba en el híper, cosas que le regala el droguero, que está enamorado de ella y la llama «flor de la mañana» y así, y Rimbaud se pone muy deprimida por gustar tanto a esa clase de personal:

—Ya sólo triunfo con las carrozas. Debo estar gordísima.

Para pasar la depresión, Rimbaud se lava la cabeza, desnuda toda ella en la ducha, dejando que los lujos para el pelo le resbalen por todo el cuerpo, en un hermoso e inseguro recorrido que siempre olvida un copo de espuma en un pezón o en una axila, como una batalla perdida o ganada, más la frontera de nieve que se acumula en el borde del pubis, como las fronteras naturales que se acumularon en el invierno de Rusia, dejando a Hitler, Napoleón y Muñoz Grandes varados en la blancura incorporada, saludándose cada uno en su idioma, derrotados, desconcertados y sin entenderse (algo así deduzco del libro de Historia que estoy leyendo, mientras Rimbaud se lava la cabeza y de paso se ducha, o a la inversa).

Mi niña no se seca nunca la cabeza, ni se la peina, de modo que lo que abrazo durante todo el día es una fuente romana con la melena de piedra mojada por el agua y el viento de los turistas.

Quizá, si hay sol, se pone un rato en el quicio de la ventana, o en la terraza, con el tiranosaurio en el regazo (vestida sólo de su braga) y el sol le peluqueriza los cabellos de ángel de Pasolini, una selva negra, salvaje, joven y hermosa, donde ella, por aliviar un poco tanta fiereza, se pone una cinta en lazo.

A la noche, en la cueva de música y afgano, cuando deja su cabeza en mi cuello, durmiendo sus sueños despiertos, respiro esa humedad de pelo, todavía, y me vuelve de golpe, en la mitad del túnel de la noche, la lámina en contraste de su desnudo al sol —

quicio de la ventana—, cuando la luz sacaba esquinas a sus pechos, a sus caderas (apenas esquinadas) y el sol volvía a ser negro, como lo es en su origen de carbón, en la melena negra de la niña.

Viernes, 26.

Lo que habría que hacer ahora, para empezar por el principio y que esto tuviera planteamiento (Pereda y otros melorrústicos hacen planteamientos topográficos, paisajísticos, y uno acaba perdiéndose en el bosque de la prosa descriptiva, geográfica y catastral, y uno no se salva hasta que tira el libro, como abriendo una puerta, y ya está otra vez en casa), lo que habría que hacer, digo, es contar cómo yo nunca he contado con una picha mía, propia, disponible, sino que mi cosa siempre ha sido posesión de unas u otras, pues las mujeres se pasan el falo masculino como se pasan las agujas de punto de la abuela, de generación en generación, y uno tiene que pedirle, a la celadora de turno, que le deje el instrumento para ir a mear, cuando ya no puede más.

Después del planteamiento, vendría el nudo, o sea, cómo yo lucho contra una mujer que trata de apropiarse para siempre de mi pene y embalsamarlo o llevarlo junto a la sangre de San Pantaleón, que por cierto estos días ha vuelto a licuarse/coagularse, para edificación de relapsos. El conflicto estaría en que la mujer/amante quiere mi órgano sexual para estos fines místicos y la mujer/esposa lo quiere para rodar la harina de las empanadillas, que es lo que ha usado toda la vida para que las empanadillas le queden coruscantes. En este conflicto místico/doméstico, la solución podría ser que yo me la corto (si no la tuviese ya cortada) y se la arrojo a una lectora de platea para que se haga un fetiche negro de color blanco.

El resto del reparto muere envenenado de empanadillas de picha y San Pantaleón vuelve a licuarse mientras las monjas abominan del siglo y hacen empanadillas rellenas de sangre licuada del santo (que siempre sobra un poco hasta la próxima glaciación), y las reparten entre los pobres y las porteras de la cercana calle de los Hermanos Serrano Súñer. Como cuando Luis Trabazo, escritor orensano,

tuberculoso y difunto, cantó en su propio entierro finos aires gallegos, hasta echar la sangre por la boca (una licuación laica, o licuación/laicización), y la sangre salpicó la empanada de lampreas y luego él ofrecía empanada al personal con sus propias manos de muerto, y sólo la probaron los perros.

No sé si voy a ser capaz de desarrollar tan poderoso argumento, dado que me falta el andamiaje de aquellos novelistas/albañiles del XIX (ya los palotes de los siglos parecen andamios) y me falta, sobre todo, fe en el realismo catastral de la vida. Sea como fuere, uno siente la necesidad de contarlo todo por salvarse en lo amarillo, y diré que mi picha ha sido fetiche familiar que ha pasado de criadas a niñas de la casa, de meretrices a novias de primera comunión, de locutoras madrileñas a empleadas llenas de resignación e inexperience, y que ahora, en el momento en que escribo, no puedo decir exactamente si mi picha está bajo la almohada de pluma (sus propias alas, que se hace almohadones con las plumas que se le desprenden) del ángel custodio, o en el interior de la vagina negra de Rimbaud, que se masturba entre Rimbaud y el vino tinto, con tan práctico instrumento, o en el secreter de Rimbaud, litografía y verso, de droga verde y tabaco paranoico, que suele guardar estas cosas entre abanicos de la abuela, jeringas de los yonquis que se han suicidado por ella con una sobredosis, sortijitas notariales de su madre y postales andróginas de Pasolini. Mientras no encuentre mi picha o mi pluma no puedo seguir escribiendo.

Quien primero tuvo mi picha o tomó posesión de ella, en un vandalismo característico de los ricos, fue Teresita, hija de un presidente de Diputación del falanghitlerismo. Teresita era jesuitina, pálida, malvada, guapa y dispuesta. Teresita, a sus diez u once años, tomó mi picha casi infantil, subdesarrollada, infradesarrollada, una pichita tiritante de después de la guerra o después de la nieve, no recuerdo, y me enseñó que esa cosa amarilla y como grasienta que se me formaba en torno al capullo, era el esmegma, exudación natural y protectora que había que limpiar con agua o con la uña para que no se acumulase o pululase de microbios. Así que muchas tardes, a la luz austral/boreal de la nieve que había caído en la luna, nos metíamos en la cochera oficial de su padre, con olor a neumático mojado, o nos subíamos a la copa de una acacia, si era abril, y mientras yo comía pan y quesillo, o sea

gatillos, o sea el fruto blanco y nutritivo de la acacia, Teresita me lavaba la picha, con agua, me limpiaba la esmegma, me secaba con el borde conventual de su\* túnica y luego se metía todo el material en la boca:

—Los pobres siempre tenéis hambre —me decía, puesto que yo no paraba de comer gatillos.

Pero en seguida a ella se le llenaba la boca niña con las flores de acacia de mi semen, que era como un ramo blanco y puro, perfumado y casi infantil, que le salpicaba en pétalos el halda azul de jesuitina. A veces solía venir una criada suya, encebollándonos con su cebolla, a disfrutar de los caprichos de la señorita, de modo que, si me pongo a hacer memoria, me parece que, durante toda la década de las nieves, mi picha fue propiedad de Teresita, que la llevaba en sus plumieres perfumados como un pito de barro. Pitaba de pronto en clase, para asustar a la monja, y como era la hija del presidente de la Diputación, nadie le quitaba su pito, o sea el mío.

Durante la década de las lluvias, que fue la siguiente, mi picha, que Teresita debía haber dejado abandonada por cualquier parte, caprichosita como era, entre sus huesos de taba de jugar a las tabas, mi picha, digo, pasó a posesión del ángel de las masturbaciones, que ahora recuerdo como un ángel sombrío, resentido, adolescente, furioso, vagamente parecido a mí en los espejos, pero tirando a azul en el color de la piel, mientras que yo tiro a amarillo, como el esmegma, como este folio y como el amarillo propiamente dicho. El ángel de las masturbaciones era como un anticipo opuesto y simétrico al ángel custodio.

El ángel de pestañas postizas, que vendría siglos más tarde, después de inviernos como glaciaciones y veranos como dinastías egipcias, el ángel custodio es lo que un estructuralista podría oponer el día de mañana, estudiando mi obra, al ángel de las masturbaciones, porque el ángel de las masturbaciones era narcisista, resentido, desesperado, blanco por fuera y rosa por dentro, pero siempre tirando a azul, y con las rodillas sucias como yo mismo. Lo más sospechoso era que se acordase tanto de Teresita, cuando yo no me acordaba ya para nada.

Siglos más tarde, la vida, que no es sino el organigrama equivocado de un estructuralista bujarrón y pasado de moda, encontraría para mí esta figura gratificante y compensatoria del

ángel custodio, criatura nicena, teológica y con pestañas postizas de *cabaret* a lo *Crazy Horse*, que, entre tanta geología de mujeres y lagos bioespaciales, tuvo para mí, no sé por qué, la virtud ensalmatoria, refrescante, lustral y medieval de devolverme mi picha como colocándole a un retablo barroco lo que le faltaba, la pieza perdida. (Sólo la mujer como ángel custodio —esta y otras— le redime a uno para siempre del ángel de las masturbaciones, que, si no, puede dominar y ensombrece toda una vida).

El ángel llevaba mi picha por la vida como una luz, como un cirio rizado, como una lámpara etrusca, y a veces le ponía delante su mano derecha (lo portaba en la izquierda) para proteger la llama, no sé qué llama, del viento de los mercados, las multitudes de la Gran Vía, las corrientes de aire de los teatros, la galopada de los caballos locos y sexuales de su espectáculo o la nieve que estaba nevando en su Canadá natal y podía apagarle la vela, aquí en Madrid. El ángel custodio, durante mucho tiempo, llevó mi picha en su serón de medio *hippy*, entre polveras, lápices de maquillaje, compresas ensangrentadas, petrodólares (escasos), rollos de celuloide rancio, pedazos de pan también rancio, pestañas postizas de repuesto y una malla de ballet.

Por la noche, en su camerino, colocaba la picha/vela entre los tarros de pintura, delante de su espejo, y a la luz de la picha se pintaba de oro negro y motas rojas su bellissimo rostro, creando otra belleza, innecesaria, sobre la natural y canadiense. También, entre número y número de desnudos, leía libros o traducía alguna cosa mía para las revistas en inglés, en su máquina de escribir portátil de color verde, color que le sugirió pintar de verde, una noche, todo el camerino colectivo, y así lo hizo, anegando a los otros caballos de la cuadra salvaje/vaginal en numerosas manos de brocha verde que intoxicó a unas cuantas chicas, cambió la hermosura de otras e incluso arruinó el espectáculo (el público se cansaba de ver tantas tetas verdes pintadas a brochazos). La echaron a la calle, y entonces siguió en su buhardilla/apartamento, con la picha a modo de vela, o la vela a modo de picha, leyendo y escribiendo, hasta que llegaba yo, ella soplabla la vela y sólo nos iluminaba el fuego de frecuentes incendios. Nos metíamos en la cama, y ella ya tenía la cosa dentro, picha o cirio rizado, de modo que yo no tenía más que agitarme un poco, hablarle de sexo en inglés sin saber inglés y procurar que le

llegase el orgasmo.

Inevitablemente, y según la escena/piloto que he descrito, acababa habiendo un orgasmo en sus ojos de color báltico mientras su vagina seguía helada y su clítoris aterido y canadiense. Le pedí que me devolviese mi picha, le agradecí las traducciones para siempre y ahora debo decir que, aparte el fuego eterno a que pudo llevarme, como llevan siempre los ángeles, ella sabía masturbarme con sus manos de señorita granjera o su boca de Charlotte Rampling, y sólo con eso había alejado para siempre de mi vida el ángel de las masturbaciones.

Durante la década del sol, liberado yo del ángel de las masturbaciones, al que dejé encerrado en unos urinarios de estación de cercanías, con olor a mierda y a soldado, y antes de que el ángel adónico apareciese en mi vida, la picha que lleva, o debiera llevar, mi nombre pasó a manos de compradoras de curiosidades, extranjeras de tienda de antigüedades, cursillistas de castellano, casadas jóvenes de Oslo, como Bodil, u holandesas de barra, como Ketty Keuzenkamp. Durante la década del sol tuvimos el sol encima todo el tiempo, apenas hubo noches, las mujeres habían adoptado ya el bikini como prenda habitual para ir incluso a la ópera, y la población se fue a residir casi masivamente a los litorales con espuma fresca, extranjeros desnudos y bancos de hielo que venían remolcados desde Groenlandia por las mulas de una multinacional y el látigo de un *tour-operator*. El sol, sí, estuvo más cerca de la Tierra que nunca, durante una década o casi, y por eso no hubo guerras mundiales, la gente viajaba en submarinos profundísimos y las presentaciones de libros, si eran de Taurus o Gallimard, se hacían siempre a nivel abisal. Sólo los premios horteras se daban en la superficie.

La década del sol fue, quizá, la más feliz, poética o musical para mi picha/pene/falo, ya que por entonces conoció su valor como *anti-quité* y como curiosidad del Rastro. Yo iba al Rastro un domingo por la mañana, le dejaba mi adminículo al Berchi, o a cualquier otro y, cuando volvía, 'al domingo siguiente, recuperaba el miembro y, con él, una pela larga, unos cuantos verderones, lechugas, lagartos, kilos o sábanas de cinco mil, porque los chamarileros de la gran chamarilería madrileña donde nací habían ido compravendiendo mi cosa como si fuese una viruta barroca, un

pez de colores o un dedo cortado de ángel gótico flamígero de un retablo desguazado en Salas de los Infantes o en Murcia.

Durante la semana, el objeto había pasado de turista caprichosa a coleccionista pederasta de antigüedades, de Gregorio Prieto (quizá le faltaba picha a uno de sus arcángeles barrocos de colección) o Orson Welles, que andaba por el Rastro bebiendo vino caliente, fumando puros pornográficos y viviendo todavía el tópico de la España *different*, un tópico muy de la década del sol.

Finalmente, y en plena primavera madrileña de la señora Stone, yo recuperaba el adminículo, dando por terminado el trapicheo, me guardaba el pastón, de donde ya iba deducida la comisión de los grandes hombres del Rastro, y en cuanto llegaba a la pensión estudiantil donde vivía, me metía en el baño a examinar detenidamente el miembro, no fuera que tuviese carcinoma de chancro, polilla de sífilis o blenorragia de otros bichitos de esos que se alimentan de plateresco/churrigueresco y otros barroquismos tardíos, como se alimentan los críticos de arte, que viven en espiroquetas.

Si la cosa ofrecía un aspecto inocente, aunque hubiese perdido un poco el estofado renacentista que siempre tuvo, yo me la colocaba como el herniado que se coloca la hernia en su sitio, por debajo del braguero.

Pero quien más disfrutó, detentó (aunque no sin derecho, como sugiere esta palabra), saboreó, paladeó y manoseó mi picha de oro renacentista y orina clara, durante la década del sol, fue María José, de diecisiete años, estudiante de Letras en la Complutense (como hoy Rimbaud), hija y nieta de una gran familia bien del barrio de Salamanca. María José, alta, niña, bella, dura, blanda, irónica, llena de risa y tabaco, digamos que descubrió las pichas en mi picha, los ángeles y arcángeles (incluido el de las masturbaciones) del erótico plateresco que era todo yo, en mí, y por eso fuimos felices mientras ella llevaba el objeto de arte entre sus cuadernos de apuntes o en su bolso de bandolera, revuelto, con olor a pizarrín, tranvía, griego y vino. Cómo era, dios mío, cómo era.

Nos habíamos conocido en el café/sotano de Teide, en Recoletos, a la sombra gótica, pero ya apenas flamígera, de César González-Ruano, y así como el ángel de pestañas postizas se corresponde estructuralmente al ángel de las masturbaciones, en

esta historia (se corresponde/opone), debo decir que la efeboandrógina María José se corresponde (sin oponerse) a Teresita: niña de clase superior a la mía, bellezas parecidas, temperamentos parecidos, que toma/toman mi objeto íntimo con la naturalidad y simpatía con que las clases altas han depredado siempre al pueblo, en este país, en este Madrid de chisperos (herrereros de Maravillas con fraguas que echaban chispas) y manolas (judías conversas de Lavapiés que exageraban su majeza para disimular). María José/Teresita durmió toda la década del sol, o casi, con mi objeto debajo de su almohada burguesa. Al terminar la década, comprendió que tenía una década más y decidió casarse. Había terminado la etapa infantil de dormir con pichas debajo de la almohada. No lo hubiera visto bien ni Freud.

Sábado, 27.

La década de la Luna, que es la que está muriendo, la que morirá con este libro y en la que espero morir yo mismo, bajo el lema de Cocteau, la luna es el sol de los muertos, la década lunar, digo, me sorprende ya con mi aparato (y sus dos ovoidales adminículos) convertido directamente en objeto de arte, codicia de marquesas, tesoro de eruditos bujarrones y fetiche del todo Madrid, al que le falta, como del mar dijo Mallarmé, una gota de nada.

Las duquesas lo usan como abrecartas, las marquesas lo exhiben obscenamente en sus Rastrillos, a ver si alguien da una pasta y sacamos a un niño vallecano del purgatorio, o le damos un bocata calamares a un ánima. Las condesas lo llevan a sus monterías como cuerno de caza, las princesas le hacen vestiditos para que jueguen con él las infantitas, y las reinas y reinonas lo dejan sobre una cómoda, distraídamente, esperando a que yo vuelva para devolvérmelo.

Nunca hubiéramos supuesto Teresita ni yo, cuando limpiábamos mi círculo balanoprepucial de esmegma, como se le limpia a un niño la caca (en la remota década de las nieves), que este adminículo iba a andar en bocas de embajadoras, como joya papal o botella genealógica. Claro que luego supe, recordé, comprendí cómo mi picha no era común, sino reliquia del pasado, objeto de arte, efectivamente, fetiche religioso, aparato mágico, antigüedad ilustre, y de ahí que las mujeres de toda clase, condición, edad y nacionalidad lo codiciasen tanto como pueden codiciar una perla de la corona inglesa. El que luego, aparte la condición tesorera de la mujer, algunas lo utilizasen para masturbarse o fecundarse, es ya desviación de la intrahistoria, como cuando aparece un stradivarius tocado por un clochard bajo las aguas del Sena.

La mujer tiende al fetiche como el hombre a la metáfora. La

metáfora es imaginación centrífuga que expande el significado de una cosa para impregnar otras muchas, mediatas o inmediatas. De ahí nacen la poesía y la teoría de los quasars. Esto explica a Rilke y al hombre que me arregla el televisor. El fetiche es, por el contrario, imaginación centrípeta que toma la parte por el todo, resume el mundo, lo reduce a un símbolo adjetivo portátil, practicable, para, luego, olvidarse del mundo simbolizado y quedarse con el símbolo. A esta tendencia fetichista, simbolizante, icónica, de la mujer (tan servida por las religiones) le ofrece el hombre un pene, que es resumen de toda la hombridad, casi la más pequeña de las muñecas chinas y sucesivas en que todos consistimos, y la mujer se aferra a ese mito antipoético, se convierte toda ella en urna de la reliquia paleocristiana del amante magdalenense que tuvo alguna vez, en la era matrilineal.

Por otra parte, el economicismo innato de la mujer hace que le dé a su reliquia masculina (aparte el carácter sagrado), variados usos cínicos que le ponen una vela de espermatozoides al dios del amor y otra al diablo de la utilidad. La mujer busca la aguja de oro de la picha en el pajar de la hombridad y hace pasar por su ojo el camello de la memoria, donde sitúa siempre los días felices (Beckett) de un paraíso matrimonial (o adultero) perdido que nunca existió.

Sólo diré ahora que quien más y mejor ha hipotecado últimamente mi picha (ya de oro viejo) ha sido Rimbaud, androefébica que se masturba con el glande una leve oreja o guarda miembro y testículos, como si fueran los de Antinoo o los de Pasolini, en uno de sus mil plumieres perfumados y colegiales (Teresita: eterno retorno de lo femenino), entre cintas de tiempo, calcetines con dedos (se le enfrían), estuches de ovoplex, fotos carnet sepia de Gabriel Miró y una pipa diminuta y requemada de fumar has. La mujer ha inventado la picha/fetiche, la picha/capilla, la picha/exvoto, la picha/reliquia, la picha/gruta, la picha/crypta, la picha/hornacina, la picha/icono.

Sólo Rimbaud, quizás, había inventado la picha/picha.

El hombre ha inventado el coño/flor, el coño/boca, el coño/metáfora, el coño/dragón, el coño/infierno, el coño/fuente, etc. El hombre me parece que aún no ha inventado el coño/coño. Copular es algo así como echar a reñir dos mitologías: la que cada sexo ha

fraguado respecto del otro. O una mitología contra una mística (la femenina o la masculina). De esto último, el carácter contra natura de las cópulas más naturales. Me veo fornicando con Rimbaud en el espejo de virulas blancas, viejas y adornadas, y el total *ella/yo* es un todo centáurico y raro: la bestia rosa.

Rimbaud vivía mi picha como una angeología y su vagina como una demonología. Sus orgasmos eran descargas sacrílegas. En el espejo de su casa pasta plata el centauro en que juntos consistimos.

Domingo, 28.

Rimbaud, efeboandrógina, había conocido los largos veranos del Norte, cuando el cielo llueve pianos desfondados y un yonqui con sangre mora quiere golpear la boca pura de la niña con su glande rojo y como de charcutería. Rimbaud, efeboandrógina, había vivido los lentos y cálidos inviernos del Sur, paseando sola por los caminos de escarpadura y lagartos, con una sombrilla para la sombra de su pelo y sus ojos, al encuentro del difunto Gabriel Miró, al que habría querido poseer muerto, sepia y con todo el azul del mapa en sus ojos de gran perdedor de la literatura.

Rimbaud, efeboandrógina, efeboacrática, efeboanarco, había sido niña novia, en el Cono Sur, Pondo de Cultura Económica de México, de un conde antillano que quería meterle a la niña en la vagina, hasta tocar el himen, un dedo gordo, negro, mulato, cuarterón, como una picha con uña. Rimbaud había vivido la noche diurna de París alimentándose de palomitas tostadas y versos de Mallarmé medio entreleídos, y había conocido el amor de los árabes enamoradizos, el sexo de los amigos gordos y frustrados, la caricia de los homosexuales como un araño, y el araño de los novios de provincias, como una caricia. Rimbaud, camellero de *popper* y material, había ascendido a los cielos del techo y el artesonado de humo, contemplando desde arriba, con su cabeza desprendida de muñeca lista, las orgías de mierda de los maricas, las bodas mañicas de sus hermanas, el fuselaje del odio familiar y los distintos caminos que toman el padre y la madre dentro del mismo espejo.

Rimbaud había sido ángel de la guarda, ángel custodio y ángel de las masturbaciones, pero no a la manera de los que salen en este libro, con nombres y apellidos (ver índice que no hay), sino a la manera del teatro, con polvos de talco y purpurina, y siempre lamentó no ser un ángel romano del Pincio para que la violase

Pasolini bajo los puentes de ese río ancho y sucio donde caga la gente y se lavan los pies las estatuas del santoral.

Rimbaud tomaba el autobús de la Universitaria vestida de San Juanín, con melena de Leonardo, ojos de éxtasis transverso y túnica de baraja, lo que hacía que el cobrador la recibiese como a una artista de cine, y que los homosexuales de románicas la buscasen como a un travestí. Pero Rimbaud, una vez en la Facultad, se ponía las gafas negras de Ramoncín y hablaba de la vida sexual de Petrarca, en el bar, entre bocatas/chorizo y porros afganos que había recibido de Pablito la Paulova, por correo certificado.

Rimbaud, en la noche, se sentaba en bares de mimbre a escuchar la música de las más viejas arpistas de la ciudad, ancianas que vivían en su arpa como el canario viejo en su jaula, y que hacían una música de petirrojo que a Rimbaud le llenaba el alma de nesquik, Mahler, sopas Campbell (siempre la frustración Andy Warhol), orina fresca de Patty Smith, ajos tiernos surafricanos, *popper* místico, recuerdos de la Orquesta Sinfónica Municipal de Castellón de la Plana y colores Alpino. Con los lapiceros Alpino, antes de dormirse, en su buhardilla, a la hora de las camionetas carga-y-descarga, Rimbaud dibujaba para mí a Afrodita Anadiomenes, con un plis rubio en el pelo, y después de haber dormido me daba el dibujo en un folio: «Para ti, lo he hecho para ti, sé que te gustan las rubias, yo soy morena, sí, y qué, vete a la mierda». Estaba con la bajada.

A Rimbaud la había conocido en La Bobia del Rastro, un domingo por la mañana, cuando ella llevaba las gafas de Ramoncín y un tiranosaurio en el hombro. Andaba trapicheando en el material:

—¿Cómo te lo haces, tía?

—Paso de ti, muermo.

Lo cual que nos tomamos unos vinos.

El tiranosaurio lo miraba todo con sus ojos de dragón indignado y su cresta verde se alzaba por encima del mogollón de las melenas y la pana, los suéteres y las barbas, el humo y la cháchara.

—Las ciudades son hierro y charla lejana —le dije a Rimbaud, por epatar.

—Cendrars —respondió sin vacilación.

—René Char.

—Bueno, por ahí.

El tiranosaurio, en su hombro, junto a su melena de Rimbaud y sus ojos de muñeca estrangulada, era como la gárgola del odio en la catedral del humo. El tiranosaurio comía friskis de gato y albóndigas.

—¿Le doy unos cacahuetes?

—No me envenenes al bicho. Un besito, saurio.

Y torció la cabeza hasta que el tiranosaurio puso su boca de reptil, como casualmente, en la boca de ella, ingenuamente sensual, una boca de un mulatismo atenuado, infantil y directo. «Pronto tendré que besar donde ha besado el dragón», me dije.

Y así fue.

Fuimos en un taxi a su buhardilla. El taxista quería hacer bromas con el reptil. Creía que era una bicha como las de su pueblo: «Por el verano las mato a palos».

—Es un tiranosaurio.

Y el taxista se ahogó en su propia ignorancia.

Rimbaud, en su buhardilla, vivía con un Nijinski acartonado y saltarín, un Cocteau que posaba para Modigliani (o al revés), varios efebos morenos que se sodomizaban entre sí al sol del mediodía, lleno de solares y chimeneas satisfechas de su humo burgués.

—Vives en una soledad muy acompañada.

—Aquí sola con el bicho.

Se quitó las gafas negras y me miró a los ojos con una mirada enredadísima de premoniciones. El tiranosaurio, en la cocina, comía como un gato, casi como una gata. La Alicia de Carrol se vestía y desnudaba ante una bandeja/espejo de plata falsa y Virginia Woolf hacía ganchillo junto a la ventana. Era una buhardilla muy aprovechada.

—¿Los tienes a todos realquilados?

—No seas hortera. Me tienen realquilada ellos a mí.

—¿Te acuestas con todos?

—Otra horterada. Pero sí. Soy bisex.

Nos quedamos callados, como siempre que un hombre y una

mujer están por primera vez solos en una habitación. Aquella multitud dejaba entre sí grandes huecos de soledad.

—¿Quieres sopas Campbell?

Y almorzamos una sopa Campbell, como principio y fin. Rimbaud, con sólo la bata de la desnudez, con la desnudez como una bata, tenía al tiranosaurio en el regazo y le daba algunos sorbos de sopa Campbell.

—Si te viera Andy Warhol —dije.

—¿Le conoces personalmente? —me preguntó, vagamente ilusionada.

—No, claro.

Nijinski, Cocteau, Modigliani, los efebos, Alicia y Virginia Woolf se habían metido en los armarios a jugar a las cartas, como por lo visto hacían todos los domingos. El tiranosaurio miraba por la ventana, como un gato o un perro, la tarde triste del domingo. Rimbaud y yo hicimos el amor.

Lunes, 29.

Rimbaud, cuando esnifaba *popper*, sentía que la cabeza se le volaba hacia el techo, como esos globos con mucho gas, y allí quedaba su cabecita, como un lujo del artesonado, oscilando vagamente de la sombra de la melena a la sombra de las alturas, mientras sus ojos de niña lista asfixiada por un sátiro en el bosque lácteo, miraban al cielo con lo blanco, o me miraban a mí con lo negro, tendido como estaba yo en la cama, con el abrigo puesto, leyendo a Colette en un tomo de obras completas que yo mismo le había regalado a la efeboandrógina. Le gustaba Colette.

—Dice Colette que al servir el té hay que derramar un poco —habló su cabeza desde el techo—, porque hacerlo bien es de camarero. ¿Verdad que es finísimo?

Rimbaud tenía el cuello largo como el de algunas esculturas clásicas rotas y empalmadas, a las cuales el empalme les ha dado una esbeltez de cuello que es ya modernidad, belleza moderna y baudeleriana que nunca habría soñado el clásico.

Rimbaud tenía los senos inexistentes, como esos dos huecos que pintaban los vanguardistas de entreguerras, en sus desnudos, para figurar los senos, y yo siempre esperaba ver entrar y salir palomas por aquellos huecos redondos y limpios, pero Rimbaud admiraba por la calle a las mujeres de mucho cuerpamen:

—Yo me hormono, yo me hormono —decía, dispuesta al sacrilegio científico contra su naturaleza adónica.

Rimbaud tenía los pies más esbeltos que breves, bellos en todo caso, y de un pisar como de modelo de Loewe, incluso cuando se ponía las botas de trapo de jugar al baloncesto, cosa a la que ella no jugaba, como a ninguna otra. Rimbaud, en el amor, se dejaba puestos los blancos calcetines ásperos de la colegiala encalcetinada hasta la rodilla purísima como una hostia, y había ese momento de

desesperación erótica en que yo, con una mano libre (hay que procurar que, en la cópula plurimembre, sobre, a pesar de todo, una mano para una necesidad) le desnudaba uno de los pies, le arrancaba el calcetín, y luego trenzaba los dedos de mi mano con los de sus pies, cosa que a ella le gustaba tanto como colocarse mi glande dentro de una de sus leves orejas de perfume y audición. Así era Rimbaud.

Rimbaud tenía un ombligo vertical donde podían quedarse a vivir los ratones del flautista de Hamelín que inevitablemente es todo escritor, como dentro del agujero de un queso. Rimbaud tenía unos glúteos como un planetario joven, ingenuo y siempre compensado/descompensado, según las posturas. Rimbaud tenía, sobre todo, esa separación entre los muslos que permite pasar un triángulo de luz, un triángulo isósceles, un triángulo teológico, más la fragosidad del vello y la pureza apurada de la cara interna del muslo. Rimbaud era de una morenez desnuda que transparentaba una palidez y en su cuerpo de mujer vivían un muchacho y un mito, un andrógino y una estatua, un efebo y una lámina.

Había que poseer todo aquello violentamente, unificándolo en el grito de la penetración y el orgasmo.

Martes, 30.

Los bronquíticos. La bronquitis es una multitud. Cuando tengo bronquitis y toso, es como si apaleasen una alfombra histórica: miles de cuerpos mediocres, docenas de yoes escondidos se desprenden de mí, quedan indecisos en el aire de diciembre.

Cuando estoy sano, soy yo solo. Bronquítico soy una multitud. Una multitud compacta, acantonada en mí, acuartelada en mi pecho, una horda de tiñosos, una turbia turba de harapientos que se esparcen en torno y me dan corte y rubor. Los bronquíticos viven en uno como los bacilos de la bronquitis.

Lo que quieren es jaleo, que yo tosa mucho, para hacerse notar ellos, salir al exterior, ir y venir. Todos mis yoes frustrados, oscuros, enfermos, miedosos, mediocres, tontos, acatarrados, viven la fiesta de la bronquitis, la bronquitis como una fiesta.

Si me pongo a trabajar y toso, los bronquíticos, como peregrinos medievales y juerguistas de la Vía Láctea, me lo revuelven todo, me escupen los papeles, tiñen de ocre/verde de esputo el amarillo matinal de estos folios (amarillo que nunca verás, lector, porque no va incluido en el precio del libro).

Luego está el problema de la picha. Cada bronquítico quiere su picha, claro, con tanto derecho como yo mismo, puesto que son yo mismo. Pero no puedo darles una picha a cada uno, ni siquiera una para todos o para uno solo, porque, como he narrado, mi picha suele estar en poder de alguna muchacha.

Si asisto a un almuerzo o una cena elegante, los bronquíticos me dejan mal, tosen en los platos, gargajan por sobre el manjar de la dama de al lado:

—Parece mentira, Umbral, ya ha vuelto usted a venirse con todos sus rojos —me dice la marquesa de los miércoles.

Y a ver cómo le explico yo a la marquesa de los miércoles que

no son rojos, sino bronquíticos, la Internacional de los bronquíticos.

Se ponen tan cachondos y tan salidos que al final me voy, con todos ellos embozados en mi bufanda roja, a visitar a Rimbaud, por ejemplo, que suele ser quien esconde mi falo, con los hermosos huevos de oro, en una cómoda de su casa incómoda.

Rimbaud, como siempre, quiere hablar de Keats e incluso de Yeats, contar cosas de su lejana familia, o el último cuento que se ha inventado sobre el tiranosaurio, que dormita en un almohadón que tiene bordado un tiranosaurio. Pero los bronquíticos se impacientan, no están para historias, sólo quieren echar un polvo.

No son infinitamente escuchadores de la mujer, como yo.

Hasta que Rimbaud, mirándome con amor, saca mi aparato de un cajón y entonces los trescientos bronquíticos, uno por uno (me cuento entre ellos, claro, pues ellos no contarían nada sin mí), nos vamos beneficiando a la niña, que gime, llora, clama, llama confunde a los bronquíticos con sus legiones de árabes de París, en el delirio del orgasmo, y tenemos una fiesta sexual sucia, intensa y mediocre. Ya de madrugada, ella, desnuda y con una cinta cadmio en el pelo, nos va dando nesqüik a todos los bronquíticos, que tosen/tosemos dulcemente en sueños, comida de bacilos nuestra alma barroca.

Miércoles, 31.

Puedo ver a Rimbaud, imaginarla, en las convalecencias blancas de la lejanía. Por alguna razón, entran muchos niños en su casa. Quizá un familiar que es médico o una cuñada que es enfermera, o quizá pase Rimbaud sus temporadas de mar en la leprosería dulce de la infancia.

Puedo ver a Rimbaud, ahora que no está aquí, tal como ella se me ha descrito a sí misma, en un lecho de rosas blancas y caracolas antiguas, sentada contra la almohada, la cabeza yugulada de palidez y los brazos extendidos en la colcha, con un libro amarillo, del color de estos folios, donde se lee esto mismo que yo estoy escribiendo.

Niños de tez morena y pecho enfermo, niños dulcemente forajidos, catarrosos niños que ha dado a luz el mar, o un naranjo azul, niños de la mano del día, niños que van y vienen por la casa y se dejan vestir y desnudar y quieren acercarse hasta el lecho de Rimbaud, para que ella los bese, como algunos niños se acercan a besar a un muerto, y sobre todo para ver de cerca al tiranosaurio, que ha viajado en el regazo de Rimbaud y es algo así como el lagarto nunca visto, un lagarto grande, de oro verde, en la colcha de Rimbaud, como un puñado de hierba, más los ojos malignos.

Puedo ver a Rimbaud, imaginarla en sus convalecencias, vacaciones, fiebres, psicoastenias, fumando y leyendo, poniéndose y quitándose las gafas negras, según que el color que va tomando el día le guste o no le guste, mientras miles de niños, una riada de niños, corren por los pasillos de la casa, patinan en el pasamanos, se caen por la escalera, lloran de susto al ver el calendario y finalmente se van, cada uno con su rosa pequeña de salud en el pecho, o se los lleva el mar, como los trajo, el gran mar del invierno, cálido y holgazán como un pescador que no ha salido a

pescar.

Puedo ver a Rimbaud, si observo fijamente la luz cruda del día, hasta que mi mirada va madurando el sol y tornando esta luz en el pomelo tierno que es la luz de su costa. Puedo ver su cigarro, el libro transparente que está leyendo y la flor amarilla, grande, abierta, que se le trasluce en el pecho sin pechos, en el ¿alma?

(Aún no enero, aún no jueves, aún no día uno). (Pero ya no treinta y uno, ya no miércoles, ya no etcétera).

Lo de mi picha viene de cuando la década de las nieves, que viajaba yo todas las noches al Purgatorio (cuadro religioso sobre mi cama infantil), excepto los miércoles, que era cuando la Virgen del Carmen descendía en un gran escapulario hasta aquella playa de llamas para sacar un alma y llevársela al cielo, como cuando la Virgen local, por Semana Santa, viajaba hasta la Cárcel Vieja para sacar a un preso, siempre un robagallinas, nunca un preso político.

En aquella playa de llamas había hombres y mujeres desnudos, sobre todo una señorita que se parecía mucho a una amiga de mi madre, María Eugenia, dulce, treintañona, bellísima, llorosa, soltera y suave. A veces, mirando y rezando al cuadro, para no ser el día de mañana un ánima del Purgatorio, venía el apagón de la luz (por la década de las nieves hubo muchos apagones) y era cuando yo, sin saberlo, pasaba al otro lado del cuadro, a su interior, o la señorita ánima, María Eugenia (que naturalmente no debía llamarse así), descendía a mi cuarto, desnuda, se sentaba a mi lado, y a veces me gustaba mucho y a veces me daba miedo, porque me parecía que ella era el ángel de las masturbaciones.

O quizá el ángel de las masturbaciones era yo, y ella había venido, medio purificada ya por el fuego entornado del Purgatorio, a redimirse. Me enseñó los mejores orgasmos, masturbaciones, fornicaciones, sesenta y nueve y otras artes, hasta que al siguiente apagón desaparecía y me encontraba yo solo, ensalivado de culpa, en la humedad de mi cuarto infantil. Un día, sentada a mi lado en la cama, desnudos los dos, como siempre, me lo dijo:

—Pero si tienes una picha tardobarroca.

(Estaba jugueteando con mi pilila, ya retraída, y no me limpiaba el esmegma, como Teresita, porque había aprendido a limpiármelo

yo).

—¿Eso es una enfermedad?

—Es un estilo artístico, una cosa antigua.

—Ninguna mujer va a quererme nunca.

—Yo te quiero.

—Tú no eres una mujer. Tú eres un ánima.

—No creo que las ánimas que encuentres de mayor sean más mujeres que yo. Pero si es una picha preciosa.

—Has dicho que es tardonosequé.

—Artística, ya lo sabes. Una picha artística, como de ángel de retablo.

—¿Cómo el San Miguel de la parroquia de San Miguel?

—Nunca he estado allí. Yo soy un ánima del Purgatorio y no me dejan entrar en las iglesias. Pero cuando eso te crezca, va a valer mucho dinero.

Extendió el falo y los testículos sobre la palma de su mano cremosa y vimos que, efectivamente, aquello no tenía el aspecto pálido que era habitual en otros niños, sino una riqueza de forma y color, de oro, incienso y mirra que se iba acreciendo con la involuntaria, o no tan involuntaria, caricia del ánima.

Vino el apagón, quedé a solas y me dormí, pero todos los días siguientes anduve mirándome desnudo por los espejos y armarios de la casa, y efectivamente aquello se parecía mucho al trabajo barroco o lo que fuese de un artista de iglesia, al Adán de Berruguete, de la sillería del coro de San Benito o del Museo Nacional de Escultura. Empecé a sentirme orgulloso de mi miembro y lo miraba crecer. El ánima venía de vez en cuando a violarme, aprovechando los apagones o las treguas de luz, y, con este pervertir a un menor, su temporada en el Purgatorio se iba prolongando para mi placer y su requema.

La señorita ánima ha reaparecido luego en mi vida, alternativamente, como el ángel de las masturbaciones, el ángel custodio o la niña/eterno retorno: Teresita/María José/Rimbaud. A veces me parecía que el ánima del Purgatorio no era sino el ángel de las masturbaciones, pero luego examiné despacio este sentimiento y comprendí que, más bien, la presencia del ánima del Purgatorio despertaba en mí al ángel de las masturbaciones: yo tenía miedo de ser él, de que él no fuese alguien ajeno a mí.

Así como el ánima del Purgatorio, con cara y pechos treintañeros de María Eugenia, suscitaba en mí al ángel de las masturbaciones, el canadiense ángel de las pestañas postizas, por el contrario, exorcizaba al ángel de las masturbaciones, pero la presencia de ambas, el ángel canadiense y el ánima, nunca se ha producido simultáneamente en mi vida, lo que me hace sospechar que son entes contradictorios entre sí, incompatibles en mí, o quizá una sea el ángel de mi infancia y la otra el ángel de mi madurez: el ángel de las premoniciones y el ángel de las postrimerías.

Pero me pregunto dónde está, entre ellas dos, mi ángel de la guarda, del que no dudo que sea femenino y joven, quizá doncella. (Porque nuestro ideal erótico es beneficiarnos a nuestro ángel de la guarda). Quizá buscando por la línea de la niña/eterno retorno: Teresita limpiaba el esmegma de mi pene barroco, cuando aún ni siquiera parecía un pene ni conocíamos la palabra, en la década de las nieves. María José lo llevaba en su cartera de universitaria, entre el tabaco negro y los dados de póquer. Para mí han sido siempre la misma niña burguesita, rebelde y caprichosa, enviciada con mi objeto sexual, con mis atributos tardobarrocos, pre/Churriguera, mis hermosos órganos sexuales de oro, incienso y mirra, valiosos como *antiquité* del Rastro y como mecanismo de cama.

Luego está Rimbaud. Rimbaud es como el eterno retorno de Teresita, mediante el trámite María José, lo que quiere decir que, cuando me beneficiaba a la primera, en la década de las nieves, estaba ensartando ya a las tres, en un trinchamiento de lo existente y lo inexistente, como la lanza del guerrero ensarta al mismo tiempo el cuerpo, el alma y el espíritu de la víctima: tres víctimas en una, y cada una de ellas de distinto estado, sólido, líquido y gaseoso. El cuerpo es sólido, el alma es líquida, el espíritu es gaseoso. También valdría decir que el cuerpo es animal, el alma es vegetal y el espíritu es mineral, pues lo cierto es que participamos de los tres reinos, de los tres estados, de las tres gracias; lo cierto, sí, es que somos triples: nos desdoblamos en dos para joder, más un tercero o tercera que mira desde el cristal del aparador.

Del mismo modo, casi toda persona ha aparecido tres veces en mi vida, o se ha repetido innecesariamente —y misteriosamente— en otras dos. Cuando penetro a Rimbaud, estoy penetrando a María José y a la remota Teresita, y siempre soy consciente de esta triple

penetración, quizá porque sigue actuando en mí el niño que penetraba a Teresita, el adolescente que penetraba a María José. Teresita es la memoria (recuerdo remoto de la década de las nieves); María José es el entendimiento (conciencia plena de estar fornicando con un enigma triple, con una tripleta automitológica); Rimbaud es la voluntad (persistencia y recurrencia de una imagen femenina en mi vida o insistencia de mi imaginación en ir sacando a una niña de otra, juego de muñecas chinas que se superponen, no en el espacio, sino en el tiempo). Todo esto que escribo, absolutamente confuso y elementalmente sofístico, no es sino un hacer tiempo hasta que aparezca el ángel de la guarda, el mío, cuya presencia quiero forzar en este libro mezclando a mujeres, aunque él ya se me apareció hace unos años, y luego contaré su historia (pero no quisiera hacerlo hasta que él/ella, amarillo/a, volviese a encarnar en el amarillo de estos folios: si eso no llega a suceder, tendré que contar en alguna página aquel encuentro, que por otra parte fue mediocre y me ha dejado para siempre pensando si no se trataba de un error, o sea, con la esperanza de que un día encarne en una mujer maravillosa, en una muchacha como Rimbaud, que bien pudo haber sido, cuando la conocí en La Bobia, en una mañana del Rastro, mi ángel de la guarda con gafas punk: yo había visto muchos ángeles de madera y mármol, aquella mañana, en las Galerías Piquer, pero imposible que fuese ella, afortunadamente, porque el ángel no habría llevado al demonio, o sea el tiranosaurio, posado en un hombro. Por aquella señal supe que no era Rimbaud mi femenino ángel de la guarda, y debo reconocer que en el fondo experimenté alivio y ya estoy hecho a la idea de que mi ángel era aquella hortera de una tarde, como más adelante relataré, y que, liberado de comercio carnal con los ángeles —incluso con el ángel custodio canadiense, que ha debido morir—, lo único que hay ya en mi biografía son mujeres, y mujeres cada vez más jóvenes, lo que puede significar, bien freudoanalizado, una nueva inclinación al ángel).

Todo este rollo patatero para explicarles a ustedes cuán fácilmente se constituye una angeología. No creo que los teólogos de Nicea se tomasen mucho más en serio sus ángeles asexuados y de derechas fornicando multitudinariamente en la punta de un alfiler de velo de beata. Y para llegar, asimismo, a la conclusión de que

quizá mi ángel de la guarda sea yo mismo, como soy mi ángel de las masturbaciones (o lo fui, no sé), pues ya he explicado que somos triples y, sobre todo, estoy dotado efectivamente de unos angelicales órganos reproductores de voluta barroca, estofado de oro y proporción de retablo.

La mujer, tesorera natural de semejantes tesoros, se ha ido posesionando, como he dicho, de los míos, a lo largo de las diversas décadas bioespaciales en que la publicidad, el *marketing* y los cantautores nos dividen la autobiografía. Yo, tan singularmente dotado por la naturaleza que imita al arte, he sido siempre el hombre sin atributos, pero sin la lucidez de Robert Musil para contarlo, pues mis atributos los he tenido siempre hipotecados por alguna de las mujeres, ángeles, ninfas, meretrices, ánimas, hembras que salen en este libro y otras que no salen porque no ha llegado a dar en sus cuerpos de ausencia la luz amarilla del recuerdo.

Guillermina José, que era pianista y solía tocar el piano desnuda, llegó incluso a utilizar mis atributos como metrónomo, y ponía el mueble sexual encima del piano, explicando a las visitas, cuando la cogían entre misa solemne y misa solemne, que se trataba del metrónomo de Juan Sebastián Bach, un objeto histórico, antiguo, valioso, singular y, naturalmente, ya inútil.

Como la gente ha visto de cerca pocas pichas y ningún metrónomo, solían creérselo. Guillermina José era alta, grande, rubia, extranjera, musical, estival, invernal y enfermiza, y tenía tanta sensibilidad para el piano que muchas veces mi miembro, vibrado por vibración de Mahler, se corría él solo, experimentaba poluciones descargas, eyaculaciones meloeróticas que la muchacha y yo resolvíamos en la cama, generalmente gracias a la boca de ella, una boca larga y bella, triste, amarga y fresca.

La marquesita, que tenía esa cosa aguileña de la gente bien, esa cosa, rapaz y heráldica al mismo tiempo, de la mejor gente de Serrano, utilizaba mis atributos para los consabidos usos, por la mañana, antes de ir a misa, en ayunas, porque tenía que comulgar, y una vez me dijo:

—Ya le he contado al cura que estoy en pecado de fornicación, pero las otras cosas que me has enseñado a hacer con tus partes, no se las puedo contar, porque no sé cómo se llaman, de modo que estoy en pecado mortal.

—Te vas a condenar por falta de vocabulario —le dije.

Camino Zanuzzi, de veinte años, también estaba sobrada de imaginación para decorar su buhardilla elegante con el mueblecito tardobarroco, de modo que, cuando iba a verla, unas veces me lo encontraba encima de la chimenea, junto a un reloj del Palatinado, y otras en un rincón de esculturas abstractas, sobre una hojalata rizada y armónica de Amadeo Gabino.

Pero a veces, Camino Zanuzzi me llamaba por teléfono:

—¿Sabes dónde he puesto hoy tu cacharro?

—En el vasar de la cocina, con el apio.

—Hortera, lo tengo dentro de mí.

Y vivía un orgasmo telefónico.

Benamor, la judía Benamor, de edad legendaria, milenaria, de juventud antiquísima y suave madurez de lámina, tenía un gran apartamento lleno de armas judías, perros de exposición, cuadros abstractos, criados desnudos con un machete en la boca (quizás eran de escayola) y copas del oro y la plata y todos los metales que se citan en los libros sagrados. Benamor, a cambio de un almuerzo de sinagoga y una conversación un poco enlabinada sobre la muerte y los metales, a cambio de un polvo en su alta cama sembrada de margaritas y anís, se quedaba con mis atributos para masturbarse secretamente en los conciertos, en las exposiciones, en las conferencias, en las sesiones de la Academia. Era mujer siempre en trance estético, una hiperestética con fama en Madrid de sensible y sensitiva, porque lo que sólo yo sabía (más algunos homosexuales de su intimidad) es que debajo de la falda y las pieles llevaba mi picha tardobarroca, hundida en la vagina, y que en su desmayo en el lago/Brahms —«¿le gusta a usted Brahms?», preguntaba, sin haber leído a la Sagan—, había una lujuria de agua, una lujuria de música y una lujuria de semen. Benamor, la judía, era la conciencia estética de Madrid, y todo el público, en la Opera o en el estreno de Paco Nieva, en el concierto de Odón Alonso, en la pieza inédita de Carmelo Bernaola, miraba para ella en el patio de butacas, o desde el palco, con los anteojos, para saber cuándo había que entrar o no entrar en trance, que Lucía de Lamermore, los adolescentes de Nieva, la violinista de Odón Alonso (con su traje de noche tazado, suntuoso de brillos y desgastes), la pianista de Carmelo (no otra que Guillermina José), tenían un orgasmo eyaculacional, una

eyaculación orgásmica cuando mi falo de oro había hecho su trabajo en las entrañas estremecidas, hebreas y apasionadas de Benamor. Así era.

Una embajadora oriental quiso quedarse con el fetiche/chisme sólo por una noche, y a la mañana siguiente me lo devolvió por un criado negro, atado con una cinta azul mediante difíciles nudos del desierto, nudos de camellero (según me explicaba en tarjeta diplomática adjunta), pero, al poco rato de ponérmelo con aquella experiencia de herniado falso que tenía ya para sacar y meter la hernia testicular, advertí que mi hermoso miembro estofado y antiguo tenía blenorragia, tricomonas, espiroquetas, cándida albianis y otras invasiones. Con lo que me deshice rápidamente de él y se lo envié galantemente a una duquesa que no lo esperaba, pero lo agradeció doblemente, por eso, para que el chisme siguiese la rueda. En efecto, después de algunas semanas vino a mí curado, restaurado, revocado, como una picha de retablo.

Mi cosa, sí, se había puesto de moda entre la gente bien un poco libertina, e iba de casa en casa, de *boudoir* en *boudoir*, y mi advertencia a la usuaria era siempre la misma:

—Se maneja muy fácil y sé que usted lo va a cuidar. Pero, por favor, no permita nunca que lo tome su marido. Los hay que se aficianan.

La respuesta solía ser siempre igual:

—Por desgracia, está ya aficionado.

Como un peluquero, un retratista, una joya en venta, de alto precio, un galgo afgano, también en venta, o un jarrón de subasta, mi picha iba haciendo la rueda de las casas bien, a ver quién se lo quedaba, porque estuvo de moda tenerlo unos días en el *living* y mostrarlo en las cenas:

—Umbral no ha podido venir, pero aquí nos ha dejado por esta noche sus atributos tardobarrocos, junto a su plato vacío.

Había la nueva rica hortera, amiga de la señora de Banús, que lo usaba como servilletero.

La rueda elegante se interrumpió (década de la luna, década pre/Rimbaud), cuando, en una fiesta roja de vino y has. Rimbaud, en su buhardilla, después de haber discutido una vez más la desterritorialización del partido con traficantes de coches y activistas de extrema izquierda, Rimbaud, digo, me pidió que me

quedase a pasar la vida con ella, en su jergón desempeñado, estrecho y perfumado de su cuerpo oscuro y marítimo. Como no podía quedarme, aunque me apetecía mucho pasar una vida al abrigo de su puerta amarilla (con su amarillo/folio), le dejé a cambio mis aperos sexuales o utillería erótica, hasta el día siguiente. Y allí se quedó, al alba, en una soledad de mataderos y lombardas, entre lo morado del frío y lo morado de la clandestinidad, masturbándose con el fetiche/cachivache de las marquesas.

Rimbaud retuvo la cosa durante bastante tiempo, por su gusto y por el mío, y con sus fornicaciones profundas, trágicas y andaluzas, más sus dialectizaciones euromarxistas, lo redimió un poco de tanto esnobismo y tanta nobiliaria insatisfecha. Hoy mis atributos son como un reloj que se ve que es y ha sido de buena calidad, pero que lo han gitaneado muchas manos de todas clases y razas (menos gitanas, quizá).

Enero. Jueves, 1.

Estoy preso de un brujo, Rimbaud, amor, estoy preso en el castillo de un libro, como a veces me ocurre, y sólo tú podrías — hada de gafas negras y manos de has— salvarme del hechizo/ encantamiento.

El brujo es alemán, como todos los brujos, el brujo es centroeuropeo y se llama Teodoro, Theodor W. Adorno, y me tiene estos días, Rimbaud, amor, en el castillo de su libro, mientras que tú estás lejos y nada puedes hacer (ni siquiera tu tiranosaurio) contra la tiranía dialéctica del tipo.

*Teoría estética* se llama el castillo, el libro, la trampa, y dado que es obra póstuma y sin corregir, mi carcelero participa así de una doble condición de muerto/vivo, acude a mejorar su manuscrito (inmejorable, salvo el razonable prurito de racionalizarlo todo dentro del irracionalismo artístico).

El muerto, sí, asoma por los descuidos del vivo, me mira por las rendijas de la prosa, allí donde desfalleció o se distrajo el filósofo/ brujo, mirando para una música de Bach. El muerto me alimenta y el brujo me amedrenta, Rimbaud, amor, y escucho con mis ojos a los vivos, pero ni Quevedo ni tú acudís a sacarme de la cárcel del libro, del libro carcelario, todo de rejas dialécticas y pasillos como largos capítulos.

Sábado, 3.

Estando así, en esta condición feldespática y desadonizada, he aquí que se me presenta, muy de mañana, la lecherita rubia que venía navegando a contracielo, desde hace tiempo, como he referido aquí anteriormente, me parece, delgada contra el frío, con dos botellas de leche, una en cada mano, como las alas blancas y líquidas de su venir.

Aparición matinal, lechera del cuento, niña de cuento, criatura rubia con dos ojos como dos piscifactorías, leve en su ropa, firme en su levedad, aparición que viene a traerme dos botellas de leche buena, espesa, de la que hace nata, y luego, cuando la nata sobrenade el café, será como algo tenue y desprendido de sus alas mañaneras y lecheras, y ella estará en otra parte, como está ya.

Me parece que Proust, estando muy enamorado de Albertina, se enamora también de una lecherita rural. La mujer/muchacha rubia, que sólo ha sido lechera y nada más que lechera, revelación momentánea de la mañana, se inscribe así como viñeta menor en el óvalo mayor del mundo de Rimbaud, en el que vivo, o en el óvalo de la ausencia de Rimbaud, que es\*el universo.

Dos botellas de leche, dos bultos de leche como sus propios senos, tan inencontrables con la mirada, dos lámparas de blanco mate en la mañana de blanco brillante, algo que se imprime en este folio amarillo con el amarillo de su pelo. «Del rojo al verde todo el amarillo se muere», dijo Apollinaire. Rojo el invierno en los altos árboles, verde el cielo de enero, y el amarillo del folio, de la luz, el amarillo del día, del sol, del pelo de la lecherita, muriendo porque no escribo o porque Adorno ha hecho la dialéctica de lo amarillo y lo han dejado en gris.

Uno escribe un libro libre para mecanografiar la vida que pasa y, en cuanto uno deja de escribir (preso de un brujo nibelungo de la

Escuela de Frankfurt o de una efeboandrógina que me retiene en redes de ausencia), ocurre que la vida empieza a pasar de otra forma. La vida no se deja mecanografiar y de pronto se inventa una lecherita.

Voz rubia que venía a contrainvierno, lechera de cuento que ha llegado en la fábula de la mañana, niña que ya está aquí y ya no está, mujer que ha hecho el milagro de dos botellas de leche, como esos rayos que le brotan a la Milagrosa de sus manos caídas y abiertas.

Así no hay manera de hacer un libro con unidad, planteamiento, nudo y desenlace, como quieren los grandes críticos con pequeño sueldo. Este libro es Rimbaud y está adonizado por ella hasta las puntadas que cosen las páginas, hasta el engrudo que encola los cuadernillos, tan semejante en olor, color, sabor y sustancia al engrudo lírico de los orgasmos de Rimbaud, que a veces se resuelven en mi boca, pero no se puede impedir que, preso yo entre la ausencia y el feldespató, entre el brujo germanoyanqui que me encanta en figura de mónada/rana, de aporía/sapito, y el rojo/verde donde el amarillo se muere, este libro desaparezca, por más que invoco a Apollinaire/Rimbaud para que vengan a salvarlo/editarlo, y en el espacio libre de la vida, por el sendero frágil que todavía es enero, se presenta una joven mujer rubia con alas de leche y botellas de luz. Cuando iba a empezar a escribir de ella, la lecherita ya se había ido.

#### Domingo. 4.

La casa, Rimbaud, es un barco que navega en los espacios de tu ausencia, en la oceanografía de tu no estar. Siempre he sido muy sensible a esa condición de barco que tienen las casas, así como a esa mala y desazonante imitación de la casa que es un barco, con los tenedores atados con cadenas para que no se los lleve el galernazo.

Por la mañana, salgo del camarote del sueño, que los sueños siempre tienen algo angosto y vaiveante, como los camarotes. Tiro de la cinta de las persianas y las cortinas como levando velas al velero del día, tiro de la cadena de los retretes como levando anclas, y partimos del puerto de la noche (la noche es oscura y plegadiza como un acordeón portuario), parte la casa, crucero blanco y azul, a navegar la indecisión del día.

La casa tiene momentos de altamar, como los barcos, momentos de tormenta o peligro inminente, en que todos nos encontramos de pronto en cubierta, o sea en el salón, mirando a los Atlánticos del cielo, conocidos y desconocidos, y momentos de navegación lineal y silenciosa, con todos los tiburones de los días asomando detrás, en la estela de la memoria. Las casas, para que no se nos caigan encima de aburrimiento, hay que vivirlas como barcos. En los días de sol, balandro o buque blanco que tarda, como el que viera Proust, infinitamente, en el horizonte, en pasar de una rosa a otra del rosal. En los días sin sol, barco bacaladero por los mares del Norte del invierno. De ahí le viene a la casa ese fondo de bacalao y sal gorda.

Pero si la casa es el barco, Rimbaud, el cuerpo, tu cuerpo es el día, la forma femenina que el día indeciso va buscando y encuentra en ti. Indeterminada por las mañanas, como el día mismo, vago esbozo de ti, divagación de las formas que no acaban de acertar con la forma central de lo que eres. Por la tarde ya eres tú, delimitada

entre el griego y la coca, dibujada por los espejos, vigilada de cerca por los libros que lees. Y por la noche eres la lámpara de lo diurno. Así como de día me pareces la gestión secreta de la noche a pleno sol, de noche te ilumina el día ya ido, que se ha quedado en ti, y a tu día nocturno acuden pinchotas, lesbianas, poetas malos, amantes, músicos de barrio, orgasmos, gatos indefinidos, violadores, navajeros, ácratas y funcionarios.

Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubren tu vulva, Rimbaud, amor, y yo, acampando en ella, he encontrado a viajeros por los grandes labios de tu vagina, como viajeros por el Orinoco, y leves bultos fugaces que tú me has mostrado con miedo de niña aprensiva, y el despliegue infinito de ese material cálido, sexual, húmedo, con la llama del clítoris, bajo la cual caminan, como bajo la antorcha/guía del camino de Santiago, amantes de provincias, acuñados homosexuales, cuñados acuñados, árabes de París, parisinos de Madrid, yonquis de un amarillo que no es el de este folio (un amarillo que fuera la negación del amarillo), profetas y peregrinos. Tu clítoris, Rimbaud, es como la lengua de fuego que tuvieron los pescadores de Galilea sobre la cabeza, y cuando tengo esa lengua de fuego sobre mí, asomado a la caverna de Platón, puedo hablar todas las palabras del castellano, las hablo todas a la vez, me siento la boca enjambrada de diccionarios, pero guardo silencio por oír tu gemido genital. Has pasado, Rimbaud, por cinco edades, como la humanidad: la edad de oro y lepra de tu infancia; la de plata, que te hizo nocturna para siempre; la de bronce, que te hizo violenta como eres; la cuarta edad troyana, en que todos los mitos griegos, jonios, macedonios, fornicaron contigo hasta dejarte pura, y, finalmente, nuestra edad de hierro, edad de esfuerzos y pobreza en que, herencia de otras cosas, eres Rimbaud con vagina de muchacha y un tiranosaurio en el hombro derecho, como negación nictálope de todo el clasicismo que te engendró.

Lunes, 5.

Ahora debieras tener en cuenta, Rimbaud, amor, las famosas cinco vías de demostración de la existencia de Dios, que Tomás de Aquino obtiene de Aristóteles y Agustín (para, al final de su vida, hacerse pasota teológico, afirmar que todas sus *Summas* son mierda y en seguida morirse, lo cual le hace simpático). Asimismo, Rimbaud, yo, tomista de ti, aristotélico de mi amor por ti, agustino y agustiniano de la teología que eres y la astrología kepleriana que es tu culo, quiero utilizar esas cinco vías para demostrar que existes, pues tu existencia es improbable en este libro, en la vida y en ti misma, y el lector, a las alturas de esta página par/impar, aún duda si serás mala invención o buena verdad.

«Melibeo soy y en Melibea creo», dice Calixto. Adónico soy y en Rimbaud creo. Tu existencia, Rimbaud, como la de Dios, se demuestra por el movimiento del mundo, por tu movimiento (andares de modelo/Loewe), que requiere un motor inmóvil, o sea yo mismo. Por la causalidad en el universo y en tu buhardilla. Tu buhardilla, más que de causalidad, está llena de casualidad y de casualidades. Tú eres casualidad. Laforgue dijo que «la mujer, en el fondo, es un ser usual». Tú eres lo usual/casual. Pero sigamos con Santo Tomás: por la contingencia del mundo, que postula que exista algo necesario: mi vida es contingente, la contingencia misma, y en ella me pierdo a diario. Por eso necesito que exista algo necesario. Tú me eres necesaria o, más exactamente, *necesito* que me seas necesaria. Sin ti, todo es contingencia y catarro. Por los grados de perfección, que implican una perfección absoluta: yo, por tus grados de imperfección, deduzco que podrías llegar a ser la imperfección absoluta, la imperfección perfecta, que es lo que busco en ti. Y, finalmente, por la necesidad de que el mundo tenga origen: yo no experimento ninguna necesidad de que el mundo tenga origen, ni

de que tú tengas origen. Tú lo que tienes es genealogía, que ya la he explicado aquí: Teresita/María José/Rimbaud. Establecer genealogías queda fino.

Exigir orígenes es fascista.

Martes, 6.

Andaba yo en estas teologías, estatua de mí mismo crecida en mi jardín, pensamiento de piedra, alma de musgo, colores de la vida en lo gris de la edad, cuando Rimbaud, de pestañas postizas, que naturalmente no es mi ángel de la guarda, sino que custodia o custodiaba a algún caballo perdido entre la nieve, vino a llevarme una vez más al centro mismo de las ciudades, tupido y revuelto, «las ciudades son hierro y charla lejana», René Char, y allí, entre hierro de días y charla de pájaros cancerosos, hicimos el amor de los amores, vestida ella de portada del «Cosmopolitan» y desnudo yo con el desnudo múltiple de mis trescientos bronquíticos, entre los que ya empiezo a reconocer la cara de Aristóteles, de Adorno, de San Agustín, de Santo Tomás, de Calixto y de más personal. Unidos todos en un solo gemido sexual, toda la patrística tuvo un orgasmo griego en el recto flexible de la bella, y Aristóteles, por más griego que los otros, se iba en larga vegada.

Eyaculo, así, en el recto y/o la vagina del ángel, a través de San Agustín, Santo Tomás, Aristóteles, el follador Calixto y el postmarxista Theodor W. Adorno. Mientras tanto clasicismo, tomismo y cultura la penetran (hace falta mucha gente para solemnizar el orgasmo de un ángel), sus pechos lechales cantan con toda la afectuosidad complaciente de la carne y la vida perdurable, amén. Pero huyo pronto, en alas de los trescientos broncoharapientos, tosiendo y gargajeando, porque Rimbaud necesita ovoplex, o sea la píldora, que todo el paganismo está con la menstruación y en seguida hay que empezar a tomar.

No se lo dan en la farmacia por menor.

Debo acudir a espacios fríos donde el público espera mi palabra

caliente, debo implantarme otra vez en el centro de mí, dejar que las miradas y las manos me roben algo que traía, ese algo que en mí se renueva todos los días porque todos los días me lo roban, debo dar una conferencia, pero rehúyo escalinatas de cristal, la sonrisa sin fin de los políticos, para buscar una farmacia de guardia, a estas horas, señor, a estas horas, que a la niña no le dan el ovoplex, demasiado joven o demasiado sospechosa, según la suspicacia farmacéutica:

—¿Receta?

—Es que no traigo. Pero es para Rimbaud, ¿le suena el nombre?

—¿Alguna menor?

—Rimbaud tiene un siglo. Es ya un mito.

—Usted siempre tan culto, señor Umbral, pero ahora, con la democracia, se ha puesto esto muy serio, usted comprenda.

—La mitología es anterior a la democracia.

(Nada más decir esta parida, comprendo que era una buena frase para decirla en la conferencia. Las mejores conferencias se le ocurren a uno cuando no las da. Pero el farmacéutico adusto y alopécico ya me está envolviendo el estuche rectangular con las píldoras del mes, y pienso que cada píldora, paralizando los ciclos naturales de la muchacha, conforma más el mito, torna en estatua el cuerpo femenino, libre de función reproductora, como una figura de tapiz, porque todo lo que deja de ejercer función se hace poético, mágico, lírico e inútil. Más que un zoológico efecto ovular, la píldora mínima es un punto y aparte que separa la zoología de la mitología: la ciencia desmitificadora, liberando a la mujer de zoologismos, ha vuelto a hacerla mítica. De paso, le compro a Rimbaud unas tosiletas, para la tos del tabaco).

Rimbaud, con su ovoplex en el bolsillo del culo del pantalón, ha recorrido las tres edades de la humanidad sin que nadie la fecundase en ninguna de ellas. Primero, la edad de los dioses, que le dieron mucho por el culo, por la vagina, por la boca y hasta por las orejas, pero jamás lograron engendrar en ella otra cosa que metáforas.

Luego, la edad de los héroes, en que se vio a Homero correr ciego tras ella y hasta tocar la lira para la niña, entre su ventana de enferma y el mar azul por donde Ulises se bañaba en meyba. Finalmente, la edad de los hombres (argelinos, árabes de París,

camitas, razas rojas y oliváceas y bronceas), que quisieron engendrar en ella niños de derechas y niños de San Ildefonso para cantar la lotería en navidad. Rimbaud, con su ovoplex pegado al culo, ha cruzado las mitologías y las odiseas, las leyendas y las ciudades, las razas y los picaderos, sin romperse ni mancharse, de modo que toda la humanidad y toda la divinidad han pasado a través de ella como el rayo de sol que hoy no alumbra a través del cristal de la ventana bajo la cual escribo. Por otra parte, Rimbaud sostiene que su hermana, casada con un registrador de algo, ha tardado mucho tiempo en quedar embarazada e incluso ha sido sometida a tratamiento (ahora, por fin, va a tener a un hermoso niño, a juzgar por la curva premamá), y que ella misma, por su efeboandrogenismo, no es fácil que conciba *creatura*, pero no es lo mismo acostarse con un registrador de algo que con los dioses paganos, los héroes griegos y los terroristas palestinos. Gracias al ovoplex, Rimbaud ha triunfado de la mitología y de la teología, de la leyenda y de la Historia, del clasicismo y de las camas redondas.

En un mundo de mujeres mitológicas o neomitológicas por anticonceptivas, Rimbaud es la niña usual de Laforgue. Lo que en otras es milagro del ovoplex, en ella parece milagro natural, naturaleza milagrosa. Pero, por si acaso, me manda a la farmacia a por ovoplex.

—Por si las fiáis —dice ella.

Venida a través de tanta maleza cultural, venida a campo través del cielo de los mitos, Rimbaud recuerda/redescubre mi falo tardobarroco y se santigua con él los ojos, la boca, las orejas, los senos, el sexo, llegando a grandes orgasmos y delicado tratamiento de mi polla de subasta/Durán que la niña recorre con manos finísimas y entintadas en sangre menstrual o cocinera, «me he cortado pelando patatas en la cocina».

Sea como fuere, obtengo un tampax de su vagina, tirando deslizadamente de un hilo blanco que blanquea entre los hilos negros de su sexo, mientras Nijinski, Virginia Woolf, Gabriel Miró y demás personal de los armarios ha desaparecido/enmudecido para que suenen las cantatas/cantigas de Alfonso X el Sabio, que ponen un vihuelismo delicado, cómplice y celestial a nuestra fornicación

devota.

Vuelve una y otra vez a mi pene tardobarroco, se masturba con él postreramente, y, viéndola en la nocturnidad de los espejos, abolido tanto clasicismo y tanta leche por un viento de vihuela que ya ni suena, pienso que el modelo de nuestra relación no está en los mitos ni en los dioses ni en los padres de la Iglesia ni en nuestros propios padres, sino que somos Rimbaud/Verlaine domiciliados en Londres o Bruselas, amándose a tiros, y que en la puerta de la calle, entre el quiosco y la gasolinera (ha vuelto a subir la gasolina) deberán un día poner una placa cronológica, aquí vivieron y convivieron, etcétera. Quizá toda pareja ilegible a los ojos del mundo está realizando su intensidad en la ilegibilidad, y su duración en la apertura, desde que la pareja Rimbaud/Verlaine fijó su amor en la historia de la poesía.

Rimbaud/Verlaine. Baudelaire/Juana Duval. Wilde/Douglas. Lo de menos es la combinatoria sexual. Más allá y más acá de los sexos, la pareja de nuestro tiempo, penúltima farmacia de guardia frente a la soledad que huele a verdón, es una pareja ilegible (incoherente) para el mundo neoconsumista, neoburgués, neocapitalista, neoalgo, que nos rodea. Su intensidad, ya digo, es su incoherencia.

—No somos más que Rimbaud y Verlaine jodiendo en un tejado madrileño —le digo a la niña.

Rimbaud prescinde de la picha en su boca, aunque la conserva entre las manos, y me dice con cara de Rimbaud vaginal:

—No alucines, tío.

Pero me sé un Verlaine constelado de hospitales, me sé el hospital verleniano de trescientos bronquíticos que en mí tosen por orden o todos al mismo tiempo, me sé un viejo violín del otoño sin inspiración primaveral, que suena a organillo pedante todos los atardeceres.

Rimbaud, luego, envuelve el apero tardobarroco en finas sargas, para que no se enfríe, y se pone desnuda, de espaldas a mí y a la multitud muda de los vihuelistas, a calentar un café para que se nos vaya el sueño de la medianoche. Todos los cadáveres culturales duermen de pie en los armarios de la niña y todos mis cadáveres pseudofilosóficos duermen su tos en mi pecho de hierro y decadencia. Al cazo del café se le quema el culo, huele a café

quemado y aroma de vihuela. Algo bebemos, de todos modos, mientras en el Consejo de Ministros cambian de cargo a los señores con cargo.

Cuando la niña vuelve a la cama, tiritante y desnuda, mi tardobarroquismo se torna goticoflamígero para penetrarla con devoción, resignación y violencia. Lo que los alemanes llaman «tormenta y empuje». Ha sido, por goticoflamígero, nuestro primer polvo en alemán.

Mas la pareja Rimbaud/Verlaine, que yo diría la pareja de la modernidad, sólo preanunciada en Baudelaire/Juana Duval, y continuada en Wilde/Douglas, es la pareja transgresiva que se ha dado siempre, barrocamente, al margen de los emparejamientos zoológicos, porque Rimbaud, dios adolescente del amor (que a mí me ha tocado con vagina, gracias a Dios), tiene clavada sobre la chimenea una lámina de la Santa Teresa de Bernini, y ya en ese conjunto barroquizante veo la plasmación anticipada del dúo rimbaudverleniano. El ángel del punzón (que en Bernini no es punzón, sino flecha fálica) es un preadolescente de sonrisa a lo Rimbaud y medio pecho desnudo, que aflige/inflige (infligir es uno de tantos transitivos que quedan mejor como intransitivos) a Santa Teresa, la cual entre ropas de un abultamiento despegado del cuerpo que equivale a la desnudez, deja, colgar por abajo un pie desnudo, vertical y bello, erotismo que rima con el pecho del niño. Es San Paul Verlaine preadivinado por Bernini en su sueño barroco. Y pienso que Rimbaud, clavada en mí, sobre mí, cuando no se sabe quién de los dos penetra a quién, por lo absoluto del vínculo, me está transverberando con mi propia picha, como el ángel/Rimbaud a la mística madura.

No hay pareja más erótica e ilegible (su ilegibilidad es su erotismo, o a la inversa) en toda la mística universal, incluida la de Oriente. Bernini acertó con esta manera singular y maldita de apareamiento, noviazgo sacrílego con que a veces acierta la especie, al margen de sí misma, y que por ahora tiene su última versión en la flagelada/flagelante Rimbaud cabalgante sobre mí, que soy una Santa Teresa carrocísima, traducida de lo místico a lo barroco/agnóstico. Basta con instituir un amor para que genere su propia genealogía.

El acto sexual es tan rico iconográficamente que en seguida

convoca todas las iconografías de la Historia, religiosas o profanas, en torno suyo. Siempre se jode en la alcoba de la cultura, Rimbaud.

(De tan embarroquizado transporte místico y erótico ha venido a sacarnos un ángel nada barroco, el ángel de la nieve —nieve de enero, Rimbaud, que hace negra la piedra gris de Madrid—, arcángel desprendido naturalmente de todo el vihuelismo que las cantigas/cantatas del disco de la niña ha dejado por el cielo. Ángel anterior al Giotto, hecho de esa cosa anterior a la música que es el frío, nevando sobre una ciudad que es hierro y charla ajena, nevando parisinamente sobre Char o el que lo dijera, nevando en la ventana a poniente de la niña, sobre las últimas chimeneas preindustriales del casco urbano, sobre nuestros cuerpos desnudos, sobre las distancias en que consisto, separaciones dulces ahora ateridas y hermoseedas por la nieve. Pasa la teología primitiva de la nieve por mi memoria y por las torres, por los árboles del rencor y las uvas de la ira, y ciento veintitantos coches chocan en cadena en la autopista de Barajas con escándalo de chapas frustradas, y se me refresca la frente clásica y la picha tardobarroca gracias al serafín de la nieve, vihuelista de lo blanco, que me ha rozado los ojos con un ala meteorológica).

Rimbaud, con el repentino sentido práctico de la mujer, pone a calentar más café en otro cazo que se ha inventado, le mete marcha a la estufa, se pone un suéter rojo y gordo que le llega hasta la gracia del ombligo, corre cortinas que no hay, baja persianas que tampoco y dice que me va a enchufar el agua caliente, no sé muy bien para qué.

Miércoles, 7.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, Rimbaud hace bolas con la nieve que ha quedado —nata de nieve— en el alero de la ventana, y las deja caer hasta allá abajo, a un fondo vagamente industrial con cielo de uralita y dibujo, también, de nieve.

Cada astro caído de su mano, vertical y pesado, en una caída que da la dimensión exacta del día y la velocidad quieta del cielo, se estrella contra la nieve de abajo y la uralita, dejando un estallido negro, inesperado y no visto en la profundidad lóbrega de lo blanco. Rimbaud pasa horas produciendo y mirando este planetario de estrellas inversas sobre un techo industrial de las traseras de la ciudad. Sólo desde aquí arriba podemos ver el milagro en su belleza invernal y casual, mientras la sombría bandera de la continuidad se despliega vastamente sobre Madrid.

Miércoles, 14.

Baudelaire y su negra. Santa Teresa y su ángel. Rimbaud y yo. Hay que conseguir parejas cualitativas. El salto cualitativo de la pareja. Con parejas así, ilegibles, incoherentes, se renueva la especie (y en esto no tiene nada que ver el que tales parejas, generalmente, no engendren).

Sábado, 17.

Yo, vestido de Santa Teresa, atuendado de su uniforme y su prosa, y ella vestida de Rimbaud, salimos a los cócteles literarios, sabiendo —yo— que la crueldad nos rejuvenece, me rejuvenece, e ignorando —ella— que su juventud de hoy se resolverá en crueldad por la droga, la muerte, la enfermedad, o el tiempo. Se pinta el pelo rojo, como el poeta.

En el cóctel, de monja, me han besado la mano los escritores funcionarios, porque era el centenario de la santa:

—Madre, madre, ¿dónde encontrar la edición príncipe de *Las Moradas*?

—Hijos míos —les digo—, el duque de Alba, Jesús Aguirre, me tiene el manuscrito, que lo guardaba una reina y anduvo en manos de Lope, ese Lopillo de Vega que escribía de espadachines y cobraba del Ministerio.

Los libreros de viejo, como Berchi, con sus gafas oscuras, y su aura republicana, quieren venir a Alba para comprarme todas las ediciones príncipe, incunables y cosas. Pero yo es que no existo, pues el cuerpo de la santa, devuelto de Ávila a Tormes, fue troceado por el camino, que cada pueblo codiciaba una reliquia y, como dice Tierno Galván, las reliquias eran la moneda medieval:

—Con una bolsita de huesos sacros iba usted a Florencia, madre Teresa, y le daban de todo.

Rimbaud, vestida y pintada de Rimbaud, toma una centramina para estar brillante, compra pipas delante de la librería y les escupe las cáscaras al rostro, a los académicos, cuando vienen a que les recite el soneto de las vocales:

—No, que mañana tengo examen de Feijoo con Marina Mayoral.

Y les suelta a Feijoo, que era un coñazo, entre la munición de cine de las pipas. Se van muy torrefactos y frustrados. Luego, de

madrugada, se me vio en un taxi solitario, se vio a Teresa de Alba, mientras el taxista dormía en su piso/llave/en/mano, comiéndole yo el coño a la niña Rimbaud, que apretaba las pipas contra el pecho, crujido tenue de las cáscaras y el plástico, en el orgasmo, como su corazón salido, salado y tostado.

Qué pasada.

Martes, 20.

Estoy en la página sesenta y nueve de este Diario (no sé lo que dará en libro), y lo que he visto al escribir las cifras es ese parecido que, efectivamente, tienen con el hombre y la mujer en el amor inverso de las bocas. También mi gato, Lermontov, hace sesenta y nueve con la gata bizca y persa que su corazón ama, su corazón de gato duro y mudo. O con gatitas negras de pocos meses.

¿Y mis sesenta y nueve con Rimbaud?

Rimbaud está llena de vergüenzas, por dentro de su desvergüenza, y no siempre prefiere mostráreme así. Quizá le gusta más que sea yo quien haga el seis sobre el nueve cenceño de su cuerpo.

Pero lo hemos probado todo, claro es, y podría ahora reflexionar sobre el vello suavísimo que, escapando como llama última de lo negro del fuego (el fuego es negro por dentro, sólo amarillo por fuera), le suaviza aún los orificios últimos, el tránsito infantil hacia la rabadilla. Eso que se ensaliva algunas noches.

Por lo demás, el amor de Rimbaud, antes de mí, antes de ella, ha sido (como el de todo el mundo) un amor más plural que experimental, de modo que ahora me dice, de repente, con humor de voz ronca y suspiro final:

—Nos estamos matando, tío.

La niña delicada, la enferma adolescente, la morena a quien su morenez ha abandonado en lo más íntimo, dejándomela pálida de deseo o avitaminosis, dice que nos estamos matando. Mi corazón/chatarra quizá diga lo mismo, pero yo no lo digo, porque el amor es bueno para regar extremidades, refrescar la cabeza, replantear las ideas, replantarlas. Hacer el amor es tan bueno para la salud, que temo explicárselo a Rimbaud, porque sé lo que puede decirme:

—Pues si el amor es tan higiénico, ya no quiero hacer el amor.

Ellas lo hacen como destrucción (han leído a Vicente, claro). Pero me parece que ya he pasado de página, de folio, o sea que lo dejo y volvemos a la postura habitual.

Miércoles, 21.

La sangre de Rimbaud, la licuación constante e inesperada de su sangre sacramental, monumental, la hemorragia nocturna, la noche como hemorragia, el mito en llamas, la estatua encendida por abajo, fuego en el sitio de su pecado, deberías ir a un médico, amor, sangre de cordero anticristiano que empecata los pecados del mundo, niña/río, tiempo vinoso, la sangre que sangra desde hace unos días y que amenaza con una inundación burdeos sobre las márgenes amarillas de este libro, Nilo adolescente, sacratísima sangre, amarillo egipcio de mis páginas, quizá lo amarillo no sea sino un fuego demudado, un rojo lívido.

La muchacha/fuente, mitologías que nacen de su mito desmitificado, el borbotón/bobollón de la vida atravesando la piedra cálida del clasicismo hasta reventar en manantial que anega las farmacias de guardia por las que flota el ovoplex deshecho en letras, sobre todo esa equis final que gira como una cruz de barco en un naufragio.

Rimbaud, amor, por tu sangre, por tu sacratísima sangre (yo no repugno la sangre, ni le hago sustos), la temperatura de la vida pasa en tropel por ti, primavera roja de tu joven sexo negro, y el pequeño tiranosaurio de ojos verdes y rasgados lame un resto de sangre, resignadamente, como un gato.

Febrero. Domingo, 1.

Fumata de moría, muchacha desnuda, los senos todo luz y el bello cuerpo cruzado por la metralla precoz de nuestro tiempo: Rimbaud.

Historia de oro, orgasmo arcangélico, hogueras de música en su pelo. España, en torno, es una fea conspiración de ministros guapos y una dura crisis de políticos blandos. Los mandolinistas negros de la Iglesia, los concertistas sempiternos que nos dan un concierto de sable cada cuarenta años (dos guerras civiles por siglo) y los usurarios agiotistas que cantan gregoriano en la Bolsa, mientras el mensaje, el medio, la electricidad y la televisión se ponen intransitables de mentiras, nada de eso podrá impedirme que este derribado arcángel menor, descendido de las mitologías de la luz (llevamos mucho tiempo que no llueve), se acueste conmigo en cama tropical de dulce mimbre.

Fumata de morfa, mujer desnuda, un cuerpo leve, luz en la luz, que puede ser atravesado por la constancia de los días. En sus ojos y en su boca fácil hay una energía, empero, que es la del ángel caído y la mujer erguida. La vida, vestida de domingo, me otorga bienes repetidos, variados, innecesarios, tardíos y decididos. En su vulva de bosque acumulado, en su vagina de apretada esperanza, mi mano, mi picha, mi boca, son la mano que profana el mar cogiendo un pez dormido bajo el sueño azul del agua.

Con alas de morfa, y muslos de mediodía, Rimbaud, que ha suprimido/expulsado/exorcizado al ángel de la guarda o de los lunes (venía ya, anticipando una semana triste), supone una nueva e inopinada victoria del presente y su espada conjura la eternidad mediocre de mi vida.

Me deja un cobre digital por todo el cuerpo.

Martes, 10.

Rimbaud, amor, el maestro Eckhart decía haber tres cosas que nos impiden oír la palabra divina: nuestro cuerpo, la pluralidad, el tiempo. ¿Qué me impide a mí *oírte*, sentirte, *serte* en tu totalidad?

Las tres mismas cosas, claro. Tu cuerpo, el cuerpo, ese cuerpo entre Kepler y Botticelli. Mira, Rimbaud, amor: Kepler estuvo años detenido ante cinco minutos de error que había en sus cálculos del cielo. Yo llevo siglos detenido ante la millonésima de milímetro de asimetría que hay entre tus dos glúteos. La resolución de este problema irresoluble, la transformación en elipse kepleriana de tu culo niceno, me tiene perplejo. De ahí no paso.

La pluralidad: eres plural, discontinua, simultánea. En otro día de este Diario te he dicho que eres la imperfección relativa en vías de lograr la imperfección perfecta. La que llora, la que besa, la que fuma, la que vuela, la que jode, la que ríe, la que pasa, la que queda, la que escribe, la que duerme, la que dibuja con lapiceros Alpino, la que me odia, la que me ama, la que me odia desde el amor, la que me ama desde el odio, la que violo, la que me viola, la que tengo, la que no tengo. Supongo que llamo Rimbaud a la pluralidad. Supongo que todos somos nuestra pluralidad.

La única forma de tenerte del todo es renunciar a tenerte totalmente.

La tercera razón del maestro Eckhart era el tiempo. El tiempo, Rimbaud, del que tengo escrito que es discontinuo, nos distancia, y llevo, meses intentando que nuestros tiempos coincidan.

Pero tú eres el tiempo enlagonado de la moría y el globo, el tiempo alto del endroque y el cuelgue, y mi tiempo de prosa lo más que consigue es fliparse en amarillo. El tiempo, Rimbaud, que

nunca sabemos si nos une o nos separa. Mi tiempo biográfico y tu tiempo gráfico, todo hecho de imágenes sucesivo/simultáneas de ti misma.

Todo lo que he vivido sin ti es lo que he tardado en llegar a ti. Todo lo que has vivido sin mí es lo que no has vivido. Si supiéramos alguna vez, Rimbaud, amor, si el tiempo lo tenemos a favor o en contra.

Pero saber eso sería ya separarse o morir.

Benamor, judía, bella y triste, Benamor, que durante algún tiempo guardó y usó mis órganos tardobarrocos, Benamor, la sensibilidad hiperestésica del Madrid hipercrítico, me lleva, como otras veces, a su casa de extensión y sarga, al museo de sí misma, al cenotafio loco (una locura silenciosa) en que vive, y me muestra, en una vitrina, entre láminas de Palazuelo, joyas de Berrocal y cardos fósiles, mi propio sexo arcangélico, sobre terciopelo azul oscuro, los panes de oro que lo recubren o restauran, la coloración a lo Berruguete que llega a tener el glándulo, la voluta a lo Churriguera que forma el prepucio vuelto hacia atrás, y las doradas manzanas del sol que son los testículos.

Discretamente, meto una mano en el bolsillo del pantalón y me busco mis atributos corporales, que están ahí, sanos y salvos, inocentes (ligera maculatura en el glándulo, de los dientes de Rimbaud que luego, en la levísima cicatriz, hace más intenso el goce). O sea que la hiperestésica Benamor guarda ese sexo angélico de retablo como si fuera el mío (y no estoy muy seguro de que no lo sea).

Jueves, 12.

Rimbaud, madrugadora, se ha vestido de Heraclio Fournier y se ha ido a las extensiones complutenses a decirle al profesor de Filosofía que el imperativo categórico de Kant es un pecado de soberbia contra el Espíritu Santo.

O sea una pasada.

Pero el Espíritu Santo, paloma vaticana que ha volado desde un alero de San Pedro hasta la Nunciatura madrileña, pelea en los tejados de ropa y geranio contra el ángel de monóxido, que la devora lentamente, silenciosamente, y sólo algunos transeúntes miran para arriba sin interesarse demasiado por el duelo que tiene lugar en mitad de la nada, y comentan:

—A ver si nieva de una puñetera vez.

Sábado, 14.

Mi descodificada Rimbaud, toda de aceite joven y dialéctica, está como recluida en su torre de piedra pómez, detrás de la puerta amarilla, princesa de cuento, y alguien ha tirado la llave a su río de lágrimas y rioja, y entonces ella se ha picado caballo y ha comprendido que no le importaba la desterritorialización del partido, ni el amor ni el sexo ni la letra impresa ni yo ni él ni el otro, y, asustada de su hueca indiferencia, ha vomitado en un taxi, se ha vuelto lúcida y ha mantenido un largo cuerpo a cuerpo espiritual con el atleta de musculatura amarilla que vive en el amarillo de su puerta, algo así como un boxeador de Bacon, un entrecruce de Van Gogh con la oreja sangrante, Gauguin, despertado de su siesta tropical por el ruido de platos ideológicos rotos, y un militante de Comisiones que la ama/la ama. Un cacao.

O mejor un colacao.

Poco dado como es uno a tragedias laborales (el ámbito natural de la tragedia son los dioses o los griegos, aunque Sócrates —y con mucha razón— nunca gustó del teatro griego), fumo sin fumar en mí y espero a que llegue Rimbaud, si llega, dejando tras de sí una puerta amarilla sangrante de sol crepuscular y derramado, sangrante de rioja podrido y amor joven, honrado, dialectizado.

Rimbaud se me entrega por unas horas, y hondas pescaderías ribereñas o bajomadriles se abren en su morenez que es mía, y ensayamos las formas cansadas del amor incansable, hasta que se pone a fumar, se mete por la cabeza el suéter gordo que le roza las primeras estribaciones vegetales del pubis angelical y apoya su cabeza en mi hombro: «Amo la fuerza que hay en ti, lo lejos que estás de todo, amo lo que te he dado, y perdona el mal rollo», me dice. En la noche de Argüelles, mientras una fuente negra llora su agua viuda, sé que una puerta amarilla, como un boxeador amarillo

de Bacon, espera a la muchacha. Allí, los girasoles son musculatura y Gauguin un peso pesado. Paseo, solo, por mí, y soy una profunda pescadería interior que huele a ella.

Domingo, 15.

A Rimbaud, de pronto, le ha florecido la vagina como esos almendros que florecen prematuros, por Alicante, ahora por febrero. No es aquella tierra muy ajena a la tierra dulce de su cuerpo, y andamos sin saber si será primavera o enfermedad lo que le blanquea de dentro afuera.

Por la primavera blanca, por la primavera negra de su sexo, cales y socaliñas, un enjalbegado que le va bien a sus ojos moroandaluces, amapolas blancas que morirán sin haber conocido la adolescencia de los colores, que es el amarillo. Sacamos herradas de blancura, búcaros de flor y flora, no sé ya dónde poner tanta floresta, y su casa se ha llenado de ramos vaginales que son como un domingo de ramos sin morados previos ni postreros. Algún ramillete que se desprende y cae al suelo, el tiranosaurio lo huele, lo prueba, lo mordisquea, y la niña está en el lecho, desnuda, leyendo *Bomarzo*, mientras su cuerpo se da de sí y de blanco como otras veces de sangre o tinta verde. Buster Keaton, Virginia Woolf y Nijinski, los *hábitúes* de sus armarios, se prenden un ramito en la solapa o en el pelo, y luego vuelven al armario o se tiran por la ventana, al gran pozo de oro del domingo, para asesinarse de luz y bostezo.

Rimbaud, por hacer algo, se lava la vagina con agua de té, con agua de rosas, con agua de hierbas, pues parece que le debilita un poco esta floración blanca y renovada. Tenemos la casa muy adecentada de blancura. Música Láinez, el bujarrón, huele a té de coño, a coño de té, cosa que sin duda le hubiera repugnado mucho en persona, pero que a mí me encanta, me flipa, me va, y cuando ya la luz alegre del domingo triste tiene visillos y estores de blancura, porque Rimbaud menstruá encaje antiguo, yo me tomo una taza de té que ella ha pasado previamente por su vagina, y que es el mejor

té con leche que he tomado nunca, como un té de «Embassy», pero sin viejas fascistas.

Mientras ella duerme con las piernas abiertas y yo escribo en este Diario amarillo el episodio blanco, el tiranosaurio, como un gato o un perro, viene a lamerle a Rimbaud directamente, en los grandes labios, la mezcla de té y jugo de flor que se le desliza. Es la paz de todos los domingos.

Jueves, 19.

Rimbaud iba al cine y se encontró un pájaro, un gorrión caído de un árbol como un fruto de ceniza y plumas, maduro ya de muerte. Pero Rimbaud cogió el pájaro en sus manos finas, lo puso contra su pecho tenue, le dio el calor del cine y de su cuerpo, y el pájaro despertó y se le fue por una selva fea de pies espectadores, como en un magritte de sesión continua. Rimbaud ha recuperado el pájaro, lo ha llevado a su casa, le ha dado a picotear migas de magdalena y ha cuidado de que no se lo comiese el tiranosaurio.

Cuando la libertad del gorrión se estrellaba ya contra la mentira del vidrio de la ventana, Rimbaud le ha abierto el cielo. Hemos perdido un pájaro y hemos ganado un recuerdo leve, pequeño. El gorrión callejero, madrileño y contaminado, queda bordado para siempre en los almohadones de oro que Rimbaud nunca bordará.

No borda, Rimbaud, pero me ha cosido un botón del abrigo. Le he pedido que lo hiciera por andar más defendido del invierno y, sobre todo, por andar defendido mediante sus manos delgadas, más epistolares que costureras. De todos modos lo ha hecho muy bien y, ya, cada vez que me abrocho contra el viento de la calle, es ella quien me abrocha, aunque vaya solo. Lo que pasa es que el día del pájaro, porque no se le escapase, le pidió a un yogui vecino que le abriese la puerta del apartamento, y el yogui entró con el pájaro y pretendía enseñarle a respirar profundamente a la niña. Entre el tiranosaurio y la voz ronca de Rimbaud consiguieron poner al yogui en el ascensor, cuando ya Buster Keaton, Nijinski y Virginia Woolf habían rodeado al nuevo personaje y Keaton llegó a preguntar:

—¿Va a quedarse este chino en el armario?

—No soy chino. Soy yogui.

Virginia Woolf se prendió el gorrión en la cabeza y hasta durmió un rato así, pero el pájaro pedía libertad. Nijinski daba saltos de

grabado a grabado (viejos grabados en los que él aparece), pero ha quedado menos Nijinski después que hemos visto volar al sencillo pájaro, entrando en el cielo como en su casa.

Lo que más me gusta de todo es que Rimbaud sea lesbiana en potencia, lesbiana platónica (qué jaleo griego más raro). «Soy bisexual», me corrige. Pero se masturba soñando con niñas de caramelo y le fascinan los grandes senos de las grandes mujeres, porque ella no tiene. A Rimbaud no me la llevará un hombre, sino, en todo caso, una bella mujer. No sé si Virginia Woolf (a la que adora) y ella no habrán tenido algún oscuro y delicado beso de armario, cuando yo no estoy. Así y todo, hacemos el amor del revés, introduce la punta de su lengua en mi ano, devuelve a mis testículos, con sus manos y sus labios, la calidad tardobarroca que a veces parecen perder, cuando anochece entre ambulancias. Y deja subir o bajar a su alma una multitud de orgasmos que la convierten en un rosal erógeno.

Cada uno de sus orgasmos le queda prendido en el pelo, el cuerpo o el pubis, y es ya como el rosal sexual (clara y bella cacofonía) en que la ha transformado mi picha sobredorada y ensalivada. Rimbaud, naturalmente, tiene algo de Natanael, el ángel de André Gide, y nunca sé si yo la llevo de la mano por las selvas del día, mostrándole el zumo de los minicines y la profundidad del tiempo en las plazas más subterráneas, o por el contrario ella preside mi vida, ángel de todos los dones, de todos los placeres, de todos los alimentos, con su mística de has, marlboro, chicle, hebreo, griego, crepes, soledad y noche.

Estás en la cabecera del día, Rimbaud/Natanael, con presencia de nube y sexo de meretriz.

Domingo, 22.

La boca de Rimbaud, tan infantil cuando tiene mi falo entre sus labios, tan «erótica» (habría que encontrar otra palabra) cuando ella está dormida como un niño. Miro esa boca, esta boca, por la que han pasado falos, sexos, caravanas de droga, músicas de París, las entornadas pieles palestinas, y es una boca infantil, sí, con el labio superior ingenuamente vuelto hacia arriba, y luego dibujado, perfilado, rebordeado (a veces, ella, en la locura del exceso, en el exceso de la locura femenina, se lo perfila aún más, innecesariamente, con un lápiz). El labio inferior, grueso también, obtenido de un pliegue hacia afuera, sin demasié de babeo de carne. Natural.

En su boca, más que nada, vive la morisca (raza aristocrática de los moros españoles) que ella es por alguna descendencia o ascendencia, pero un dibujo godo, un cantero románico se diría que ha venido a corregir, limitar y contener en esta boca todo exceso de raza. No sé si he escrito ya estas cosas en este diario de amor por una niña oscura, efeboandrógina, o si volveré a escribirlas más adelante, pero hoy, domingo, quiero que queden aquí, indelebles como su boca, como ese beso que hay siempre en el aire, cuando ella está.

Lo que me trastorna, quizá, en Rimbaud, es la niña que persiste en ella, dulcemente obstinada, pese a todo lo que Rimbaud ha hecho por matar a esa niña (que, por otra parte, es lo que más ama, lo único que ama de sí). Y la niña morita, almendral y atlántica, florece en esa boca, como una inocencia que se atreve lentamente, levemente, cuando ella, la muchacha, fuma o lee o habla, distraída, y dudo si besar o no besar en esos labios por miedo a marchitar la niña inmarcitable.

Lunes, 23.

El ánima del Purgatorio, señorita vagamente presentísima en mi vida bajo sucesivas transmigraciones que reseño cuando y cómo puedo, ha entrado en peligrosa asiduidad y ahora me visita más.

Recuerdo, recordaré, no quiero recordar que el ánima del Purgatorio se me presentó por primera vez en la infancia, saliendo de un cuadro religioso tenebrista que era cabecera de mis sueños infantiles, escapada al acicate del fuego y a la redención de la Virgen del Carmen, visitadora de los miércoles, para descubrirme que yo tenía unos órganos sexuales tardobarrocos, artísticos, sobredorados, como de ángel de retablo, y descubrirme asimismo el más variado y saludable uso de esta curiosidad anatómica. Cuando reaparece, como vieja amante, como cuarentona de cafetería, en la hora violeta, buscando sexo, aventura, compañía, consuelo o desconsuelo, a veces me enrolla y a veces no. A veces me lleva a la cama y a veces no.

En todo caso, supongo (de alguna manera lo sé), esta nueva huida de su mediocre perpetuidad en el Purgatorio o en el cuadro, esta escapada del tiempo eterno como fuego, del fuego eterno como tiempo, para salvarse temporalmente en la temporalidad, renueva su pena, tras el obligado retorno, y eterniza su baño de llamas en la playa sombría del Purgatorio.

En lo que más fácilmente encarna, claro, es en viejas amantes que me devuelve la memoria por vía telefónica o me devuelve el teléfono por vía memorística, y aunque todas ponen voz de sorpresa, novedad, reencuentro o capricho, llamada casual, curiosidad femenina, yo adivino en lo que su voz calla la dolencia silenciosa del ánima, la «pena penetrativa», que dijo Santa Teresa.

Tres encarnaduras ha tomado últimamente el ánima del Purgatorio, vieja amante de infancia, institutriz sexual siempre en

disimulado combate con el ángel de las masturbaciones.

Su primer encarnadura ha sido como pianista de las flores, como florista de la partitura, que ella llevaba enrollada al Conservatorio como un ramo de notas musicales, cuando entonces. Trae años, tiempos, lejanías, oro, decenas, el amarillo vago que la aureolaba y amé en su carne. Trae tisanas en la voz, tristeza en la risa alegre, una juventud que se le eterniza en el flequillo. Puede que incluso traiga tricomonas o algún mal concupiscente (fuego en el sitio de su pecado), porque las llamas del cuadro eran sólo una soflamación metafórica, alegórica, y con lo que en realidad castigan los demonios benignos del Purgatorio a sus ánimas es con inquietudes de ingle, ya que sólo se va al Infierno y al Purgatorio por pecados concupiscentes, tocamientos secretos o acciones deshonestas consigo mismo o con otros, según los catequísticos padres Ripalda y Vilariño, a quien hoy imagino con toda seguridad en el fuego eterno o transicional, purgando tocamientos secretos y acciones deshonestas quizá entre ellos mismos.

Anima musical en su Purgatorio amarillo/cromo, esta aparición siempre me ha hecho muy bien el amor, posesionándose de mi cuerpo con su boca, sus manos de mártir, su vagina zoológica y su voz más secreta. Lleva el orgasmo hasta espasmos dostoiewskianos. Luego habla de política, de poesía francesa o de líos familiares, fuma un cigarrillo y se va. En cuanto enciende la cerilla, me acuerdo con un respingo de la gran cerilla del Purgatorio, que les espera encendida.

Marzo. Martes, 3.

Rimbaud despierta en una conspiración de frío y teléfonos. Se enrolla por teléfono, y luego va a la ducha helada, deja que el mes haga presa en su cuerpo, miro cómo el frío canta entre sus muslos.

Pirograbado marceño, el cielo es un laberinto de patios interiores. Y la niña, desnuda, hace cafés, tisanas, té, nesquik, mucho nesquik, le da al tiranosaurio paté caro y observo sus idas y venidas, la naturalidad adolescente con que su pelo/Rimbaud, su cabeza Salzillo (un Salzillo violado por un miliciano) y sus pies puros recorren la costumbre entre cazos caídos y prospectos.

Rimbaud se viste de hospiciaria oscura, como niña de Dickens, con faldamenta negra y medias negras, o se viste de punk, con vaqueros cansados y sandalias de plástico, o se viste de niña de provincias (una cosa tras otra, en el espejo), hasta que al fin se viste de tabardo verde, personaje masculino de Álvaro Cunqueiro, y luego lo desecha y va de princesita pintada por Ucello, que les ponía a los caballos las dos patas de un lado moviéndose al unísono, el antitrote, y, por eso mismo, los más bellos y líricos e imposibles caballos de lo équido, los que trotan por siempre en la pintura:

—Me gustaría tirarme tal caballo —dice ella.

El tiranosaurio la sigue a todas partes.

Cuando se va a su clase, con cabás de serón, libros de bichos, nada que se relacione con la asignatura, el «Hola» para ver las princesitas y sus embarazos, yo me quedo pensando que es criatura (lo sé por experiencia de la cama) para recibir ese miembro bestial en su vagina estrecha y dolorosa, porque basta meterle la picha entre las piernas para que el Salzillo se redima en Greco, ascienda a verde/Bizancio.

Daría su estertor máximo, su estilizado grito corporal, toda «la confusa inteligencia del cuerpo», que dijo alguien, con un miembro

infinito embutido en su cuerpo efeboandrógino. Así, junto a mi falo, suelo meter dos dedos en la hucha infantil de su ranura, mas nunca se sabe a qué cielo pictórico puede llegar la niña.

Solo entre cuatro gritos, leo periódicos orinados por el tiranosaurio y pienso en la niña/Rimbaud, vestida por Ucello de morados celestes para viajar en autobuses universitarios. Cuando el catedrático le pregunta algo, se pone las gafas negras de Ramoncín, en pie tras su pupitre, vestida de madonina, y le dice sonetos de Petrarca al calvocátedro, que sólo ha preguntado por la declinación latina declinante.

Miércoles, 4.

El sexo de la niña/Rimbaud, o sea, exteriormente considerado, imparcialmente, tiene mucho de laberinto desplegable. Uno ha conocido sexos escuetos, vulvas limpias, grandes labios que no son sino una ranura tirante. Eso está bien por lo que tiene de higiénico y lo que tiene de infantil, aunque, por ambas razones, suele ser síntoma de frigidez.

Si a esos sexos se les afeita el vello, queda muy estético y de barbería.

El sexo de la niña, por el contrario, es enlabinado, sus grandes labios acumulan pliegues, y sus pequeños labios equivalen a los grandes de otra, de otras. El sexo de Rimbaud, como lo cuento, es un laberinto, es Creta en carne viva, y el minotauro de su sexualidad, o lo rojo del clítoris, se me esconden en ella, cuando turista por semejantes lejos. Espiral de la carne, rosa reconcentrada, llaga que se cierra sobre sí misma, flor de larguísimos pétalos, toda esa carne y piel (no sé si ya lo he anotado en este diario íntimo de amor público) son muy sensibles, de modo que el mero recorrido de la espiral, con su juego de pliegues y repliegues, es ya una aventura, el orgasmo vivido como viaje.

Se llega, sí, se llega al centro, a la capilla tímida del clítoris, pero el gran recorrido, los círculos vivos viven entre las piernas de Rimbaud como el loto en los muslos esbeltos del agua, como la rosa concéntrica en el vientre mugiente de la tarde.

El sexo de la niña es complicado y arde en cualquier cine.

Viernes, 6.

Rimbaud se suicida con asiduidad. Se va al otro lado del sueño como al otro lado del espejo o del agua. Se mete en la cama, lee un poco, tras haberle dejado comida al tiranosaurio, se masturba dulcemente oyendo fornicar a sus huéspedes sepia de los armarios y las fotos, y finalmente se toma un tubo entero de dormodor.

Unas veces se va a la muerte y otras veces se va a su pueblo. Lo hace con gran naturalidad. Cuando está en su pueblo, es como si se hubiera suicidado de luz, como si fuese ya la gran encamada, la enterrada viva, la muerta sin sepultura, y tiene en la distancia una cotidianidad de niña que murió del tifus y cuyas muñecas siguen jugando por su cuenta, a más de sus gatos, perros y búhos, que van y vienen por su muerte como por un invernadero.

Por el contrario, cuando está muerta, Rimbaud es como si estuviera en su pueblo. Nunca he conseguido hacerme a la idea de que se ha muerto, cuando se muere, nunca he llegado a sentir el dolor, el espanto, la pena, la laceración/lacinación cadavérica. Yo creo que ella misma tiene tan confundidos, tan fundidos en luz el pueblo y la muerte, el cementerio y la plaza, que me ha comunicado a mí ese orden/desorden, y sólo experimento sus muertes sucesivas, periódicas, realísimas, definitivas por una semana, como tirones de la provincia con borjas y mar. La muerte no es nada y para ser algo tiene que parecerse a algo: a un pueblecito de la costa.

Rimbaud vuelve de la muerte con maquillaje de clínica, y conserva por un tiempo esa elegancia fatigada de los muertos cuando quieren alcanzar un libro o ponerse un echarpe. La voz, por supuesto, le suena como la voz de una hermana suya que hubiese muerto ahogada en el mar cuando ella aún no había nacido:

—La próxima vez con una pistola. Esto de las pastillas ya no se lleva.

Es su salutación a la vida.

Y no una salutación lúgubre, en absoluto, pues que en la ironía/frivolidad de elegir un suicidio a la moda está su nueva reconciliación con la vida. Por ahí voy conociendo que la muerta está viva, más que por su ir y venir repartiendo nesquik a sus abandonados huéspedes de los armarios. (No necesito decir que cuida especialmente a Nijinski —del que está enamorada: siempre se enamora de homosexuales, salvo un servidor, con perdón—, a la Alicia de Lewis Carrol, que sólo muy de tarde en tarde sale de su alacena, y a Virginia Woolf, por quien le habría gustado ser poseída, caso de que no haya ocurrido ya en el armario de la ropa de verano. Imagino el cuerpo blanco y el cuerpo moreno, el cuerpo maduro de yegua inglesa y el cuerpo adolescente de mora española, muy rozados en el amor por las frescas sargas perfumadas de verano pasado. Algo así).

La primera cópula con Rimbaud, después de su viaje a la aldea de los muertos, es naturalmente una cópula mortal, con sabor a jugo de flores de tumba en las exudaciones de su vagina, y los besos se le caen de la boca como cerezas del cementerio, que es una fanática de Gabriel Miró (otro caballero estable de los armarios).

Así, gracias a sus suicidios, he tenido la experiencia necrófila de violar a una muerta, cuando su cuerpo no ha perdido aún el sabor a rescoldo del otro mundo. Poco a poco, orgasmo a orgasmo (como la primavera avanza saltando de un matorral a otro, en su guerrilla), la vida va ocupando el cuerpo niño y muerto. Son días de entresabores, de ir cambiando un sabor por otro, en mi boca, hasta que vuelvo a tener a Rimbaud total. Ella ha vivido el clima de la muerte y yo el clima de la muerta.

Así, la muerte, cuando venga, me sabrá a ti, muchacha.

Sábado, 7.

La bestia rosa. «Bestia rosa» llamó a la mujer aquel novelista aficionado, pensador sin pensamientos, señorito asturiano de la cultura, señorito cultural de Asturias, asturiano de la cultura señorita: don Ramón Pérez de Ayala.

El griego y el latín, en él, no eran dos penetrales del saber, Rimbaud, amor (ya sé que no escondes semejante fetiche erótico/literario en tus aparadores masturbatorios). El latín y el griego eran, en este señor, como en casi todo el mundo, dos piedras antiguas que le pesaban por dentro, dos piedras de un Sísifo doble y coñazo.

Dos piedras que le pesaban al escribir, al pensar, al vivir, y así se lo hizo de mal, de torpe y de paliza, el chorvo. Como cogió una venérea nada más llegar a Madrid, según le cuenta a un genio ovetense por carta, desde entonces debía repeler secretamente a las mujeres, y de ahí el insulto cultista de «la bestia rosa».

Él era una doble bestia en latín y griego.

Perdona la clase, Rimbaud, amor, hoy que no tienes, pero lo que quiero decir es que la bestia rosa no es la mujer ni es el hombre, sino que somos los dos reunidos en la cópula, el monstruo de dos espaldas, como dijo alguien con mejor estilo y poca preceptiva sexual, pues tú bien sabes (mejor que yo) que el amor no hay por qué hacerlo necesariamente de frente. Hemos ensayado toda clase de gimnasias sexuales (y en este libro van algunas, que no falta más que añadir gráficos), pero creo que siempre seguimos siendo la bestia rosa, como Baudelaire/Juana Duval, como Santa Teresa y su ángel, como Nabokov y su niña. De la pareja nace siempre una tercera sensibilidad, que ya no es la de él ni la de ella, ni la suma de ambas sensibilidades, sino una tercera cosa. Y de la pareja nace asimismo una tercera criatura, en la copulación, que es la bestia rosa, un cuerpo partido en dos, el centauro que, como tengo escrito,

pasta plata en tus espejos.

Criatura de dos cuerpos, tercero entre ambos, que nos incluye, mamífero de cuatro pezones, dos cabezas y ocho extremidades. No somos, ya, ni tú ni yo. Somos la bestia rosa.

(Y lúcida, ay, a pesar de todo).

Miércoles, 11.

Rimbaud, Rimbaud, devuelta por la muerte o por su pueblo, tocando arias de perfume en la flauta del chicle, tocando arias/aires de Mozart en la flauta del chicle, Rimbaud, Rimbaud, viniendo a salvarse, como una Beatriz inversa (descendida en miércoles, como la Virgen del Carmen al Purgatorio), viniendo a sacarme de la mano, de su mano delgada que ha vestido los guantes de seda de la muerte, viniendo a sacarme/salvarme (a ver si lo digo, coño) de tanta confusión de cuerpos, ánimas, ángeles contraversos, ángeles custodiocanadienses, ángeles de la guarda, ángel del lunes, ángel lácteo del martes, viniendo a redimirme, Rimbaud, amor, de las viejas amantes.

Ha pasado el cadáver de la hepatitis, amarillo y defendido de agujas hipodérmicas, por entre los cuerpos de mujeres que no amo. Ha pasado el cadáver de ellas mismas, y algunas han florecido de tricomonas vaginales, candida albicans y monilias, como los almendros florecen por estos días, ha florecido el almendro femenino en la rama interior de su vagina, y yo he vivido moteles que me han masticado como una excavadora mastica la tierra corporal de lo que fuera un huerto; he sido ungüento, frasco verde, maquillaje de fondo, mano de crema, crema de manos, caricia cosmética, intruso perfumado en la vida y el coño de Rimbaud; he atravesado hogares como jaulas ligeras de canario apagado; he habitado palacios enlabyrinthados, hasta el cuerpo de encina y distinción de la princesita con alma de ave, he jodido, he jodido.

Pero al fin Rimbaud, tan reencontrada siempre, perdida en su barullo de cerrajeros (se le olvidan las llaves), con un vestido negro de huérfana romántica con posibles, con un camisón rosa de niña de las monjas que se acuesta con una monja, Rimbaud, perfumada de tés, las hierbas de la abuela, poleo, menta, cosas, el sabor amarillo

que nos visita de madrugada, en los viejos cafés con un reloj del Rastro y un perro de pie en la barra, esperando su terrón de azúcar.

Rimbaud, lengua de colegiala que saca una punta de lengua para el esfuerzo de la redacción, boca perfumada de *chewing-gum*, lengüecita, sí, exigente de sabores nuevos, o el espeso sabor de lo viejo, entre los dedos de mis pies, entre los pliegues de mi ano, entre los pliegues de mi escroto, las anfractuosidades que se despliegan, como flores acuáticas, cuando la inundación de la ternura.

Su lengua entre mi vello, en mis pezones, tan inútiles, su lengua, medusa roja, gusano cálido, Caperucita por el bosque de mi cuerpo velludo. Su lengua en la costura del falo y en la seda del glande, tornando jóvenes y frescos mis órganos tardobarrocos. Su lengua en mis axilas, mi nariz, lengua/Alicia en el país de mi cuerpo sin maravillas.

Pasan los orgasmos como un río reventón de afluentes. Luego, Rimbaud fuma un cigarro con cara de muñeca antigua, boca de morita y ojos cargadísimos. Sus sombras interiores, brujas de la Lady Macbeth que no es, comienzan a habitarla. Afuera, en la noche, en la calle, en los parques, la pólvora y la primavera se observan a distancia.

Domingo, 15.

Tus axilas, amor, son dos sexos sobrantes y por eso siempre inesperados, fascinantes. (No temo repetirme, en este diario de amor, ni me importa, no sé si he hablado ya de lo que hablo). Tus axilas, de pronto, con su caligrafía oscura y dulce, son dos inesperadas poblaciones de sombra, son dos pozos.

Quiero vivir ahí, en la fragancia a coyuntura humana, en la vertebración ligera de tu cuerpo, en el origen de tu vello. Dos inocentes sexos como dos niñas cerradas y secretas. Dos continentes que amo, mundos de liana y sombra, dibujo femenino que en ellas, las axilas, se remansa.

Qué libertad de hablar, de decir, de escribir, en este diario de amor, en este amor diario, en este libro, qué libre la escritura cuando trata de ti, cosas como tu cuerpo, la certidumbre oscura, femenina y cordial de tus axilas.

Quedarse aquí a vivir, huésped de esas tinieblas, dos borrones de sombra, tan delgados, que amo disparatadamente cuando tú alzas los brazos para peinarte, para despeinarte, con tus dedos de infancia y nicotina.

Eres un atlas, niña, un mapamundi, y ahora he llegado, como en un viaje, a las grutas de amor de tus axilas. Si se ha dicho que la historia de toda la humanidad está en la vida de cada hombre, yo pienso, más sensatamente, que toda la geografía del universo einsteiniano o kepleriano está en el cuerpo de una mujer. Las galaxias tienen disposición femenina, por lo que se va viendo en los periódicos, y todo ese material que los ruso-yanquis mandan al espacio es una cosa prepucial.

Vivimos, quizá, en una axila de la luz y la sombra, no mayor que tu axila, Rimbaud, amor, que ahora beso.

Jueves, 19.

Como consecuencia de su viaje al apeadero de la muerte, viaje que los forenses foráneos se obstinan en considerar amago de suicidio, Rimbaud ha tenido que pasar en estos días por juzgados, tribunales, papeles, auditorías, mecanografías y registros:

—Es que se me fue la mano, oiga.

Era de ver a Rimbaud, vestida de hospiciiana de lujo, de huérfana con posibles, de enlutada de folletín, con cara de lámina inglesa, pasando como un dulce fantasma de tabaco y música por entre las procelas de la burocracia y el perfume de crimen irresoluto que tienen ciertas habitaciones. La acusan desde la vida y ella sigue hablando desde la muerte. Los gitanos robagallinas cantan su condena en los pasillos.

Rimbaud contesta a los interrogatorios burocráticos y judiciales como una muerta adolescente le contestaría al médico que quiere hacerle una autopsia verbal:

—Voy a disculparla a usted, señorita, por ser la primera vez.

—Si no es la primera vez.

Comprendo que así no hay manera.

Rimbaud empieza a aburrirse y ya no presta atención a los sumarios, sino al Cristo del juez, que sin duda no le gusta nada estéticamente, y fuma con dedos larguísimos y temblorosos de más allá un marlboro que ilumina la Administración de oro y libertad.

Rimbaud, inaprehensible para mí en todo este libro, viñeta morena de unos folios amarillos, capitular entintada de cada capítulo que escribo, y que es cada día, no es posible que quede aprehendida por unos funcionarios alopécicos con la quiniela asomándoles, como un pañuelo fino por el bolsillo alto de la chaqueta.

Le preguntan a la niña, inquietan, concretan determinan, fijan,

lo llenan todo de fechas y datos, pero Rimbaud se les escapa cómo no se les va a escapar. Si no cabe en un libro mío, qué coños va a caber en un expediente mecanografiado con una underwood que suena a metralleta de la guerra.

—¿Vive sola?

—Con Buster Keaton, Virginia Woolf, Nijinski, Dylan Thomas, Alicia, Lewis Carroll, Pasolini y un tiranosaurio.

—¿Realquilados?

—Más o menos.

—Extranjeros. Tendrán los documentos en regla.

—Eso pregúnteselo a ellos.

—Y el tiranosaurio, ¿consta en el registro municipal de animales domésticos?

—No es un animal doméstico, sino prehistórico.

—Comprendo, lo ha domesticado, no hay peligro. Puede conservarlo.

—Lo iba a conservar de todas maneras.

—Señorita, por favor, déjeme terminar el atestado.

«Atestado», qué palabra. Se supone que esto está atestado de gente, que uno está atestado de culpa, que el atestado nos atesta de datos innecesarios y suposiciones gratuitas, formularias y certeras.

—¿Estudia algo?

—Poesía metafísica inglesa por libre y paraísos artificiales.

—¿Acude puntualmente a clase?

—Acudo, pero no puntualmente. No me gustan los adverbios de modo.

—Veo que es una joven culta. ¿Qué le ha inducido a la muerte?

—La vida.

—Usted es bella.

—Porque no madrugo. Ustedes, hoy, me han hecho madrugar.

—Casi vamos a tener que pedirle excusas.

—También se las pedían a los que iban a quemar en la hoguera.

El funcionario es un hombre delgado que se ha puesto gordo. Es un hombre de hermoso pelo que se ha quedado calvo. Es un simpático que tiene un oficio antipático. Todos estos desajustes le dejan raro, lamentable, desazonante como una foto movida.

—Firme aquí y la avisaremos.

Los gitanos robagallinas, por los pasillos de mármol, cantan

entre procuradores y cadáveres el martinete de su condena.

Sábado, 21.

El recto de Rimbaud puede ser una luminosa comprobación de cómo la fontanería femenina es siempre mucho más pulcra, bella y aseada que la masculina. El recto de Rimbaud puede ser el sexo de los ángeles, por cuanto deja pasar a través de sí el rayo de luz de un dedo anular, de una polla, de una lengua de fuego, y no se rompe ni se mancha, ni rompe ni mancha nada ni a nadie. El sexo de Rimbaud es el sexo fragoso de una adolescente muy sexuada, pero su recto, ya digo, podría ser el sexo de los ángeles, una cosa que no se sabe muy bien para qué sirve, que no sirve para nada, pero es bella en sí.

A veces, en el desvarío de la cópula, uno introduce el dedo anular en ese recto, por la propia profanación y por mejora técnica del caso, ya que la presión del dedo dentro del recto estrecha la en sí estrecha vagina de la muchacha, que a su vez presiona el miembro viril del virilizado caballero que antes fornicaba y ahora escribe.

Que antes fornifollaba y ahora llora.

El recto de Rimbaud, por donde pasan lenguas de oro como caricias de plata, es el vaso comunicante de la nada con la nada, caña pensante en la que un dedo anular o un falo ancilar pueden sumergirse a pensar en la verdad teológica de la fisiología, en las verdades fisiológicas de la teología. Todo es uno y lo mismo, y sólo se es joven por los esfínteres. Los esfínteres de Rimbaud son los de un alabastro de Fiésole que el escultor, obviamente, dejó sin esfínteres al darle a la luz figura de mujer. Un viaje a Fiésole, sí, puede que sea el viaje al recto de Rimbaud.

Que cada cual desarrolle en sí lo que tenga de angélico, dijo el maestro de la ceja nemorosa, la palabra sigilosa y el Prometeo mal encadenado y barroco en el interior del pecho clásico. Lo que Rimbaud tiene de más angélico, de más puro, limpio, claro, virginal, teologal, mental, cenital, es el recto. Si su sexo es la Selva Negra, su recto es un Partenón anal. Lo que pasa es que uno es más romántico y existencialista que griego.

Domingo, 22.

Dado que en el corazón femenino de Rimbaud vive un muchacho sombrío, tiene su roja tienda de campaña el chico que ella pudo ser, el príncipe salvaje e insatisfecho que no es, dado esto, digo, no dejo de considerar el posible safismo de la niña, su expectación ante la mujer/mujer, la orgía aplazada que sueña en sus masturbaciones, la posesión, que quizá anhela, por una hembra varona, decidida y enorme.

Viene de su pasado más botánico la nostalgia de alguna amiga con la que compartiera la flor inédita y sexual del amor inocente, y está en la imaginación de su futuro la invasión de unos grandes senos que ella no tiene. No sé si esto me gusta o me disgusta.

Sé que me desazona, y me hace evidente, sobre todo, el muchacho inviable que la habita. Rimbaud, niña de sueños y masturbaciones, mito del amor adolescente pasado por la tipografía homosexual, por un Fiésole, que no está en Fiésole, de doncellas, mancebos y lesbianas.

Me posee, a veces, como un muchacho decidido, con el privilegio que los lentos homosexuales sin destino quisieran sobre mí en noches de duda. Soy el homosexual de Rimbaud en la medida en que violo en ella, cada día, al chico y a la chica en que consiste.

Estando uno tan fanáticamente decidido y definido por la mujer, me divierte este juego de hostigar la bisexualidad que hay en ella, y que puede tener por mi falo tardobarroco la misma devoción que un marica de diecisiete años. El descubrimiento de estos tiempos es que las labores del sexo son tan complejas y sutiles como las del corazón o el cerebro o esas zonas intermedias e improbables que estudian Freud, los psiquiatras, los psicoanalistas, los psicólogos y los novelistas que encuentran sublime la charcutería sentimental del ser humano.

Pero no es más complejo un corazón que una vagina, entre otras cosas porque son lo mismo. La mujer piensa con la vagina, es una vagina pensante (mejor que la fácil «caña pensante» del beato Pascal), y esa vagina que piensa es el pensamiento en que uno ha consumido su vida y su pensar.

En el corazón femenino de Rimbaud vive un muchacho sombrío que a veces se le sube a la garganta. Sólo a fuerza de hostigar su clítoris, la hembra que hay en esta hembra, consigo ahuyentar al chico.

Pero sé que algún día, cuando yo no esté, la vida, bestia rosa, caerá sobre Rimbaud, mi amor, con pechos de amazona y clítoris crispado, hispido, de lesbiana.

Como un ángel odioso.

Jueves, 26.

La muchacha (Rimbaud), Rimbaud (la muchacha), me ha prestado o pedido un libro entre los libros, la historia del Renacimiento español, por Francisco Rico, y de pronto, hacia la página cuatrocientos once («La escondida senda de Fray Luis», por Ricardo Senabre), aparece sepulto un billete de Metro de la niña. Esas cosas.

El billete, un cartoncito blanco, rectangular, fino, tiene arriba unos números (16 III 81), sin duda la fecha de uso, y debajo, en versales, Metro. Hay unos números ilegibles (todo está a tampón, muy emborronado, con tinta de más o de menos) y, también en versales, pero más pequeñas, la palabra «Sencillo». Es un billete sencillo.

Bajo una línea se lee dificultosamente: «Utilización según tarifas». «Consérvese hasta la salida». Finalmente, otros números enigmáticos, 02794. Por el reverso no hay nada, salvo unas motas de tinta de la máquina. Mínimo palimpsesto, jeroglífico urbano de ese interior de pirámide que es el Metro (la ciudad es siempre piramidal), me ha enternecido, primero, este pétalo deshojado del vivir de la muchacha, y, luego, me ha entretenido descifrar lo indescifrable y, sobre todo, recordar los billetes de Metro de mis tiempos (cuando yo usaba el Metro), que valían una peseta, servían para todo y traían mucha más literatura: la indicación del trayecto, por supuesto.

Aquellos billetes de hace veinte años eran unos cartones duros, de un malva delicado, o verdes, de un verde cotidiano. Ahora, este cartoncito finísimo lo utilizan los drogatas para hacerle la boquilla al porro, y Rimbaud, recién venida de provincias, me lo dijo:

—Allí mola mucho hacerse la boquilla con un billete del Metro madrileño. Yo los guardo todos. Se triunfa cantidad. Queda

finísimo.

Me interesan los rastros últimos de una vida, sus huellas más delgadas, esos descuidos rectangulares u ovales del tiempo en el tiempo.

Me conmueve lo pequeño, lo inopinado, naturalmente, mucho más que lo deliberado. Rimbaud, la muchacha, estaba leyendo el libro, se llegaba a Fray Luis, y el clásico, el monje maldito, el santo inverso de la Inquisición, viste a la niña de hermosura y luz no usada.

Rimbaud, la niña, va en el Metro —¿hacia Argüelles, hacia la Universitaria, hacia la Gran Vía, hacia dónde?— con una aureola de hermosura y luz no usada, leyendo de pie el grueso tomo, rodeándose de clásicos, mientras los contemporáneos viven una pirámide/alcantarilla y son como unos egipcios inversos de barro crudo, inundado periódicamente por el Nilo de la pobreza, en cuyas márgenes viven chabolizados.

Ella ha dejado el billete de Metro dentro del libro, por comodidad, por olvido o como señal. Uno no es más que la señal que ha puesto alguien en las páginas del libro de la propia vida, ese tomo de tiempo que alguien va leyendo por nosotros. Cuando se termine la lectura, se arrojará la señal: habremos muerto. Algo así.

La literatura del billete de Metro, su castellano subterráneo, su laconismo para pobres, su tono inapelable —«consérvese hasta la salida»—, es como un panfleto mínimo entre la prosa y el verso, maleza de oro, del Renacimiento español: Francesillo de Zúñiga, Garcilaso, Santa Teresa, San Juan, Fray Luis, Cervantes. El billete de Metro sería como una pequeña blasfemia entre tanta arboleda literaria, si no fuese un pétalo gris de la vida en rosa de la muchacha.

Decido quedarme con el libro y el billete. Con el billete perdido dentro del libro. Respeto estos azares del azar fanáticamente, como André Bretón respetaba las erratas de imprenta. No porque crea en la magia del azar, sino porque creo en la magia de lo sin magia.

Un día, cuando Rimbaud haya retornado a su mito efeboandrógino, a su mármol de memoria, a su cama de enferma o a su sol, tomaré ese libro cansadamente, en una tarde balanceante y sosa como una barca varada, para refrescarme otra vez —tantas— en los manaderos de la prosa, y saldrá el billete, brizna de un día,

astilla mínima de una hora entre las horas, viruta casual de una vida fundamental en la mía. Esto es prepararse momentos literarios, ya lo veo, pero hay mucha meditación en mi premeditación. No se me culpe de literario, sino de dolorido. Un rectángulo terso de cartulina muy delgada, un porro de menos que se ha fumado Rimbaud, un *ticket* para la barraca del futuro. El dije tenue en que veo ya su huella digital o su rostro miniaturizado. Seguramente, la tinta excesiva y reciente de la máquina le manchó a Rimbaud las puntas de los dedos, al adquirir el billete. Sus largos dedos dibujados por un Durero tembloroso y enamorado. Sus manos perfumadas de melena. Su melena y sus manos, un astro y dos colegios.

Cuando yo —ay— haya perdido todo eso, me quedará el *ticket*. Polvo serán, mas polvo enamorado. Etcétera. Todos acabamos no siendo más que nuestro propio etcétera.

Viernes, 27.

Hoy, muchacha, a viernes veintisiete, se me ha aparecido tu nombre, tu verdadero nombre, y no este que te doy, tan literario, en el que tan bien cabes, ese nombre, ese mito que tanto quiere parecérsese.

Pero hoy, amor, se ha elevado ante mí, como ese día que nos asomamos a la ventana y ha nevado, tu verdadero nombre, el que yo sé, el que todos sabemos, el de siempre, el nombre usual de la mujer usual (Laforgue, sí, ya sabes). Y era eso, un ascenso de la nieve, una blancura extemporánea, bellamente anacrónica, una extensión impoluta navegando tu cuerpo, islas a la deriva, islas en la corriente, lo claro haciéndose soluble en mayor claridad de claridades.

Cómo he visto tu nombre, esta mañana, cómo te he visto llena de tu nombre, clara por dentro hasta los bordes de tu morenez, esa eras tú, esa eras tú. Nevaba dentro de ti, un nombre te nevaba, o caminabas tú las extensiones claras de tu nombre. Tu nombre verdadero, que no te explica, dice sobre ti una verdad más morena que tu morena piel.

Será por el contraste.

Te explica más este otro nombre que te he puesto, que te han puesto, tan literario, amor, como pudiera llamarte Rimbaud por la desesperación de tu melena o la caligrafía interior de cartas que no escribes. Pero te explica en falso, este nombre, te explica demasiado, es un vestido, mientras que tu otro nombre, bisílabo, tan abierto de aes como ventanas, da a tu interior no blanco, a tu negror no claro, da más a ti, tiene vistas a ti, a la que más confidentemente eres.

Hoy he visto tu nombre, como el que va a la ventana y ha nevado.

Sábado, 28.

Los pies de Rimbaud son como otras manos. Tan dibujados, tan terminados, tan esbeltos y exentos como unas manos. Si ella escribiese o dibujase o hiciera punto con los pies, estoy seguro de que lo suyo sería una prosa insólita, una estética nunca vista, una textura nueva, única, pedestre y agreste. Alguna vez se lo he dicho:

—Los exámenes escritos tienes que hacerlos con los pies.

Nunca la he visto coger un bolígrafo con el pie derecho, ni creo que sepa, pero la caligrafía que le saliese, mediante ese modo de escritura, sería por sí misma fascinante para el catedrático:

—Te darían el aprobado por asombro. Aparte de que sabemos cómo discurren nuestras manos, al escribir una carta, por ejemplo, pero habría que leer las cartas que se pueden escribir con los pies.

Son unos pies que van pisando siempre, uno delante del otro, la senda estrecha que atraviesa el bosque de su vida, y que sólo ella ve.

—Tienes andares de modelo.

—Vete a la mierda.

Con zapatos altos, de tacón, elegantísimos (que ella se pone en contraste con unos vaqueros impresentables), sus pies van como dos palomas que saben el camino.

Con sandalias planas, sólo un hilo de oro entre dos dedos desnudos, sus pies dejan un rastro de Grecia y Roma en que Grecia y Roma sólo son dos periódicos arrugados en el viento de la calle.

Con calcetines gordos, blancos y rojos, de colegiala, sus pies se infantilizan, embotan su esbeltez en nieve gélida. Lo que más me gusta, claro, es cuando sólo se deja los calcetines para hacer el amor, y hay ese momento en que le arranco uno de ellos, sin mirar, para trenzar mi mano con su pie. Es como despellejar de amor a una niña púrpura.

Pero sus pies, naturalmente, van siempre descalzos. En las cenas, los estrenos, las noches charoladas, los días de invierno y botas, yo puedo sentir, saber que dos pies descalzos, como dos peces desnudos, juegan cerca de mí. Y cuando anda descalza de verdad, por la casa o la calle, qué sandalias de oro ondean la cinta en su tobillo.

Abril. Lunes, 6.

Los bronquíticos, los trescientos bronquíticos tosiendo de nuevo en mí, convirtiéndome en su tos, agarrados al pecho, enjambre nocturno que me ahoga, mendicidad diurna que me espesa la voz con una gravedad/gravidez que hace más trascendente todo lo que digo, yo que nunca he dicho —horror— nada trascendente. Los bronquíticos.

Hijos de puta, *clochards* de mis bronquios, tosedores de postguerra, carraspeadores tardíos, tísicos arrendados en mi pecho claro. Los trescientos bronquíticos, Rimbaud, amor, me tienen con fiebre y voz oscura, cuando yo quisiera ser y escribir más claro.

Connmigo vienen los trescientos bronquíticos a la rueda de la noche, fiestas con rayo láser, que da alegría y cáncer, princesas descotadas e insultadas por el tiempo, que me aman a distancia, mujeres/flamenco que me desean con corazón de armario, homosexuales peligrosos y deslumbrantes como marismas, alguna divorciada rubia de ojos oscuros, que quiere enredarme en la novela judicial de su divorcio y su amor, el ángel custodiocanadiense, de llama y braga, cruzándolo todo como una aparición de lo que no aparece. Y tú, Rimbaud, amor, durmiendo el barbitúrico, la soledad, el griego y el árabe, la lección y el endecasílabo, el dolor de ovarios y la distancia que hay hasta tu pueblo.

Entre las princesas y los homosexuales, entre las falsas Catherine Deneuve que la noche multiplica en sus espejos de latón culpable, mis trescientos bronquíticos alternan con barones que llevan una hoz al hombro y con grandes de España que llevan cinco siglos decorando un bargueño. Es la *high life*, la *jet*, la dorada basca de la noche, un tedio de whisky y adulterio adonde reino con gafas de insolencia y suéter rojo, sacando la cabeza por sobre los trescientos tísicos que quieren toser contra mí, y a los que acallo la tos con

copas verdes, líquidos, alcoholes de color falso que solicito a los viejos criados también homosexuales. El alivio de todo esto, Rimbaud, amor, la huida de tanto mundo como de ti me distancia, es el descubrimiento tardío, ya en la madrugada, de unos tulipanes más municipales que connotativos, los tulipanes amarillos de Sol y Recoletos, que el Ayuntamiento planta todos los años. Ellos han dado relámpago a este diario y me han devuelto a la luz de tu cuerpo y tu rostro, mientras me disperso en princesas y licores y tú sufres por tus ovarios.

Martes, 7.

A Rimbaud le duelen los ovarios. Los ovarios de Rimbaud, que nunca he visto, naturalmente, puedo imaginarlos al trasluz como dos planetas rebeldes y furiosos, como dos planetas adolescentes y feroces, siempre rugiendo vida en el interior languideciente de la niña.

Dos ovarios minúsculos y vivísimos como una constelación de fuego, como un planetario de oro e ira en lo más interior del mito. A Rimbaud le duelen los ovarios y, mientras tanto, lánguidas ánimas del Purgatorio, quizá la mujer de siempre, quizá otra, bello pájaro búho, hembra/pájaro, me recluye en sus rincones de humedad y miedo, en el sudor de los treinta años y la sexualidad enlutada y urgente. Viaje al fin de la noche femenina, del que vuelvo añorando a Rimbaud, aire puro, carne de primera comunión, ovarios adolescentes y candentes. Las maduras, las ánimas del Purgatorio femenino, se operan de la matriz en hospitales tenues y remotos, desde donde me llaman con la voz perdida y desvariante que se tiene en el Purgatorio. Sé que la mujer acaba en eso y que, como dijo Laforgue, la mujer, en el fondo, es un ser usual, pero lo de Rimbaud tiene otro dramatismo, otra ebriedad, es todavía un mundo en ignición/formación.

A mis trescientos bronquíticos les arrimo anfetaminas en abundancia para que no tosan, y entonces se ponen los trescientos a escribir artículos a toda velocidad, mecanógrafos del relámpago, como la oficina inmensa de la literatura dentro de mi cuarto rectangular y reducido, con fotos de muertos, ninfas, escritores, umbrales y gatos. Santa Teresa, en algún sitio de la casa, se entrega a su ángel transverberador, todo Quevedo se ha vuelto amarillo, del tiempo transcurrido, según veo en sus manuscritos, hay notarios y viajes que me acechan, niñas que me llaman por teléfono desde su

distancia, medicinas que me ponen amarillo por dentro y no me curan, almuerzos y princesas, sacerdotes. Los ovarios de Rimbaud, como dos mirlos, como dos canarios, como dos pájaros amarillos, cantan en la jaula de la niña. Y entonces ella, dolorida y malhumorada, adopta conductas amarillas, amarillece de mentiras, porque la mentira nos vuelve amarillos. Habrá que esperar a que los ovarios duerman. El mundo de las ánimas del Purgatorio no es amarillo, o es de un amarillo/ungüento, de un amarillo/sudor, esa manera que tiene el sudor de amarillear las cosas, dejando cercos tristes allí donde ha florecido.

Hay que salvarse de ese amarillo/flujo en el amarillo/Rimbaud de esta primavera. Me ponen inyecciones, me visitan carteros y voy recuperando la multitud simétrica de los tulipanes mentales y connotativos. A Rimbaud le duelen los ovarios. Dos asteroides locos en la cúpula azul de su vientre de sombra transparente.

Jueves, 9.

La oropéndola, el mochuelo, la lechuza, el búho, el arrendajo, la gaviota. Los pájaros. Rimbaud descubrió un día, no hace mucho, el mundo de los pájaros, y cada vez que va al campo (o el campo viene a ella), recoge dél suelo o del nido la pluma sutil y esbelta de algún ave.

Tiene incluso plumas de pavo real, que son como un relámpago terminado en una pupila, como una estría que mira, una cosa surrealista, aunque el pavo real haya quedado como modernista. Desde hace unos días, Rimbaud va a todas partes con su caja de cartón, roja y vieja, llena de plumas.

Cuando se sienta en el vestíbulo de un Banco, en las escaleras del Metro, en el bordillo de la acera, en los cafés de filosofía y cocaína, en el borde de su propio desnudo, Rimbaud abre la caja y va sacando las plumas, una por una, las acaricia, las diferencia, las mira al trasluz, las estudia, las dibuja, observa lo verde que tienen en lo gris, lo rojo que tienen en lo verde, lo azul que tienen en lo rojo:

—Y luego está el águila pescadora, que ya quedan muy pocas parejas en España.

Los pájaros, que empezaron para ella siendo un mundo mitológico, o el mundo metafórico de Góngora y Saint-John Perse, ahora son los pájaros de verdad, porque así va pasando el adolescente, la adolescente, de la literatura a la vida, y no a la inversa. Se empieza por descubrir las cosas en los libros y luego nos asombra que esas cosas tan librescas anden sueltas por la realidad. Rimbaud, cuando saca sus plumas, es como si jugase con una bandada de pájaros entre sus manos.

—Y ya he probado a hipnotizar pájaros. Es muy fácil.

Hipnotizadora de pájaros, dibujante de mitos paganos con

corbata, Rimbaud vive en un mundo de colores Alpino y plumas raras del que no saldrá jamás, por fortuna para ella. Cuando ha salido a otras cosas —la política, el hombre, la cultura—, era otra la que salía de ella.

—Los hombres sois unos machistas, porque has de saber que muchos pájaros empollan ellos, los machos, los huevos que pone la hembra.

—Probaré a empollar algo, amor.

Es la niña sola, distraída y perdida que puede uno encontrarse en la gran ciudad mirando el cielo que no hay a través de una pluma azul de arrendajo.

Si no la tuviese tan descubierta, sería mi gran descubrimiento. Vive como dentro de una canción de amigo medieval y fuma tabaco Fortuna sin parar.

Ahora está sentada al sol, desnuda, con el color de la tarde dándole por un lado y el de la mañana por otro. Tiene el pelo largo, las uñas cortas, el alma desgana y unos granos adolescentes en la espalda.

—Necesito anfeta para flipar y ovoplex para menstruar.

Del mismo modo, puede volver a guardar las plumas en la caja, poner una goma alrededor y venirse a devorar lentamente mi falo con su boca, con unción, con devoción, con emoción, hasta que el semen la llena de semillas, de sofoco y de paz, como en una lactancia difícil de explicar.

—Las plumas de pavo real son las más redichas. Mira esta de mochuelito, que tiene como dos ojos.

Sé que durante algún tiempo irá y vendrá, la encontraré y la perderé siempre con su caja de cartón en la mano o bajo el brazo. Los animales (no sé si ya lo he escrito aquí) son los depositarios de su infancia. Y todo un monte de pájaros va con ella por entre el hierro y la charla lejana de la gran ciudad. Es la secuestrada por lo abierto: las enormes extensiones ciudadanas. No ya el campo, sino el cielo, va en su caja cuadrada y roja, en la que recoge y guarda, cada día, las plumas que pierde el aire en su vuelo.

Sábado, 11.

Eres tan delgada, Rimbaud, que tus dolores salen fuera de ti, se pasean por la habitación, respiran un poco, hacer gimnasia, porque se encuentran ahogados dentro de tu cuerpo. Eres tan delgada que no tienes cuerpo para el dolor, y por eso, quizá, siempre un dolor te aureola, te ronda, te sigue, te ilumina.

Es un dolor que no ha encontrado sitio donde dolerte.

Eres tan delgada, Rimbaud, que los placeres también desbordan de ti; crean en torno un encaje de risa, un champán de ganchillo, una felicidad de ojos abiertos, pues nada toma cuerpo en tu cuerpo incorpóreo, y lo suntuoso que hay en ti, tras de ti, es ese cortejo de dolores, placeres, inquietudes, orgasmos, alegrías, tristezas, sorpresas, compresas, documentos, cosas que no te caben entre el pecho que no tienes y la espalda que tampoco tienes. Eres tan delgada que no le das cuerpo a la delgadez.

Tu delgadez delgada, Rimbaud, es como la ola que el mar proyecta y nunca lleva a cabo, porque siempre le sale otra ola más pictórica y violenta. Tu delgadez es como esa curva de luz que sueña la sombra, esa figura de sombra que entresueña la luz, en sus primeros delirios abrileros, el lugar donde luz y sombra tendrían que confundirse, como en la buena pintura de los antiguos. Pero no hay línea, no hay sitio, no hay claroscuro, y la sombra y la luz andan perdidas, Rimbaud, desencontradas, porque son como dos viudas que se han dado cita para hablar de sus viudedades, y tú eres la niña mala que las burla y equivoca —qué risa, las viejas.

Esa eres, Rimbaud, eso eres, y sólo tomas cuerpo cuando te crece el alma, como leche hervida que rebosa al fuego, y entonces hay en ti tanta cosa corporal que hasta parece que tienes un cuerpo, cuando lo que tienes es un alma que ha engordado de anfetaminas, morfina, Mozart, *new wave* y dormodor. Me parece.

Eres tan delgada, Rimbaud, que mis manos, más que acariciar tus formas, las inventan, las crean, las imaginan, hasta el punto de que tu vientre, cuando por fin se remansa en leve configuración de vientre, es un sobresalto para mi tacto.

Eres tan delgada que a tu lado se vive un mundo hipertrofiado, voluminoso, sudante. Eres tan delgada, Rimbaud, que estás siempre en la línea del desaparecer.

Domingo, 12.

Rimbaud tiene miedo, no miedo a la muerte (se ha suicidado varias veces, en un ir y venir de la muerte que me parece ya he contado aquí), sino miedo a la vida. Rimbaud piensa y dice que a los veintidós años va a ser una vieja y a los veinticinco un fósil.

Tiene, como hemos tenido todos de jóvenes, el fanatismo de su juventud. Quiere ganarle al tiempo por la mano mediante la muerte o la indiferencia, según. El joven está deseando dejar de serlo, porque la juventud, la adolescencia, no son sino las últimas enfermedades infantiles del adulto, pero, a la par, el joven es el gran patriota de la juventud. Rimbaud tiene miedo a la vida, lo cual es mucho más heroico, hermoso, generoso y lírico que nuestro mezquino miedo a la muerte. Hasta los veinticinco años se vive el miedo a la vida (envejecimiento, inseguridad). A partir de los treinta (no sé muy bien lo que pasa en esos cinco años intermedios) se tiene miedo a la muerte, y entonces, claro, es cuando ya está uno muerto. Rimbaud, tan bella, sufre la belleza perdida como si la hubiese perdido ya.

Esto, en otra criatura, sería vanidad/veleidad, superficialidad, juvenilidad. En ella es una cosa existencial y revolté. ¿Por qué envejecer y para qué? Busca en los espejos la mujer venidera que será, sale al encuentro de la mujer madura por el pasillo del espejo:

—¿Verdad que estoy amarilla?

—Verdeamarilla. Lorquiana.

Digamos que la visita todos los días, o casi, la vieja dama que de ninguna manera quiere ser. Viene por los espejos, ya digo, y se sienta a charlar con ella. Parece que hacen un pacto, pero el pacto es la vejez o la muerte. Y entonces Rimbaud se toma un frasco entero de algo. Están de visita, las dos, toman juntas un té letal y luego una amortaja a la otra, según los días.

—¿Verdad que me ha salido una arruga?

—Y además estás verde.

Verde anfeta, verde has, verdedroga, verdesueño, verdenoche, verdeloca, verdeverde, verderronca, verdebella, verdelúcida, verdetate, verdeporro, verdevino, verdeorgasmo, verdeverso, verdeprosa, verdeodio, verdemuerte, verdevida, verdemía, verdesuya, verdecarta, verdesexo, verdeoro, verdenegra (no verdinegra), verdeniña, verdelorca, verdelejos, verdecerca, verdelibro, verdebeso, verdeboca, verdeborde, verdecoca, verdecoco, verde como su tiranosaurio verde.

Hasta que el verde, como siempre, se le va serenando en amarillo.

Miércoles, 15.

El semen, mi semen en la boca de Rimbaud, es como una cosecha tardía o temprana, un trigo seminal y fluyente que desborda los labios moriscos de la niña, una riqueza cereal, una sexualidad candéal que genitaliza su alma y su cuerpo. El semen, mi semen, que ella recoge y apura con boca ávida, con manos puras, con lengua eucarística, es algo sagrado por cuanto la materia de la vida, así dispendiada en la vida de la materia, se torna inmediatamente sagrada. Un semen engendrador es utilitario, y por lo tanto no sagrado, aun cuando luche contra anticonceptivos, rechazos del cuerpo, ovoplex y otras defensas.

Pero el semen así emergido y gastado, como una cosecha al mar o una fruta que se pudre mientras el pintor la pinta, eso se torna sagrado por inútil, misterioso por ocioso, y de ahí la excitación especial, natural, gustosa, con que el rito se riza.

Por otra parte, naturalmente, la niña tiene así conocimiento vocal, bucal (el primero y mejor, según Freud) de lo que sea la masculinidad en su médula última. Sabor a hombre, primavera macho, calor y color incoloro (de un amarillo casi blanco), río claro que atraviesa rugiente por lo más oscuro de la masculinidad.

Como el sabor de su sexo en mi boca, océanos que descienden delirantes a inundarme de mujer. En esto no se equivocó el viejo judío (si es que fue él quien lo dijo, que luego se le ha plagiado/añadido mucho: el añadido es una forma de plagio inverso, tan homenajeadora como el plagio mismo). Nuestra forma de conocimiento primera y última es el sabor/olor de las cosas, y yo he rendido mi último y desesperado homenaje de olores frescos y nacientes a criaturas murientes, que ya sólo eso podían gustar.

El semen en la boca de Rimbaud, mi semen, como la única y verdadera eucaristía posible entre el hombre y la mujer, entre la vida y la vida. Qué recogida y absorta comulgante, mi niña trémula, cuando la inundación caliente y breve pasa por su garganta de ave ronca de madrugada y por el vaso cándido y trenzado de sus manos.

Viernes, 17.

A veces, de tarde en tarde, Rimbaud y yo probamos la aventura del gran hotel, pedimos habitación o *suite* en un gran hotel de la ciudad, como matriculándonos en la asignatura del vivir bien.

Son unos días de laberinto interior, de subir y bajar en los montacargas de los platos, por asombrar criadas y gobernantas, de hacer el amor en los ascensores, mientras todos los japoneses del Japón, en su isla rectangular de espejos, ríen con su risa de palillos y nos hacen reverencias aprobatorias que no sé muy bien si se refieren a la bella anatomía de Rimbaud, a la eficacia de mi gestión sexual o al rito en sí mismo, ya que los japoneses son tan rituales y quizá consideren *very typical* esto de fornifollar en los grandes ascensores, a la vista de la clientela y con gran incremento (momentáneo) del turismo y sus ministerios.

Es un viaje remoto al centro de la ciudad, a esa cosa manhattanica que tiene todo hotel moderno (los antiguos no son aptos para el caso, por pequeños y quisicosos como pensiones de viuda).

Nos pasamos los días en la habitación, primero haciendo el amor en una cama y luego en la otra (siempre hay dos camas), y luego en la moqueta, en la terraza, en el baño, lleno o vacío, en la ducha, cerrada o abierta, en el armario, tirando toda la ropa al suelo.

Finalmente, Rimbaud saca cosas frías de la nevera, se las echa por el cuerpo y por un momento tiene las formas de una gran botella de  
Coca-Cola,  
de una fuente de  
Coca-Cola,

o su sexo me sabe a Shweppes.

Las camareras y los camareros, el primer día, no reparan en nosotros, pero al segundo ya nos miran con prevención, al tercero con mudo reproche, y al cuarto con terror, convencidos de que somos dos maníacos sexuales y criminales, convencidos de que yo la voy a asesinar a ella o ella a mí, con una fanta rota y mellada, de modo que prefieren no entrar en la habitación a hacer las camas ni a nada, por no ser nadie el primero que se encuentre el cadáver o los cadáveres ensangrentados, embalsamados de hilo musical y con un libro en la mano.

Así nos dejan en paz.

Estamos lejísimos de la ciudad sin habernos movido del sitio. Nunca, en nuestros viajes verdaderos, habíamos ido tan lejos.

Rimbaud acaba gimiendo con la cabeza debajo del televisor, mientras le penetro la vagina por detrás, y a veces las convulsiones son tan fuertes que el aparato se enciende solo y Clara Isabel Francia, o como rayos se llame esa locutora, da las noticias imparcialmente, profesionalmente, pálidamente, como si no tuviera un coño palpitando paroxístico debajo de su coño de plantilla. Así nos lo hacemos.

El gran hotel tiene siempre un clima de alfombra pesada que nos momifica a todos, y hay que defenderse contra eso leyendo muchos libros de Deleuze, de Lacan, de gente que no se entiende nada, para acumular desesperación y saltar de una cama a otra, cruzándonos en el salto, hasta que acertamos con el abrazo y caemos trenzados y desnudos sobre la moqueta intermedia, haciendo un amor duro y difícil, hasta recuperar, sin despenetrarnos, la dulzura del amor burgués de las frescas holandas del hotel, los muchos metros cuadrados de cama y hasta una punta de sol, como una punta de alfombra vuelta, o de colcha rosa, rozándonos un pie.

Digamos que lo nuestro es la contraluna de miel. Lo contrario de lo que hacen todos los recién casados en un hotel, que es creerse súbditos del mobiliario y la sociedad anónima, comportarse razonablemente, joder sin manchar las sábanas (y mucho menos el entelado de las paredes) y bañarse continuamente para que parezca que no han estado allí.

Solemos irnos de noche, muy tarde, cuando un empleado nocturno, lleno de sueño, que no sabe nada de nuestro amor diurno, nos cobra la cuenta que le da la computadora. Es hermoso para mí saber que dentro del gran edificio racionalizado en forma de caja dé puros, queda, allá atrás, allá arriba, una hoguera de whisky y has, un tornado de sexo y

Coca-Cola,

una viña loca de amor y espejos estrellados de agua tónica. Es en lo que pienso en el taxi de madrugada, mientras todavía Rimbaud me besa en el cuello y esconde entre mi melena la nariz griega que no tiene, porque en las refriegas ha perdido la nariz.

Sábado, 18.

Estábamos volcados, estábamos sin un clavo, estábamos sin un puto duro; y entonces tuve ese gesto, ese momento colérico y heroico del español sentado en el water y le dije digo a Rimbaud:

—Toma, vas a llevar al Rastró mi sexo tardobarroco.

Como el que se arranca el corazón para echárselo al gato (o al tiranosaurio de Rimbaud, que le gustan los corazones verdes que tiran, en los mataderos).

No se puede tener a una niña pasando hambre, sin anfeta, sin ovoplex, sin nesqüik, sin piruletas, sin marlboro, mientras uno guarda una amatista en el baúl de los cadáveres familiares.

O un testiculario tardobarroco, churrigueresco, una pieza de museo, tan disputada por anticuarios, homoeróticos, marquesazas y artistas religiosos de encargo, según creo tener más o menos contado en este diario de mi amor de todos los colores con la niña.

De modo que se lo dejé envuelto en una doble hoja de «El País», periódico que ella lee por mis artículos y por los crucigramas diabólicos dominicales, que lo demás le parece un coñazo político.

Rimbaud hizo como si no se enteraba de nada. No quiso tener, por pudor intelectual, esa escena de «luego dicen que el pescado es caro», ese momento social-realista, entre Isaac Montero y Felipe Trigo, en que mis órganos genitales quedasen valorados genitalmente, sentimentalmente, sexualmente, locamente.

Fumó contra la pared y nada más.

Yo me fui lejos, comí en una taberna de la calle del Barco, entre maestros de pueblo recién destinados a Madrid y viudas que habían sido meretrices o meretrices que habían sido viudas.

Jugué al fútbolín, a la máquina tragaperras, robé bocatas calamares en Infantas, anduve de acá para allá, aguantándome las ganas de mear, por no entrar en un inodoro y comprobar lo que ya

sabía: que me había quedado sin paquete sexual. Se repetían en mi mente las últimas palabras que le dije a Rimbaud, o a su espalda desnuda:

—Hale, esta tarde vas al Rastro y a ver qué te dan por ello.

Me pareció que su silencio había sido aprobatorio. Miré muchas tiendas de comestibles, vi películas de minicine, muy buenas, que no entendí, y películas malas que, me aburrieron. Esperaba la necesaria escena de la actriz desnuda en la ducha, pero de pronto volvía en mí con un golpe de pecho que me daba el corazón por dentro: yo ya no tenía órganos sexuales y a ver cuándo había dinero para recuperarlos. Qué larga se hace una tarde con Bo Derek en la ducha, cuando uno no tiene nada con qué duchar a Bo Derek, y además la película es mala. Anduve mucho.

No quería llegar al alto palomar de Rimbaud ni antes ni después. Sólo recoger el dinero en silencio y llevarla a cenar por ahí, como si hubiéramos hecho una buena operación durante el día.

¿Y a la noche, en la cama?

Bueno, siempre te queda la lengua, me dije. Al fin y al cabo, es lo que más agradecen, y a Rimbaud le va de maravilla. Claro que ella se arregla con todo, hasta con mis obras completas, si las tuviera. Pero sabía que era un sofisma. La lengua es la eficacia, mas el sexo es la mitología, y las mujeres y los hombres vivimos de mitología sexual. Entre dos luces subí a ver.

Silencio, sombra, luces de Madrid en el cielo, como si «el marimacho de las uñas sucias» estuviera redactando su planilla de anuncios en la página azul de allá arriba. Encendí una luz. Rimbaud, en la cama, dormida, con la cabeza hacia un lado y la sábana por medio pecho. Evidentemente, no había salido de casa. Tiré de la sábana.

Allí, entre sus piernas, el falo tardobarroco en su vagina, y una rodilla doblada. Yacía feliz. El resto lo sujetaba con las finas manos, contra su vulva. Todo el firmamento parpadeaba cronométricamente el nombre de Rumasa.

Martes, 21.

Rimbaud y los animales. He escrito o escribiré en este diario sobre Rimbaud y los idiomas, cómo las lenguas vivas y muertas giran en torno a ella, se le aproximan, viven en su voz o duermen en su silencio. Tal los animales. Y los animales, como alfabetos verdes de ojos de oro, como jeroglíficos deambulantes, como tapices sobre la marcha, se van tras de Rimbaud, le comen en la mano.

No sólo el tiranosaurio que vive enroscado en la cocina como un gato que ladrarse como un perro, sino el perro con cara de niño hospiciano, el gato con su antifaz, los topos que en el campo le salen al encuentro, las pequeñas ballenas que a su pecho se acogen, los grandes y ciegos y melancólicos rinocerontes, que le ofrecen su cuerno como un cucurucho, se le ofrece a una niña, para que pruebe algo.

Los animales pasan por su vida, las incautas focas de los circos, los flamencos del zoo, vestidos de Saint-Simon, siempre como leyendo o escribiendo en el agua, con el largo pico curvo, las *Memorias* de Saint-Simon. Los leones en hoguera ya vencida, los tigres que pernoctan en los cuentos que ella a veces lee, pájaros de ojos alfabéticos que se posan en su ventana, todo el colegio de los gorriones, el buen comportamiento de la cebra, alacranes, culebras, sapos extinguidos, insectos como una escritura aún no inventada, que visitan el baño de su casa u organizan su lectura en los espejos.

Niña de manos donadoras, llegadera siempre desde la infancia, los animales son depositarios de todo lo que Rimbaud no quiere perder, y un día, cuando decida volver atrás, no dar un paso más en él ser mujer, la multitud de los bichos le devolverá sus tesoros de ingenuidad, como quebradizos palitos, gráciles briznas, casuales monedas recaudadas con el pico, lo que el zorro con cara de Voltaire esconde entre sus libros que son piedras y ese rojo en

escamas, tan brillante, que los peces reúnen, escama a escama, cuando Rimbaud se acerca, niña de otra manera, a mirarles de frente en sus ojos redondos, diminutamente bizcos.

Miércoles, 22.

La mora, Rimbaud, la morisca levantina que hay en ti, eso es lo que más veo ahora, a distancia, cuando no estás, cuando acabo de hablar contigo por teléfono y me hablas de tus caballos, de tus homosexuales, de tus décimas y de tu padre.

La mora, la morita, la morisca, la niña de rizo y labio vuelto que hay en ti, la morita fina que tanto he mirado sin verla, que tanto veo ahora, sin mirarla. Esa violencia de tu pelo, esa densidad de tus ojos, esa ofrenda brusca y dulce de tu boca, ese erguimiento sinuoso de tu cuerpo, todo eso es la frontera y el límite dentro de los cuales vive una morita remota, una niña que entre ambos debemos cuidar, o que quizá a ambos nos cuida, nos atiende, nos entiende sin que la entendamos muy bien. Por entre otras razas tuyas, por entre otras genealogías, reveo hoy a la morita, a la niña que ha paseado sus pies de rosa oscura por la orilla cartaginesa del mar.

Creo haber escrito en este diario que amar a una mujer es la capacidad de ir amando a las sucesivas mujeres que de ella saca el tiempo. Hoy pienso que hay que amar también —y entender— a las mujeres simultáneas que hay en una mujer, al entrecruce femenino de razas, épocas, tiempos, costumbres, modas, edades, que rota en cada muchacha.

Cada mujer es un gineceo.

Cada pareja es una multitud. Cada día sale un hombre nuevo, una mujer nueva, una pareja nueva, de la pareja. La que ahora manda es la morita. La morita es lo que más veo cuando no te veo, Rimbaud, niña, y no sé por qué, ni de qué, ni cómo, de pronto todas las otras que eres se han resumido en una muchacha morisca (ilustre genealogía oscura y española) que se tiende en el lecho como para posar ante los pintores que pintaban moras —«color local», horror— entre dos siglos.

Lo morisco de tu sangre es lo que más se te enciende cuando te enciendes.

Hay cosas tan evidentes que tarda uno en verlas. La conquista de lo evidente está reservada, casi, a los videntes. Pelo morisco, ojos que miran hacia la otra orilla más oscura del mar, labios de fruta interior a lo interior de la negritud. («Negritud» ya es palabra política).

Sangre sombría que enronquece en tu garganta. La mora que te sale a veces, como a mí me sale el insólito vasco. ¿Quién somos, de todos los que somos? La suma de todos da el que no somos. Quizá ese —esa— seamos.

Moros y cristianos en la refriega dulce de tu cuerpo. Unos y otros presididos, Rimbaud, y armonizados por el leve rigor de tu nariz un punto griega. Es —eres— como una lección de Historia. ¿Está toda la Historia en cada individuo?

A mí sólo me interesa la que puede aprenderse en tu cuerpo.

Jueves, 23.

Dado que Rimbaud se pasea a caballo por los mares de la ausencia, y dado que los celos no distinguen mucho de individuo, sino que son un sentimiento universal referido a un ser cordial, yo, ahora, tengo celos del caballo de Rimbaud, y mis celos han escrito su novela corta —siempre la escriben corta o larga—, sobre el caballo de Rimbaud.

La niña sale muy de mañana con el caballo, montada a caballo, caballo que a ratos es bayo y a ratos blanco y a ratos, simplemente, color caballo. Después que han hecho las primeras galopadas cruzando el estrecho de Gibraltar en ambas direcciones, se tienden sobre la arena (no sé si arena mora o española: supongo qué toda la arena será mora para los moros), y el caballo, muy caballero, le trae a la niña ramos de petunias, un cactus en un tiesto y un ficus en la boca, como ofrenda provenzal que ella agradece recitando a Garcilaso y dándole al caballo un beso en una oreja.

Es evidente que antes o después van a hacer el amor, el caballo y la muchacha, como en los *spots* amarillos de televisión, sólo que eso no lo veré en la novela corta o documental corto de mis celos, como tampoco se ve en los *spots*. Los *spots* publicitarios y los celos terminan siempre interrumpidos, en el momento en que todo va a consumarse. Esto, en la publicidad, tiene una justificación psicológica de estudio de mercado: se trata de crear ansiedad (necesidad de compra) en el cliente.

En el cinematógrafo o la pequeña pantalla de los celos, no sé qué significación pueda tener. Quizá los celos sean también publicidad: la publicidad que la persona amada hace en nuestro corazón, que vive siempre en la penumbra cinematográfica del pecho, asistiendo a la película de la propia imaginación.

Pero ahora es el caballo el que está cansado, fatigado,

constipado, y ella le pone en la boca finos pañuelos de batista de espuma, que el caballo se va comiendo como si fueran pienso.

Cuando a Rimbaud ya no le quedan pañuelos, el mar le trae más.

El mar no ha hecho otra cosa, durante toda la eternidad, que vender pañuelos de encaje por las playas y los puertos del mundo, como una gitana de Almagro (y de almagre). Sé que el mero hecho de que la niña abra las piernas, allá, en lo alto del caballo, para sofrenar bajo su vivísimo sexo el cuerpo de tonel del animal, es ya un gesto (olvidemos el movimiento, el galope) absoluta y exclusivamente orgásmico, y que a Rimbaud le va a sobrevenir el orgasmo, quiera o no, haciéndola inclinarse sobre el cuello del caballo con su cuerpo leve que al bicho no le pesa, y sobre el que se recorta el perfil greco/moro de la muchacha como un mármol de cualquiera de las siete ciudades de Grecia sobre la crin rubia de un bárbaro del Norte.

El caballo, aunque sea el noble bruto, siempre es un bárbaro del Norte. Cuando un bárbaro del Norte moría en batalla, reencarnaba en su caballo. Y a la inversa: cuando moría el caballo, reencarnaba en el bárbaro, en el guerrero, y era un caballo con casco y cuernos que se ponía morado de cerveza (por eso los caballos orinan tanta cerveza, sin que se sepa dónde ni cuándo la han bebido: es la cerveza del señorito).

No sé si todas las amazonas tienen orgasmos a caballo, pero está claro que si las amazonas legendarias eran enemigas del hombre, esto, más que por safismo, se producía porque ellas ya tenían su caballo, que siempre queda más caballero en las caballerías del amor.

Sea como fuere, veo a Rimbaud a la orilla del mar, cuidando su pálido caballo, rendido de galopada y sexo, con la crin de oro salada por el mar.

—¿Otro pañuelo, mi señor?

—No, deja, linda niña, ya voy clareando.

Insoportable idilio, cursi, de cursillería equina, el del mito andrógino y el caballo de remonta. Hay que haber vivido mucho la vividura del amor para saber que los cuernos más pesados de soportar son los cuernos de caballo.

Y más frecuentes de lo, que se cree.

Viernes, 24.

Verás, Rimbaud, amor: a Romeo, como sabes (míralo en Shakespeare), le bastó con veintisiete palabras para besar en la boca por primera vez a Julieta.

Yo llevo gastadas en este libro/diario miles de palabras, supongo, y no es que rio te haya besado en la boca (y en todo el cuerpo, qué lo nuestro empezó con un beso), sino que tengo la sensación (lo da la ausencia) de no haberte besado nunca. Ya ves.

Lo dijo Proust: «El acto de la posesión, en el que, por cierto, nada se posee». ¿Te he poseído yo alguna vez? En todo caso, tengo conciencia de que me has poseído tú a mí. Y sin palabras, o hablando de otra cosa. Cada día está más claro que yo soy Verlaine y tú eres Rimbaud. O, para poner un ejemplo más honesto, que yo soy Santa Teresa y tú eres el ángel transverberados.

Otras veces lo he anotado en este libro.

¿Por qué este derroche de palabras para decirte? Bueno, ni siquiera está claro que este libro versé sobre ti, vaya dedicado a ti, ni siquiera está en limpio que su amarillo te ilumine o que tu amarillo le ilumine. Yo he escrito otros diarios íntimos. Quizá no ha escrito uno otra cosa que diarios íntimos, porque son el único género (o ausencia de género) en que la literatura florece pura, literatura sin el melodramatismo de la novela/novela.

No olvidemos que *melodrama* no es sino un drama con música. En nuestra vida, Rimbaud, hay más música que drama, porque en tu tocata siempre suena algo, y el drama preferimos callarlo.

—¿Y usted qué quiere decir en sus novelas? —me preguntan en las entrevistas.

—Pues mire usted: en principio, yo no hago novelas ni hago

nada. Yo hago literatura. Yo soy escritor y escribo. La literatura es una cosa más milagrosa, más gratuita y más inexplicable que cualquier género o preceptiva.

Veintisiete palabras, Rimbaud/Julietta. ¿Rimbaud/Romeo? En el teclado de mi máquina cuento veintisiete letras. Con esa sola palabra de veintisiete letras que es el alfabeto te lo quiero y puedo decir todo:

—Abcdefghijklmñrstpqvwxyz.

Ya está.

Queda como una declaración de amor en ruso.

Pero he superado la marca de Romeo. Veintisiete palabras son un fárrago, aunque sean de Shakespeare. (Sobre todo si son de Shakespeare).

Veintisiete letras. Las que hay. Y ya está. En ese jeroglífico de los egipcios descoloridos que somos, está toda la literatura, toda la filosofía, toda la poesía trovadoresca, están Quevedo y Vélez de Guevara, don Francesillo y Garcilaso, Torres y Miró, Juan Ramón y Bretón, Baudelaire y Perse. En ese jeroglífico colegial, infantil para nosotros, infinitamente enigmático para un chino o un marciano, estamos tú y yo, Rimbaud, amortajados como dos perfiles de Pompeya sobre el barro cocido del habla popular.

Como dos príncipes persas.

Como dos vasijas precolombinas de huesos macho y hembra.

Nuestro abecedario nos embalsama y nunca pensamos en eso. Nos embalsama, sobre todo, a quienes lo usamos tanto. Así estamos, muchacha, en esa palabra de veintisiete letras, código indescifrable, grafito del siglo xx, que es un siglo cualquiera, palimpsesto de una civilización que quizá ya pasó y no nos hemos enterado.

Así estamos tú y yo, descifrados e indescifrables, como la eterna ninfa y el eterno fauno de todas las culturas. Alguien, nadie\* quizá el dedo de la nada, nos deslindará un día como línea pura.

Dibujados.

De perfil.

Sábado, 25.

Rimbaud tiene un hermano. Ese hermano único y desconocido que es como ella, casi de la misma edad, de la misma morenez irónica, de la misma carne adónica.

Esto, en una novela de prótesis burguesa (alguien habló de «esa manía burguesa de ordenarlo todo en forma de historia»), daría lugar a un cansadísimo desarrollo argumental en que el hermano y la hermana caerían en incesto, o yo en vicio nefando, o todo a la vez.

Pero en la vida no es así, porque la novela, espejo a lo largo del camino, según un fraile a quien plagiaba Stendhal, no hace sino esconder la realidad entre el camino y el espejo.

En la vida, los, hermanos no se acuestan necesariamente con sus hermanas/réplica, ni los enamorados de la hermana descubrimos un día, como en el insufrible Gómez-Carrillo, que va mejor el rollo del hermano y que viene a ser lo mismo, porque es mentira, no viene a ser lo mismo.

Estamos hartos de novelas que falsean la vida pretendiendo explicarla, y por eso yo me limito a anotar aquí el dato en toda su elegancia: Rimbaud tiene un hermano dúplice que se prestaría a mil vodeviles psicológicos en un autor psicologista. Pero la vida es más elegante, sí, que los novelistas obligados al compromiso burgués de la novela, y estos casos se dan todos los días y no pasa nada, y el hermano y la hermana están ahí, y yo asisto de lejos/cerca a ese paralelismo, a ese cariño, a esa semejanza/desemejanza y al buen gusto y el buen pulso de la vida, que deja las cosas simétricamente ordenadas, sin enrollarlas de folletín follón.

No conozco al hermano, ni quiero, porque luego (ya he tenido otras experiencias) el ser único ya no nos sabe a único, sino que lo recordamos repetido, aunque no haya confusión posible entre la

carne de hermano y la carne de hermana. Sólo hay confusiones voluntarias.

Rimbaud tiene un hermano al que quiere mucho. Es el amor de lo igual por lo igual. Juntos hablan de la extinción de las ballenas, juntos se ríen de la redicha televisión. Sería tan fácil montar con esto una prótesis argumental de dentista literario.

Pero respetemos la pura linealidad de la vida, cuando se da.

No sólo porque la verdad sea más honrada, sino, sobre todo, porque es más literaria. La casta paridad hermano/hermana no me parece un ejemplo ético, sino un milagro estético. La blanca distancia entre uno y otro no hay que emborronarla de literatura.

Ni siquiera de *mi* literatura.

Domingo, 26.

Cabalgando la muchacha sobre mí, fincada en mi falo hasta muy adentro, erguida, cabe acariciarle con la mano derecha un seno (los senos que Rimbaud no tiene), o meterle dos dedos en la boca, acariciarle la lengua, y con la otra mano, la derecha, empuñar el pubis, ese matojo joven, carne y piel sobre el hueso, y tirar hacia arriba o girar suavemente, brutalmente, con lo que todo el territorio regido por el clítoris llega a entregas y extorsiones gloriosas.

Es una masturbación, unida a la penetración, que deja a la muchacha entregada a superiores orgasmos incontrolables, y que tiene algo de sujetar por la crin la yegua loca de la sexualidad.

Con Rimbaud funciona, aunque la verdad es que con Rimbaud funciona todo o casi todo. Ella se echa hacia atrás, curva su cuerpo, apoya sus manos en mis piernas hasta que, no pudiendo ya más, vuelve sobre mí, curvada y gimiente, acero rosa, y llora sus pecados de pureza.

Algo así hay que inventarse.

Rimbaud es, en este sentido, la mujer experimental, la mujer con quien siempre se puede experimentar algo nuevo. Hay la mujer experimental y la mujer funcional. La mujer funcional, que suele ser mujer funcionaría, cumple sus funciones sexuales, agresivas o receptivas, mejor o peor, con más o menos intensidad, pero siempre igual.

Esto, aparte el aburrimiento, conduce a que con ellas no se aprende nada por la sencilla razón de que se niegan a aprender nada.

Sólo se aprende enseñando.

La mujer experimental, por el contrario, es la materia moldeable/maleable que, respondiendo a todos los estímulos y curiosidades de la carne, permite, no sólo aplicar un repertorio

previo, sino ir improvisando el repertorio de la imaginación y el azar.

Cuando se encuentra a la mujer de sexualidad experimental, como Rimbaud, ha encontrado uno nada menos que la imaginación que le faltaba. Porque la imaginación del hombre (y esto no tiene nada que ver con el viejo tópico románticoide de la inspiración y la musa) no es otra cosa que la mujer.

Mayo. Martes, 5.

Rimbaud y los idiomas. Los idiomas aprendidos, mal sabidos, mal olvidados, recordados, los idiomas vienen hasta el cuerpo de Rimbaud, mientras conversa y conversa, como animales antiguos y vertebrados (un poco, como el tiranosaurio que tiene en la cocina), a levantar la cabeza reptil y grácil en su conversación, a lamerle las manos de pupitre o las mejillas. Rayo de sol del griego, a través de su pelo negro, tatuaje del hebreo, un sistema de signos que se mira en sus ojos, lejanía del árabe, oscureciéndole la piel como un viento con arena de oro, cántaro del italiano, cual vasija vocinglera que se acoda en su codo, conteniendo un ramo de palabras de Petrarca y Pasolini, sinuosidades del francés, como un reptil de recuerdos con piel de libro antiguo, música del inglés, reventada en su chicle post/Lolita. Y el castellano, que pasa por la hoguera de su frente de pólvora y se estiliza y complica en mitologías/etimologías, hasta la escritura automática y el éxtasis.

Los idiomas, criaturas verdes y remotas, vertebrados inferiores/superiores, con vértebras de preposiciones, acudiendo a lamerle las manos a Rimbaud, mientras fuma o escribe, al sol de mayo.

Miércoles, 6.

Pero hay un yonqui de enigma y moto, un yonqui que me la devuelve verde de picos, de noche, de celos (míos) y de desastre pálido y callado.

Jueves, 7.

En el jardín, el llanto sin mirada de los sauces podados. Siempre hay en la Historia un zigzaguo de hachas amenazando la corpulencia del cielo.

Viernes, 8.

La rueda de las cenas, el oro nocturno de las mujeres, eso que observa Alen Ginsberg: «Uno descubre, de pronto, que todo el mundo quiere hacer el amor con todo el mundo». Pero nunca se dice. Mujeres prestigiadas o desprestigiadas (a mis ojos interiores) por el amor que les di o me dieron. Es curioso cómo el amor de uno (o lo que sea) a unas mujeres las embellece ya para siempre, abandonadas, y a otras las desmerece, las envejece, las desprestigia de todos sus prestigios.

Aunque el mundo las vea más prestigiosas que nunca.

Sábado, 9.

Rimbaud, a la orilla del lago, Leda múltiple, ¿dando de comer a los patos? No: los patos, los cisnes, le traen en el pico, del fondo del lago, piedras de luz, joyas de agua, para sus manos delgadas. Los patos picoteando sus manos como otro día he visto a los idiomas. Por el parque pastan ingentes bestias de pacífico bronce, con dulce fiebre de madre, en lo amarillo del crepúsculo.

Domingo, 10.

Rimbaud.

(Tu nombre aquí, en lo alto del folio amarillo, al borde del precipicio de lo amarillo, volando en el cielo de la hoja o fijo en el vacío del idioma, que se ha ausentado todo, como dentro del caparazón del diccionario).

Viernes, 15.

Hay noches que me roban a Rimbaud. Quiero decir que me la roba la noche.

De pronto, entre los días, viene una noche lóbrega, con su ropa ceñida de cantante, con su chistera estrellada, con su conspiración de teléfonos y automóviles, y se me lleva a Rimbaud a no sé dónde.

No me la roban hombres, ni la mano amarilla de la droga, ni la serpiente verde de la música. Me la roba la noche, una noche ladrona que hay a veces, una noche que se abre en veinte grutas, como el mar.

No sé por qué arpas pasa, qué yonquis quieren besar la flor amarilla de su hastío, no sé qué tés se toma, a qué pozos se cae, dónde duerme.

Pero vuelve sin voz, por la mañana, le han robado la voz, como a otras les roban la virginidad, y tarda mucho en encontrar su voz.

Rimbaud, ya al atardecer de esas noches —algunas— que veo venir, está como enredada en hilos de teléfono, emboscada en lo más negro de su pelo, inútilmente desnuda, y autos de madrugada se verán pasar con ella, ya lo blanco del alba en lo más blanco de sus ojos negros, abanderada de has o dormida dentro de sus zapatos.

Hoy fue la noche arpía, ayer, no sé.

Hay una noche arpía que se lleva a la niña, noche tupida de hombres, esmaltada de mujeres, un oro compartido y falso que va premiando a todos por ser jóvenes. Los metales nocturnos hacen veta en el sueño y mi niña amanece con el cuello cortado. No encontrará su voz mientras no se restañe la herida de magnolio, cruel y bella, que ilumina su boca de morado. Hay días que son falsas noches.

Arrojada a la dársena de sonido de los días, Rimbaud es un resto

de una noche, ese trapo sobrante, esa luz apagada. Me siento a leer el Informe Anual del Banco de España, esperando que la voz de la niña, tallo de rosa oscura, le suba a la garganta, dolorosamente, para poder hablar de Garcilaso o de lo que traían los periódicos.

Sábado, 16.

Todos los días disparan sobre el corazón amarillo del día.  
No hay salvación en lo amarillo.

Yo madrugo para acudir a ominosas judicaturas, dirimo mi cabeza mediante champúes secos a la ortiga blanca, hasta tener el pelo incendiado de conciencia. Me afeitó, me visto y me lavo los pies en un agua que parece orinada por la vecina de arriba, a través del grifo.

Salgo a la mañana carcelaria como al patio de un mundo cuyo uniforme es el cielo, y me siento laminado de hoteles, pululado de cafeterías, e inicio el trámite circular de los teléfonos, entre negros que portan sus pulseras de oro como cadenas y jóvenes maduros que leen con devoción, en pie, las páginas comerciales de los periódicos, mientras de su portafolios, posado en el suelo, se escapa una paloma vestida de tintero.

—Lugar de nacimiento, por favor.

La funcionaria/funcionario es una cosa asexual, una mecanografía tórpida que vive bajo un guardapolvo azul/archivador. Una mierda.

—Todos los días me nace algún lugar.

No sé si lo ha puesto en el papel de barba. Hay por la calle colas de gente madrugadora y podrida, como fruta hermosa de lejos, pero averiada, que espera a ser decapitada con un folio.

—Pase el siguiente.

Uno, como mucho, en esta vida, frente al Estado, consigue ser «el siguiente». Ya es un privilegio. Pasa también con los médicos. El canceroso no es más que el siguiente. Ni siquiera le conceden el prestigio sagrado del cáncer, que está en el cielo con otros animales.

—Domicilio habitual.

—Lo habitual es mi domicilio, señorita.

Ella escribe y escribe.

—Firme aquí y aquí.

Y pretende que lea lo que ha escrito. Eso sí que no. ¿Me ha leído ella a mí? Pues yo vivo de que me lean. ¿Por qué la voy a leer yo a ella? Firmó.

Alguien da cien mil pesetas por mi libertad. Salir al sol amarillo y fusilado de las once de la mañana cuesta cien mil pesetas.

En la cola siguen decapitando fruta con un cuchillo de papel impreso.

Jueves, 21.

Rimbaud (le ha ocurrido otras veces) ha amanecido hoy con un animal negro y rosa en la cama:

—Es horrible, qué asco, impresentable, mira, qué hace esto aquí.

Me acerco y le retiro la sábana. El cuerpo de la muchacha es un cuerpo que pasa siempre bajo una sombra morena o retostada.

En contraste con ese cuerpo, la cosa oscura, movible, peluda, agazapada, rara, inexplicable, tiene algo de intruso, de abstruso.

—Pues a mí me gusta —iba a decirle, por tranquilizarla (y porque en realidad no me desagrada), pero sé que eso la pone loca y vuelve su miedo en furia y su furia la vuelve contra mí. Ya digo que ha pasado otras veces.

—Haz algo con esto. Échalo de aquí, que se vaya, que se muera, que se pierda. Me da asco, me doy asco.

—¿Se lo echamos al tiranosaurio?

La infancia inmensa de sus ojos me mira con desconcierto:

—Conmigo tú no vaciles.

Bueno, pues no vacilo. Me siento al borde de la cama, me inclino, observo, miro. Sin duda, la cosa tiene vida independiente, una tendencia incógnita hacia el Sur, patitas múltiples como vello fino, quizás una entraña rosada, una carnosidad de calamar.

—Pues no sé qué decirte.

—Anda, di algo.

Y se queda en la cama, desnuda, con la sábana a un lado, escultórica, como estatua yacente de cementerio pobre, como el mármol barato de una niña que murió a principios de siglo. Es como si un moscardón, una araña de la migraña, una musaraña, una cosa tráfuga y estática al mismo tiempo, hubiese hecho nido en el nido cementerial de una adolescente fallecida. Yo sé la verdad, pero no hay que decirlo, porque Rimbaud, entonces, gritaría de

espanto y pesadilla.

No hay sino que acariciar a Rimbaud para que olvide, joder a Rimbaud profundamente, hacer que la salamandra arda, que el pájaro triangular, como murciélago, chille y vuele. Agotar a la bestia oscura y breve. Y con eso, mi niña volverá a estar en paz y pensativa.

Porque la cosa, claro, no es otra cosa que el coño.

Domingo, 31.

Rimbaud ha puesto sábanas sobre los espejos, ha ensabanado su vida porque no quiere verse vieja, porque cree que la vejez comienza a los veinte años, y seguramente tiene razón. Pero me asusta un poco esta fiesta blanca de los sudarios, y sé que debajo hay cadáveres: toda la población de los espejos, gentes de luna que vivían con ella, Buster Keaton comiéndose la paja del sombrero, Virginia Woolf haciendo el amor en un armario con un vestido de la niña, Nijinski inmóvil en el aire de la cocina, el tiranosaurio devorado por un gato, o el gato devorado por un tiranosaurio, la Alicia de Carroll violada por los fascistas adolescentes y andróginos disputados.

Algo está pasando en el pelo de la niña, que se intoxica de radio y de afgano («lo mandan peor que nunca»), algo está pasando en sus ojos que tienen una luz de postrimería y un viento de periódico, allá adentro. Algo sube la fiebre a sus ojeras cuando vamos cogidos de la mano, y hay escritores rubios e inéditos, poetas ágrafos, hombres frustrados dentro de su barba, que le miran los bajos a la niña, que llaman por teléfono, y hay sombras del pasado que consultan con ella el color del cuchillo para matar al marido.

Yo, mientras tanto, asisto a la fiesta de las violaciones, en el mediodía de las afueras, cuando mil parejas fornican debajo de una sola flor de mayo/junio, a la sombra de piedra de cualquier bendición apostólica, y el zumbido del mes me perfuma la oreja de aire nuevo, o entro en casa de Benamor, recupero mi falo tardobarroco, me pongo el instrumento, como esos horribles penes ortopédicos del porno, y violo a la judía con siglos de cobre en su piel de papel, mientras el cáncer corre por las calles y el café se

derrama en la cocina, abandonado de los dioses del fuego.

Rimbaud y yo, desnudos, conversamos el oro del domingo:

—¿Es fino el verde ciclamen para morirse a fin de curso?

—Mejor podrías pedir otro cubata y escribir una carta a algún ministro.

(La tarde va viviendo como un hogar furioso de la llama).

—Me duelen los ovarios que no tengo.

—Tienes grandes ovarios de niña embarazada por la aceleración histórica.

—No digas las paridas del periódico.

—Puede venir la gripe de visita y dolerte debajo de uno de los pechos.

—Lo que yo quisiera es bañarme desnuda en el Henares y que viajase mi desnudo, como una plaga rosa, por todos los ríos de España.

—Sólo los ríos visitan parajes amarillos. El pajonal de junio no se ve desde aquí. ¿Estás enfadada?

—Quiero salvar una ballena y darle biberón, nesquik y muchos donuts.

—Los rusos las matan como si fueran portaaviones de Reagan.

—Siempre la política de mierda.

—Ya sabes.

—Pero he visto una urraca en la Fuente del Berro.

—¿Seguro que era una urraca?

—No, no era, pero el parque entero esperaba una urraca. Quiero vivir en la casa de los pavos reales.

—Por esta época se les caen las plumas llenas de pupilas.

—Te voy a regalar un pavo real si me prometes consultarle antes todo lo que escribas.

—Yo no consulto a nadie mis artículos.

—¿Y te descuentan mucho en el periódico?

—Lo que mandan las leyes. Estamos en una democracia asesinada.

—Quiero vivir con el alcalde en la casa con pianos de los pavorreales.

—La gente se pregunta por este diario.

—Diles que vivo en él y estoy enferma.

El rock sinfónico quiere parar la guerra, pero un tanque marciano da la vuelta al domingo. Para Rimbaud y para mí, el parque de la Fuente del Berro es el bosque de Macbeth. Nos vestimos para hacer el amor y la penetro destrozando su braga con la mano libre.

El ángel custodiocanadiense empaqueta sus gatos y se va a vivir en una gruta de agua. Vagos ángeles lácteos aún hacen girar las ruedas amarillas de la vida. Con artificio de las altas ruedas. Garcilaso está muerto de una bala de goma antidisturbios.

El ángel de los lunes me ha dejado su cabeza flotando en un cubo de aguas. Hay un leñador con el sexo visible y con collares que me poda las ramas nacederas. He cumplido cien años y recuerdo la década del sol, la década del miedo, la década del sexo, la década de los campanarios, la década de las masturbaciones, la década de la gente libre y la década de los asesinos retóricos, que es esta misma. He cumplido cien años y Rimbaud me regala un globo de chicle verde, que se va en un estampido suave, y un pavorreal sólo de luz y un puñado amarillo de amarillo. He cumplido cien años y la niña se ha tendido en mi edad como en la vía, a esperar que nos pase por encima el tren ruidoso y feo de la actualidad, la locomotora mediocre de las bajas pasiones, mientras ella me cuida y recoge las hojas muertas que se me caen del pecho y veo entre sus manos blancas mi testiculario de altar, comprendiendo que Benamor se engaña y sólo tiene en la vitrina de su casa una réplica en escayola o una brújula del marino que nunca he sido.

El domingo es un odre donde viven lagartos. Rimbaud se masturba dentro de sus cuadernos escolares. Yo me toco ya el muerto que me suena a provincias. Y la niña me besa, con dulcísima desesperanza, en el cuello con yedra de cabellos que no cuido, cuando vamos en taxi hacia el fin de la noche de domingo, dejándome en la piel la inscripción sepulcral e infantil de su amor y la palabra ciega que no dice.

Junio, Miércoles, 10.

En la noche de junio, brisas de lo que viene, madrugada y poetas, Rimbaud, en el paseo céntrico, entre los neonovísimos y putrefactovenecianos, decide ir a orinar y ya no hay sitio, de modo que se aleja hacia el bosque del bulevar. Un cineasta homosexual vigila que no haya guardias.

En la noche de junio, con los cafés cerrados, con el Metro dormido en su túnel de siglos como filtraciones, con el tiempo sonando en las arpas de hierro de la gran ciudad, Rimbaud decide orinar la anfet, el barbital, el has, la maría, la ginebra con granizado de limón, que es lo que toma. Hay cerco de muchachos, una generación en torno, pútridos neonovísimos, frustrados previamente, con esa frustración anticipada y granujienta del adolescente que quizá sólo lo es porque sigue viviendo de papá (los malos versos no dan para otra cosa).

En la noche de junio, Rimbaud en cuclillas, remangado el vestido, sombra leve entre el frondor sombrío y ya no verde, orinando la profunda tierra municipal, meando a coño abierto contra la raíz poderosa y viril de los castaños de Indias, que dejarán caer, allá en otoño, una castaña loca, verde y armamentada, como una sílaba de silencio en la luz venidera. Los chicos de la noche, los que duermen de día para olvidar su miedo al día, su temblor ante la realidad descalabrante de las cosas, los maricas de horquilla, los niños de apellido que disuena famoso y es corona de espinas en su frente sin ideas, hacen corro a Rimbaud, la muchacha que mea.

La muchacha que mea, Rimbaud de provincias, niña/mito, niña/depresión (tuve una niña/náusea) que ha venido a reinar involuntariamente en el fracaso fino de los poetas frustrados en

inglés.

Qué momento del alba, qué silencio de orina, cómo mana la fuente amarilla de la muchacha. El de las sortijitas, anillado a su carne excesiva y lechal, hermano carnal de su impotencia.

El de la risa pauperizada y la ironía perdida en el aire, pues que va contra todo desde nada, salvo la onda del pelo que le afemina el cuello colegial. El de la barba rubia, ojos de mirar tordos, claros ojos de cándido que un día verá el fracaso con su rostro de trapos o se irá a su provincia a masticar metales.

El de pelo rizado, un poema y una vela, cornamenta de hielo en su pensar sin fruto. Tienen aquí lo inédito, pero no saben verlo, tienen la poesía pura meando ginebra con granizado de limón.

Pero ellos —ay— están en otra cosa.

En mitad de Madrid, cuando la noche apaga sus hogueras de sombra, Rimbaud orinando en el macizo verde del paseo, a la orilla masculina de un castaño de Indias. Y sus nalgas de niña, que tanto he profanado, y sus muslos tan largos, como madera curva de fabricar violines o bajeles. Y su fácil vestido levantado, y su braga de nada y su sexo profundo, animal tan alegre.

Mea, muchacha, mea, llena de anchos licores este campo tan urbano, la paz consistorial de estos jardines. Fecunda con tu falo de oro líquido la tierra de los guardias y los poetas.

Hay un corro de hombres, hay un coro de caras mientras la niña orina y sus ojos se agrandan. Mea como las colegialas, absorta en lo que hace. Una brisa de trenes y de túneles se hermosea en lo verde y refresca su pubis.

Definitivo instante para siempre ignorado. ¿Quién sabrá en otro siglo que Rimbaud meaba en este paseo? Nadie va a escribirlo, me parece, de entre el coro tedioso de escritores sin prosa, borrosos de traducciones, espinosos de citas, qué piensan en couché y nunca crean nada, salvo repeticiones extranjeras que pierden toda la lozanía entre sus máquinas de escribir prestadas.

Rimbaud ha meado, se ha subido la braga, todo ha sido mentira, vayamos a dormirnos.

Rimbaud ha orinado, semidió femenino, con su coño sombrío, vegetal y tan nuestro.

Jueves, 11.

Rimbaud y los hombres. Uno de los enriquecimientos mayores, entre tanto como enriquece la relación pura y profunda con la mujer, con una mujer, es que le permite a uno ver al hombre, a los hombres, desde ella, a través de ella, o sea, en una perspectiva inédita para otro hombre, mediante una óptica distinta y asombrosa. Así, los hombres que rondan a Rimbaud, que iluminan sus noches sin sueño, el poeta rubio de provincias que quiere incendiar la ciudad con un libro lento y feble, el que viene aureolado por el aura vaga de la gloria local, un poco manchada y ferroviaria, ya, porque ha hecho el viaje en tren, o el que le manda a Rimbaud claveles blancos y anónimos, o el qué saca a la niña a cenar y pasar la noche dentro de un arpa criptomallarmeana, donde finalmente quiere besar el cuello modigliano de la muchacha, hasta que ella le da una hostia.

El carrozón blanquibaboso, exburócrata, parado dentro de un abrigo de otros fríos, ahora que ya hace calor, el homosexual que quizá la sueña chico, el profesor de música desmelenoide que quiere compartir con ella cama, mesa y Mozart, el que le trae coca en moto, por flipar y ver si se entrega, la rueda de los locos, los ligones, los enamorados, los corresponsales en sus lejanas cabezas de partido judicial, los amigos de la infancia, crecidos en barba indecisa y grano granujiento, los embozados en su bigote negro que siempre les quedará postizo, despegándose mucho una punta cuando la quieren besar, los hijos de puta, los que la raptan hacia sus colegios mayores, hasta hacérmela vomitar de olor a sopa.

Los hombres, en fin, el perfumista, el rentista, el telefonista, el cerrajero, los que vienen en gremios, en sindicatos, en multitud, a ver si le tocan un poco el culo kepleriano a la niña, este culo cuyas órbitas dudan entre Kepler y Copérnico, los que no son nadie, el

empleado de Banco, que la ve aparecer por la mañana y toda la colmena de los números se le vuelve amarilla.

El cómico de risa desgualdrajada, el marica argentino, el solitario que cree estar haciendo una obra de arte de su soledad, y sólo está haciendo un bostezo que es como el vaciado de la nada, la mascarilla del tedio.

Los hombres, en fin, en torno de Rimbaud, y yo entre ellos, llevando y trayendo cosas, gardenias, petunias, bibliografías, maletas, gatos negros, bombones de licor, licor sin bombón, cafés de barrio con todos los camareros muertos. Los hombres, el hombre, con su urgencia de orgasmo y su priapismo mecánico, fallido, inútil y colegial.

Qué buen observatorio del hombre es la mujer.

Viernes, 12.

Rimbaud, en el sol de junio, desnuda en las alturas del agua ciudadana, incorporada a un elevado friso de sáficas en cueros, de lésbicas viejas, como tortugas que han dejado el caparazón en el vestuario.

Rimbaud, morena pálida, delgada alabeadísima, efeboandrógino tan femenino, niña, en el fragor cansado de las viejas, en el solárium sin sol de las lesbianas, en la sillería de coro recomido que son ellas, crestería de chichos y peinetas, yacimiento de un mineral, blando, adunado, desmoldeado.

Ahí la veo, ahí la tengo, ahí te tengo, Rimbaud, niña, Rimbaud, muchacha, amor, Susana y las viejas, Susana y los horribles viejos que les salen de dentro, con la edad, a las viejas inversas, a sus cuerpos invertidos y desguazados.

Coro de ánimas retostadas, purgatorio de ánimas que han perdido el sexo en la confusión de los tiempos, que han perdido el tiempo en la confusión de los sexos, y están ahí, intemporales y asexuadas, confundiendo la eternidad con el crepúsculo, la vejez con su remota juventud, y deseando a mi niña con un eco pálido del deseo que tuvieron, que tuvieran por las niñas cuando ellas eran las que iban al baile, como una más, a esperar el momento del retrete y el orinar al unísono con una chica/chica.

Si vieras, Rimbaud, si supieras cómo te desean, cuando ya sólo son un vago deseo de desear. Si sintieras cómo rozan sonámbulamente su carne de feldespatos vil y blando contra tu carne de firme actualidad y filarmónica piel.

Son toda la derrota tumultuaria de lo femenino y lo masculino, derrota confusamente organizada en altar maldito, en retablo inverso, son todo el desguazamiento humano de la biografía hendida por el sexo, o a, la inversa, y están al sol de junio como

barcas que han llevado mucho contrabando, mucho alijo sexual, sin gracia ni línea de barcas.

Y lo que he sentido, y lo que he sabido —de pronto, Rimbaud, amor, qué horror, qué miedo, qué verdad— es que yo mismo soy todo ese montón de viejas desnudas, que yo tengo en el pecho el solarium putrefacto de los sexos, la carroña del cielo, y que mi deseo no se diferencia (o no consigo diferenciarlo, qué angustia, sí, qué ahogo) de ese revuelto deseo colectivo, impreciso y dañino, ay.

Sábado, 13.

Rimbaud quitando estampas, fotos de las paredes, Rimbaud desnudando su alto nido, descolgando máscaras de tiempo, desnudos de papel, ojos de gato.

Rimbaud despiezando su pasado, tan breve, clavando y desclavando alfileres en el acerico de la luz, cambiando de sitio su corazón, mirando estantes, revolviendo libros, encontrando joyas de un día, tesoros que no lo son, lo que el polvo de las semanas, esa limadura imperceptible y como ferroviaria de unos días contra otros, ha cubierto con su vaga ideación gris y sin significado.

Rimbaud, no sé si triste por dentro, además de por fuera, enrollando figuras, abullonando almohadones triangulares, como quien quiere poner un corazón en marcha, abriendo y cerrando las ventanas, asomándose a ellas como armarios donde pudiera tener colgada la ropa, en hilos telefónicos, asomándose al interior de los armarios como a ventanas por donde pasa el cielo de parados domingos en penumbra.

Rimbaud, en fin, quitándole al medio mes su lacito rosa, azul, morado, dejando que el mes se abra en dos, como un regalo grande y sin gracia, llevándose en las puntas de sus dedos las agujas —brizna de luz de mar— que sujetaban, invisiblemente, toda la antigüedad griega o todo el perspectivismo renacentista, que se viene abajo con resignado enrollamiento, como si el pasado —el histórico y el nuestro— hubiera sido mentira. Esta altura, que era amarilla como un azulejo amarillo, al atardecer, amarilla de magnolio en la mañana, de papel amarillo en la noche, se va quedando blanca, sosa, llena de rozamientos y desencalados en el interior de mi alma.

Rimbaud quita una chincheta y un aluvión de meses se cae de la pared, roto y verdoso, con revés de botijo, con mediocres,

golondrinas de porcelana. El tiranosaurio no era más que un  
bordado tiranosaurio de almohadón. Ya sólo es almohadón.

Lunes, 15.

Rimbaud y la ciudad. Ver, haber visto cómo esta vieja ciudad instantánea y amada me la ha ido retiñendo, reteniendo, recordar cómo llegó, iluminada de su mitología, Rimbaud adónica, con luces de provincia y voz de río en garganta de río.

Hoy, ahora, es ya otra y la misma, un poco como borrada por la ciudad, enredada a su luz —ahora tan corpulenta: luz de junio total —, despersonalizada en la piedra del vivir como dice Rilke que el cantero medieval se despersonalizaba en la piedra de catedral que pulía. El diálogo de la niña con la ciudad no ha sido fácil. Han tenido días de no mirarse, de no hablarse, la ciudad y la niña, días en que ella, Rimbaud, se quedaba en la cama arrullando al pequeño tiranosaurio, defendida por persianas y cortinas de la «charla ajena y el hierro» que es toda ciudad. Y han tenido días en que era la ciudad —marimacho juanramoniano de las: uñas sucias— la que se volvía de espaldas, con altos hombros grises de altos edificios, fumando el humo de sus chimeneas, ignorando la carita femenina, infantil, colegial, que inspeccionaba alondras en el cielo y me avisaba urgente el aterrizaje doloroso de una golondrina en una uralita, con sus surcos de nada indiferente. Hasta que la niña —todo un invierno— se ha ido internando en el bosque de Macbeth que es toda multitud, avanzando siempre enigmática hacia nosotros.

O la ciudad, vieja bruja, vieja puta, vieja sabia, le ha puesto a la niña cara de Colette, como si fuese París, y me la ha llevado de la mano a «Troncos» y otros sitios donde se trabaja la droga dura, con adolescentes que vomitan su edad bajo el arco del alba. Y ahora, cuando la niña entra en hoteles, se me aleja hacia estancos, se me pierde, la veo ya tan ciudadana, tan mezclada a la mezcla de metal y urgencia que es la capital, que lloro dentro de los taxis, o escribo, y pienso si eres mía, Rimbaud, amor, o eras más mía cuando no lo

eras, nada, convaleciente en tu luz convaleciente, pueblo dentro del mar, sol para siempre.

Esto me hace un poco el San Jorge involuntario y con tejanos frente al dragón, en piedra de la ciudad. ¿Debo salvarte? Otra vez la parodia es divertida. Te me borras de quioscos y farmacias.

Qué inquietud, de repente, la esquina que te cambia por cualquiera.

Martes, 16.

La fiesta de los pechos en la tarde, las muchachas desnudas, este sol nacional y periférico, esos senos latientes, llamas cándidas, esa pálida hoguera, o desganado fuego, esas muchachas: Rimbaud.

Estoy aquí otra vez, reino en mi vida, junio es un autogiro por el cielo, zona de los grandes lagos, piscinas de arrabal, juventud ya desnuda, ya coincidente consigo misma, la edad dando sus flores en el cuerpo, puntualidad del mundo, puntualidad de la naturaleza, nueva generación, hueste de niñas, esbelta fuerza que recorre el mundo, los senos keplerianos, levemente ovoidales, palpitantes, con esa forma geométrica y lírica, entre pugnaz y pensativa, que parece ser, desde Kepler, la más natural curvatura de la naturaleza y de los astros.

Puedo pedir un whisky, puedo ver esos trenes que van cosiendo el cielo a otro verano, como agujas de plata sin esfuerzo, y una yedra de música fortifica mi reino, y colgaduras de verdor lentifican la tarde. Ciudad ya circundada de piscinas, de cuadros de las ánimas felices, purgatorio de cuerpos inocentes (el mal, cosa teológica, se ha quedado en el agua, como el cloro, o se ha hundido hasta el fondo).

Valle de Josafat, oh limbo de las justas, justas en número y figura, muchachas que estuvieron no sé dónde, entre las casamatas del invierno, olvidadas de sus alegres pechos, como de dos niños abandonados a la puerta de un hospicio: Rimbaud.

Y ahora ya tienen senos, el calor es un rey que hace justicia, le devuelve sus dones a cada uno, a cada una. Figuras del tapiz febril del vivir, laten contra la sombra, pálidas de presencia, morenas, como acuñadas por un sol que las monetiza (así me gustan menos, aunque sea lo que a ellas les gusta más).

Cómo no creer en junio, que es la vida, cómo no entregarse a la

copa del vivir. Un joven poeta me envía sus versos paganos y *me quiere pagano...* Pero es el de estos poetas un paganismo de Enciclopedia Británica que luego abdica en la humillación duodenal de la noche. No hay otro paganismo, ya, para mí, que el paganismo de lo cotidiano, lo cotidiano como paganidad: estas chicas vibradas, leva de luz y grito, que han pasado el invierno no sé dónde, que ni siquiera existían este invierno y tienen de golpe diecisiete años y tienen en sus pechos descalzos, pechos de mirada cándida y paralela, la delicada violencia de lo actual: Rimbaud.

Miércoles, 17.

El invierno, Rimbaud, tú lo recuerdas, ha sido aquel café con música de jazz y con cianóticos, el muchacho que se sacaba la cabeza, la ponía a un lado, y tenía otra debajo y seguía hablando, el anciano de harapos y conceptos que se dejaba presidir por el reloj socrático del lunes, la luz de las tortillas, la pipa de Magritte aún no especificada por Foucault, homosexuales de jersey muy rojo, con el vello asqueroso, nemoroso, por el mentón infiel, tan inseguro, o la larga noche de café irlandés, que nos rebordeaba el corazón de espuma y nos llenaba la memoria de nata y amargor. El invierno, Rimbaud.

La *flamboyante* claridad de media noche, cada cual en su globo, cada cual con su mono, un vendedor de cabezas cortadas, sangre de acuarela, anilinas proféticas de una bohemia ya con otro nombre, el que dice unos versos de amor sin convicción, y la pamelita negra, de gran fieltro, de la muchacha bella, armoniosa de ignorancias, y el que estaba en el retrete, con el pantalón ni subido ni bajado, escribiendo hijo de puta, estás cojonuda, Celia, políticos de mierda, y la A de acracia, que metía en un redondel insuficiente, encerrando su noche, su destino, el mal pulso ya eterno de su corta vida, en ese redondel definitivo, del que la A se le escapaba como una mariposa que se vuela del cazamariposas del más tonto.

Mariposas de tiempo en torno del frondor de los relojes, que orientaban la noche como brújulas equivocadas, el que tenía una pierna sobre el mostrador, descoyuntada, para cogerla luego a la salida, como si fuese una muleta, y el jazz en la tarima, naciendo muerto del piano hueco, de la trompeta ciega, del gran violón que un funcionario tocaba sin quitarle la funda, pasándole el arco, adivinatoriamente, por encima. Qué música enfundada, qué música tan a oscuras daba el cello, o como eso se llame.

El invierno, Rimbaud, amor, tú lo recuerdas, ha sido ese café, ese patio con guardias y con drogas, esa plaza de maderamen de oro, ese refugio lento en que cupimos, tú tan llena de música y de miedo, yo tan sordo a la música, pero escuchando musicalmente el miedo, que nacía del piano, de la hora, de la pipa/Magritte, del Foucault no leído, en el bolsillo, de los guardias, el invierno, Rimbaud, fue todo eso, nuestras manos cogidas debajo del sarcófago azul de la cerveza.

Jueves, 18.

En la noche de junio, dentro de un vago jueves, por los caminos lácteos de la música, por las vías secretas de una generación, de la mano de ella, de Rimbaud, la niña hasta esa floración, tan repetida, de muchachos de halago y mala fe, o su nauseabundo aroma colegial, lo que les suena a sopa cuando mienten.

Hasta que uno, de pronto, me pone la navaja ante los ojos, me parte la mirada con su filo, me dice las palabras esperadas, y el revés de la Historia, hecho de cinismo y de traición, tiene su proa cortante, su vil filo, en la navaja juvenil.

Rimbaud, en fin, me lleva de la mano, me saca blandamente, firmemente, del jardín ya geométrico, homicida, y cerramos la puerta de la noche, nos despedimos con un beso en el brocal del día, y cuando llego a casa sigue el crimen, muñecas despeinadas, la melena de luz del maniquí, su onda rubia y grande, tirada por el suelo, falsos cadáveres con guantes, los paraguas abiertos, uno rojo, como el goterón vertical de qué homicidio, hay un muerto en la cama, ¿el ángel de los lunes, el ánima del purgatorio, quién?, cadáver que respira, qué confusión de japoneses incoherentes y teléfonos con ruleta de oro, la estructura plomiza del sereno, sus pasos aldeanos, invernizos aún, pisando en el encaje de los crímenes, mancillando más que averiguando, las escaleras que descendiendo loco, a oscuras, con la venda de haber mirado lejos, mi huida del espacio destruido, la búsqueda de Rimbaud, una vez más, y la muchacha, en fin, raptada ella a su vez por la mano de la cocaína, como guante de harina, como harina nocturna, Leopoldo Abelardo de Ávila, cualquier nombre altanero, barrio de Salamanca, y la niña esnifando, como antaño, la cabeza en el techo, leve pepona loca, él le besaba el cuello con labios leporinos de escolar viciosillo.

Interminable noche, la tundra de la coca, lobos de loción dulce, chacales de *after-shave*, dónde la niña, una mano perdida, ese mitón de harina se la lleva, ese guante tan largo, la he perdido, y ya mucho más tarde, no sé cuándo, la realidad será un sereno astur, un ente de mandil y voz agreste, la pobre realidad, la común vida. Nada de sueños.

Sólo la soledad, con su inútil gorra de plato, el chuzo de lo evidente, las llaves que cancelan una parcela de ignorancia en la ignorancia general del mundo. La realidad vestida de sereno.

Viernes, 19.

Rimbaud se ha comprado un vestido amarillo de trescientas pesetas. Nunca se viera princesita de bosque, hada mejor vestida dentro de su cuento.

Ha habido que encontrar el amarillo, claro.

Y entonces es cuando uno comprueba que el mundo está lleno de amarillos equivocados. «No es eso, no es eso», digo, poniendo cara de Ortega y Gasset cabreado cuando a la niña le sacan un amarillo/tortilla, un amarillo/toldo, un amarillo/cuñada.

Rimbaud también sabe muy bien el amarillo que busca, que buscamos. El amarillo/amarillo. Ese amarillo pálido, y tan vivo, que está a punto de dejar de ser amarillo, y que nada tiene que ver con la etimología amargo/amarguillo/amarillo, y que es una etimología, hepática, como todas las etimologías, empezando por las de San Isidro de Sevilla/León, santo de mi devoción infantil que ha acudido a la refrigeración del Corte Inglés, muriéndose de frío en las corrientes, que le congelan el aura, por presidir la compra de la niña.

Es como cuando fuimos a comprar un *body* rojo, porque Rimbaud se bañase, que le queda dulcemente agresivo sobre el pálido de su piel y abre ese triángulo isósceles entre el alabeado de los altos muslos, hueco que tanto amo. Ella se asomaba desnuda desde el probador:

—Ven a ver cómo me queda.

Y yo era un hombre oscuro, un poste de mitad chamuscada, entre el jaleo de las madrileñas con alpargata de plástico y cadera de piedra que se quieren comprar un bañador, y Rimbaud era la más desnuda, Venus entre las aguas de la refrigeración, niña, niña, esbeltizada en su esbeltez por la confusión de compradoras de pierna corta y llegaderos desnudos de pecho machiembrado y

maternizado. Comprendí aquel día del *body* lo que ella tiene de más mujer y menos mujer que las demás, al mismo tiempo, y lo delgada que es su vida entre los excesivos nutrientes de las españolas.

Con el vestido amarillo, poco más o menos:

—¿Me quedan los tirantes?

—Te quedan.

Y una cenefa sobre el pecho plano, infantil, colegial, efeboandrógino y tan sensible, tan vivo al mordisco, a la caricia, a todo.

—¿Me quedan los bolsillitos?

—Te quedan.

Bolsillos de frunce romántico, jaretas en la falda, como los peldaños tenues de subir a su sexo. San Isidoro dé León/Sevilla, etimológicamente ruborizado, había convertido el probador en capilla, tenía ya un aura *airwell* de santidad y al fin miró a Rimbaud vestida de amarillo matinal. Yo creo que le gustaba.

—Éste.

—Pues este.

A la salida, San Isidoro se puso de abrecoches para buscarles taxi a las compradoras llenas de paquetes, que otro oficio no le queda en este mundo y siglo: le di un sudado billete de veinte duros y él nos bendijo con dos dedos cuando el taxi partía hacia el calor.

Rimbaud se ha comprado un vestido amarillo y ya tenemos el amarillo en casa, cuando lo que ya apenas tenemos es casa. Es el amarillo que veníamos buscando ambos, el amarillo —ya— que puede colorear el espacio vacío de nuestra separación.

Porque habrá una separación. Digo yo.

En cócteles, movida, entre el homosexual de horquilla y erudición cinematográfica, entre los altos mozos de cinta lila al cuello, entre los abogados que fuman maría emboquillada, Rimbaud, es la más suave sombra del verano que viene.

Luego, naturalmente, hemos hecho el amor con su vestido, que la muchacha no lleva braga debajo, ni nada, y sus piernas son ríos arrepentidos que vuelven al origen oscuro de su sexo. Hasta donde he llegado con manos de temblor, boca de furia, glande asesino.

Todo el amarillo del sol arrugado de amor, como un vestido, y

encajes profanados por el suelo. Nunca niña tan viva, tan muerta en el amor, Goya que en el orgasmo pasa a Greco, pepona a la que el éxtasis estiliza en ángel. Como el tacto de agua de su piel —agua con fiebre—, la explosión silenciosa de su pelo, el sabor de su sexo, la mujer que va siendo. El vestido amarillo ha perdido la inocencia.

Domingo, 21.

La muchacha en la noche, entre la fronda y las sombras de la fronda, la muchacha fumando maría de boquilla de oro (ahora la yerba viene emboquillada), la muchacha sentada en las oquedades montuosas de Henry Moore, como una ninfa de sombra blanca raptada por un fauno de inmensidad y bondad, la muchacha tendida en el césped que crece como un latido verde bajo ella, en la noche, sí, la muchacha cerca y lejos del agua, un agua que respira soñándose forma de lago.

La muchacha Rimbaud, en la noche profunda, noche clara del cuerpo, cuando los patos duermen con un sueño amarillo y el parque es mayor que la noche. Ha venido el hombre oscuro que siempre riñe:

—Bájate de ahí, venga.

—Usted a mí no me tutea, ordinario.

La muchacha en las frondas enfermas de la luna, en la blancura nocturna de junio, fumando lentamente mientras sus ojos fosforecen en negro y los hombres de nuevo, los hombres que ya he dicho, el marica de horquilla, el pianista de aguijón, el pintor de baba de oro en los bigotes, ojos sexuales que la miran, las malas compañías, los amores nocturnos, un sosiego de hora que ha escapado a los relojes, como cuando se desprende una aguja del reloj de la torre y cuelga vertical, nada significativa, y, en torno del sosiego, la desazón de los hombres, su tabaco como impaciencia, lo de siempre.

Rimbaud, cada noche, vuelve virgen y mártir a su alta gruta musical, mientras el tiranosaurio huye por los tejados del acecho

intelligentísimo de los gatos. Miles, millones de violaciones se consuman en ella, en Rimbaud, hombres que la penetran de palabra y pensamiento, lo que no sé si ocurre, ni ahora importa, sino ese milagro de virginidad que trae el alba, esta asunción en que la veo, con los pies desnudos, bañados de la primera hora, y la blancura morena de su cuerpo como animal intacto o luz muy meditada por alguna estatua. Algo así.

Lunes, 22.

Entra en el nuevo día, o sale, o entra, con el pelo tocado de magnolias y las manos purísimas, recién desenhoyadas de las joyas o astros que le prestó la noche, amiga oscura, viuda de todos los generales de bronce, eterna celestina de la virtuosa luna.

Estoy, aquí, vigilado de ángeles tristes, ánimas del Purgatorio y reptantes reptiles, o sea los hombres de la sevicia y la sedicia, los sediciosos que quieren, una vez más, ponerle anzuelos a la lubina ingenua de mi alma. No tengo más escopeta, contra ellos, que mi máquina de escribir.

Rimbaud sentada en no sé qué aleros (aquí no hay ningún alero), duerme de pie sus noches de anfetá y bibliografía, se pinta las ojeras que no tiene con el «quita ojeras», que acaba de encontrar en una tienda, y me dice cosas como esta:

—Este año están muy delgaditos los gorrones.

O bien:

—A lo nuestro, para ser una verdadera aventura, le faltan *foulards*. En las aventuras amorosas, siempre hay mucho juego de *foulards*.

Pero el lento girar del día hacia su plenitud se la va llevando, me la va llevando no se adonde, lejos, y es ya la que, cada vez que se da un retoque ante el espejito, se está dando el retoque final de la despedida. Cuando se haya ido, comprenderé que, efectivamente, si se fija uno un poco, este año los gorrones están muy delgaditos.

Martes, 23.

Niña/Rimbaud se ha ido con su caja de plumas, con su caja de otra cosa (no sé si dije de qué), que ha llenado de plumas, plumas del arrendajo, la calandria, el búho, la milana bonita de Delibes y la lechuza inteligente y editorialista como los gatos (la lechuza es el gato con pico de los pájaros).

Niña/Rimbaud se ha ido tras una emigración, que dice que los cielos corren hacia otra parte, llevados por las aves, y en ciudades al sur, con delfines y nidos, quiere coger más plumas, todo lo que los ángeles que nada custodian (si no, no serían ángeles) van dejando caer en su cabalgada.

Niña/Rimbaud me deja por los pájaros. Equipaje de plumas y una cinta en el pelo, que era rosa y de vieja se ha vuelto malva purísimo. Tiene que ir tras los pájaros, coleccionando el ala de la tarde, cuando cae rendida en las ciudades: eso me ha dicho. Me queda entre los dedos, tenuemente, un olor de matriz acostumbrada. Este olor/sabor es la nicotina de la mujer. La dulce nicotina de su coño.